

EntreLazadas

(Relatos de historias compartidas)

/ Editores académicos /

Heydi Lorena Acevedo Pulecio

Nicolás Ulloa

EntreLazadas

(Relatos de historias
compartidas)

/ Editores académicos /

Heydi Lorena Acevedo Pulecio

Nicolás Ulloa



EntreLazadas (Relato de historias compartidas)

© Heydi Lorena Acevedo Pulecio y Nicolás Ulloa (editores académicos), y varios autores

Cali / Universidad Icesi, 2019

132 pp, 15,5 x 22,5 cm

ISBN 978-958-5590-08-3 / 978-958-5590-09-0 (PDF)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.12.2019>

Palabras claves:

1. Relatos 2. Género 3. Equidad de género 4. Mujeres
5. Derechos de la mujer

Clasificación Dewey: 346.013 - ddc 21

© Universidad Icesi

Observatorio de Equidad para la Mujer

Diciembre de 2019, primera edición.

Colección "...a conocer el hielo"

Rector

Francisco Piedrahita Plata

Secretaria General

María Cristina Navia Klemperer

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

Directora de la Observatorio de Equidad para la Mujer

Lina Fernanda Buchely Ibarra

Coordinador Editorial

Adolfo A. Abadía

Revisión de estilo

Nicolás Ullóa

Diseño original de la Colección

Natalia Ayala Pacini

Diseño de Portada, Diagramación e Ilustraciones

Angélica Lucía Cruz Rengifo - *Angellu_art*

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia

Teléfono. +57 (2) 555 2334

E-mail: editorial@icesi.edu.co

<https://www.icesi.edu.co/editorial>

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Índice

- 05 **Agradecimientos**
- 07 **Prólogo**
- 09 **Notas sobre la experiencia**
- 19 **Memorias de una mujer resiliente**
Stephanía Sánchez Correa e Inés Marcela Medina Vargas
.....
- 41 **Madre sólo hay muchas**
Heydi Lorena Acevedo Pulecio
.....
- 59 **Mujeres: quienes somos y hacemos de todo para todos**
Isabella Camacho Claro y Neider Gustavo Alegría Ruiz
.....
- 75 **Ceñidas a la norma**
Salomé Arias-Arévalo
.....
- 93 **Femeninas masculinas ¿Una cuestión de validez?**
Laura Camila Escamilla García
.....
- 109 **Los zapatos de libertad nos calzan diferente ¿Una cuestión de validez?**
Laura Estefanía Buitrago Sánchez
.....
- 127 **Sobre las autoras**

Agradecimientos

Agradecemos, por hacer esto posible, a la Fundación WWB, el Observatorio para la Equidad de las Mujeres (OEM), la Universidad Icesi y sus dependencias: la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el programa de estudios de género, el Centro de Consultoría y Educación Continua y la Editorial, en cabeza de Adolfo A. Abadía.

Infinitas gracias a las mujeres generosas que nos permitieron escribirlas, a las profesoras y profesores de Icesi que acompañamos el diplomado y movilizamos las reflexiones y transformaciones de las estudiantes: Hanni Jalil, Édgar Benítez, Margarita Cuellar, Viviam Unás, Ana Milena Sánchez, Diana Solano, Natalia Rodríguez, Erika Márquez, Juan Pablo Milanese, Luciana Manfredi, Fernando Gandini y María Isabel Irurita.

Gracias especialmente a cada uno de los integrantes del semillero Mujeres y políticas públicas por seguir el sueño y materializarlo, menciono también aquí a Angélica Lucía Cruz, nuestra ilustradora y a Nicolás Ulloa, nuestro editor.

Prólogo

Entrelazadas recoge las voces de seis mujeres que se encontraron con el pretexto de aprender y compartir. Cómplices con el Observatorio de Equidad para las mujeres, La Fundación WWB, y la Universidad Icesi, estas mujeres compartieron sus experiencias de vida con las y los integrantes del semillero “Mujer y políticas públicas.” El propósito fue contar sus historias, para rescatarlas del silencio y del olvido, así, los textos que hacen parte de esta colección nos recuerdan que existen varios tipos de violencias de género: física, psicológica, sexual, patrimonial, simbólica—violencias naturalizadas como si éstas hicieran parte de la cotidianidad, de lo esperado, de aquello que se normaliza -. Las voces de estas mujeres hacen eco y encarnan estos tipos de violencias, pero sus voces también nos llenan de esperanza, pues junto a ellas comenzamos a imaginarnos la posibilidad de dibujar otros mundos, la necesidad de construir otras formas de ser y de estar, que trasciendan roles tradicionales sostenidos por sistemas de opresión y discriminación.

Las voces que aquí se reúnen son profundamente humanas. Historias que reflejan aquellas contradicciones que hacen parte de nuestras vidas, tensiones entre discursos tradicionales y machistas y el deseo de vivir promoviendo formas más igualitarias. La invitación es, entonces, a reconocer estas contradicciones sin juzgarlas, abrazándolas como parte de nuestro ser; esto para cuestionar la normalización de las violencias, y desnaturalizar las expectativas que surgen en torno a la maternidad, entendiendo que las demandas que se imponen sobre las que elegimos ser madres, las que lo somos sin haberlo elegido, y las que no elegimos serlo, son parte de aquello que debemos discutir. Es un llamado a retar estereotipos sobre lo que es o no es “apropia-

do”, a ver el trabajo de cuidado, históricamente enmarcado como una cuestión de mujeres, como algo que no pertenece a un solo género, a ver la crianza como un acto político.

Es así como cada relato que hace parte de este libro nos permite acercarnos a las experiencias y vidas de estas mujeres, no desde el morbo, si no desde la duro pero liberador y también incómodo que resulta darnos cuenta de que ellas son nuestros espejos, que a la particularidad de sus historias la atraviesan hilos que tejen patrones, lugares de encuentro que nos permiten entender que escuchar los relatos de estas mujeres es a su vez escuchar la historia de muchas. En la escucha, nos damos cuenta de que aun falta camino por recorrer. Ellas resaltan la urgencia de no darnos por vencidas, hablan de la esperanza de vivir en un mundo donde nuestras posibilidades de ser, estar, y hacer no se vean limitadas por imposiciones basadas en jerarquías sociales que reproducen desigualdad. Se trata de que las tensiones y la incomodidad que nos generan estos relatos, además de poner sobre la mesa nuestras creencias y pensamientos más preciados, internalizados, y naturalizados, se conviertan en espacios de creación para recordar que lo personal es político.

HANNI JALIL PAIER

Cali, diciembre de 2019

Notas sobre la experiencia

En este libro se entrelazan historias reales de seis mujeres con un vínculo de nacimiento, residencia o amor por Cali, que bien habrían podido pertenecer o habitar cualquier otro territorio de Colombia o hasta de América Latina. Sus voces fueron narradas por las manos de siete autoras y un autor, que iniciamos este recorrido en el 2018, en el marco del diplomado *Mujeres, liderazgo y participación pública* organizado por la Universidad Icesi y la Fundación WWB.

Cuando empecé a soñar este proyecto editorial y se fue convirtiendo en un anhelo colectivo, tenía al menos una claridad: que el manuscrito que ahora tienen en sus manos o en sus pantallas, no podría corresponder a un producto académico como resultado de una investigación de las más ortodoxas. Por el contrario, este debía representar las interacciones, experiencias, tensiones, sentires y sororidades de todas las que nos involucramos en el proceso. Todo ello con el fin de comprender que en nuestro ejercicio no existen líneas divisorias entre quienes observan y quienes son observadas, pues al final nos construimos y desconstruimos colectivamente en un continuo devenir tan vivo como estas mujeres y sus historias. Así, surgieron múltiples encuentros para conectarnos, entrevistas para conocernos, diarios de campo para no perder la ruta, cafés para permanecer despiertas, risas para alimentarnos el espíritu y muchos silencios respetuosos para escucharnos con claridad y honrarnos las palabras.

El diplomado y los encuentros subsiguientes nos fueron enrutando a temas centrales provenientes de las narrativas de las mujeres, que, si bien eran todo un mundo en sí mismas, nos daban pistas para encontrar esas complejidades más profundas relacionadas con aspectos muy

específicos de su identidad y su historia, que no sólo les pertenecían a ellas, sino que representaban el universo de tantas otras mujeres cuyas palabras aún no han hecho eco. Encontrarán ustedes, entonces, seis capítulos que hemos propuesto de la siguiente manera:

Memorias de una mujer resiliente, en el que las autoras relatan diversas formas y lugares de las violencias que se ejercen en contra de las mujeres, así como la posibilidad de renacer, resignificar y reinventarse.

Madre sólo hay muchas, en el que exploro y cuestiono los discursos, prácticas y demandas tradicionales sobre la maternidad, en una apología a las múltiples formas de ser madre.

Mujeres: somos y hacemos todo para todos, en el que la autora y el autor llevan a la superficie las tensiones profundas que las mujeres vivimos en el proceso de construir nuestra identidad desde lugares extremos.

Ceñidas a la norma, en el que la autora dialoga con los estereotipos y exigencias asociadas a las mujeres y a los lugares y roles que ocupan en distintos escenarios

Femeninas masculinas ¿Una cuestión de validez?, en el que la autora subraya la necesidad de muchas mujeres de “masculinizarse” para lograr hacerse a una voz pública y a ser un referente de su propio poder

Los zapatos de libertad nos calzan diferente, en el que la autora narra la defensa de la libertad y la reconciliación de la mujer consigo misma, en una búsqueda constante de reivindicarse frente a la vida.

Cada capítulo contiene, a su vez, dos momentos. El primero más cercano a la narrativa de las historias, y el segundo, que procura ser una suerte de conversación con dichos relatos, desde las perspectivas tanto subjetivas como más conceptuales de las autoras. Espero que su lectura sea gratificante y que también las movilice, las cuestione y las invite a ustedes a la construcción de un mundo mejor.

HEYDI LORENA ACEVEDO PULECIO

Cali, noviembre de 2019

Este libro que la lectora tiene en sus manos es antes que nada una exploración. Lo defino como exploración porque aunque todos los autores del libro poseen las facultades de la escritura y en ocasiones anteriores han escrito ensayos, artículos, notas, etc., nunca se habían encaminado en la gran empresa de escribir un libro. De cualquier modo, no podemos olvidar que este puñado de palabras impresas es el fruto del trabajo colectivo de un sinnúmero de personas, además de las autoras. En primer lugar, podemos hablar de las autoras. Ellas son estudiantes de pregrado y de posgrado miembros del semillero de investigación de estudios de género, algunas de ellas pertenecen al equipo de trabajo del Observatorio de Equidad para la Mujer. Asimismo, no podemos dejar de lado a las mujeres que tuvieron el valor de contar sus historias para ser leídas por muchas otras. Respecto a dichas mujeres, les puedo contar que hicieron parte del diplomado sobre *mujeres, liderazgo y participación pública* organizado por el Observatorio de Equidad para las Mujeres de la universidad Icesi, que son mujeres lideresas dedicadas al trabajo comunitario y a gestionar proyectos sociales en pro de las mujeres. Ellas fueron escogidas por los integrantes del semillero de investigación a la cabeza de la profesora Lorena Acevedo bajo una clara directriz: las historias de estas mujeres pueden llegar a ser las historias de cualquier otra mujer de Colombia. Esta afirmación puede despistar a las lectoras y quizás darles la impresión de que se trata de historias comunes y corrientes, historias simples y monótonas que nada tienen de extraordinario.

No obstante, la intención de aquella afirmación se resume en todo lo contrario. En otras palabras, las historias de estas mujeres resultan ser historias extraordinarias porque son testimonio de la violencia estructural que ejerce el sistema patriarcal desde las entrañas de la intimidad y de lo que social e históricamente hemos concebido como *lo privado*, esto es, todo aquello que se excluye de la discusión de lo público y, por tanto, de lo político. En este sentido, lo que, de una u otra manera, claman estas historias es que lo privado, lo que como sociedades hemos venido entendiendo como un asunto que solo concierne a los linderos cerrados de la pareja y de la familia, en realidad está íntimamente atado a lo político y a los complejos entramados del poder y la dominación masculina.

Ahora bien, vale la pena aclararle a la lectora que de lo anterior no se sigue que los relatos de vida de estas mujeres son homogéneos y que repiten como un mantra una y otra vez la misma afirmación. Se trata, más bien, de todo lo contrario, de ver cómo dicha afirmación puede ser inferida una y otra vez por medio de historias tan distintas y en ámbitos de la vida tan diferentes.

Lo anterior no quiere decir que el horizonte interpretativo se agote en ese ejercicio de inferencia ni que en cada relato lo único que se logra identificar es la dominación masculina y sus consiguientes violencias. Sería ingenuo plantear dicha tesis. En realidad el juego interpretativo es tan amplio como la cantidad de lectoras y perspectivas que aborden el libro. Lo mismo ocurre con las posturas y abordajes teóricos de las investigadoras que son, como los relatos de las mujeres, también diversas. Y ni qué decir de las decisiones y la agencia de las mujeres en cada uno de sus relatos de vida que a pesar de estar condicionadas por factores de clase, lugar de proveniencia y, por supuesto, de género, entre otros, lucharon por cambiar dichos factores que las limitaban. En suma, lo que une estos relatos de vida es que todos retratan hechos que vive a diario cualquier mujer colombiana; de ahí que se configuren como factores estructurales. Por otro lado, lo que hace que sean narrativas tan diversas recae en la capacidad de acción de las mujeres mismas.

Ahora bien, pasemos a otro tema que nos concierne aquí, esto es, la forma en que fueron construidos los relatos. Efectivamente, el hecho de que cada capítulo gire en torno a una temática o problema no es casualidad, sino en buena medida una elaboración narrativa. No quiero decir que los relatos de estas mujeres sean meras ficciones, sino que con el fin de proteger identidades y enfocar mejor los temas de interés, las investigadoras cambiaron algunos detalles y omitieron aspectos y etapas de la vida de las protagonistas, esto es, hicieron una selección de los elementos más importantes del relato de cada mujer y se centraron en dichos aspectos en pro de los criterios propuestos. Por tanto, aquí no se han escrito y en ningún momento hemos hablado ni hablaremos de biografías. Lo que han hecho las investigadoras en diálogo con las mujeres es construir relatos de vida. De este modo, cada relato de vida

lleva consigo la marca de una temática central. Los temas tratados en cada capítulo son la violencia sexual, la maternidad, los estereotipos de lo femenino, las tensiones y contradicciones en las nuevas identidades del ser mujer, la masculinización y la libertad. No siendo más, valdría la pena mencionar que cada capítulo está compuesto por el relato de la mujer, seguido de las reflexiones personales del investigador. En este sentido, la voz de la primera parte es siempre la de la mujer protagonista del relato; mientras que en la segunda parte, se trata de la voz de la investigadora. En fin, espero que cada persona que se aproxime a estas páginas las deguste y las decante, así como cada una de las mujeres protagonistas e investigadoras que contribuyeron a escribir las palabras que componen este libro se esmeró y dejó su piel en ellas.

NICOLÁS ULLOA

Cali, noviembre de 2019





Dedicatoria: *A nuestras madres María C. Vargas e Indira Correa G. que nos han apoyado siempre. Y a todas las mujeres cuyos cuerpos y espíritus han sido marcados por las violencias, a las que han denunciado, a las que otros han callado y a las que han guardado silencio pero que aun así, resisten y luchan. Y a todas y todos quienes trabajamos por un mundo sin estereotipos y sin violencias basadas en género.*

Agradecimientos: *A la valiente que rompió el silencio para servir de faro a otras y otros contando su historia y permitiéndonos reflexionar, sobre la problemática social de las diversas formas de la violencia de género.*

Memorias de una mujer resiliente

Stephanía Sánchez Correa e Inés Marcela Medina Vargas

Las familias del barrio Balcázar eran familias pobres, eso decía todo el mundo. Las calles lucían como lucen las calles de barrios pobres, ahuecadas, arenosas, con personas y niños por doquier, ¿por qué los lujos estaban reservados para unos pocos? ¿Quién decide si eres pobre o rico? Yo me preguntaba esas y muchas otras cosas. Era una niña callada, sentía que el único lugar de libertad eran los pensamientos, esa voz interior con la que nadie te prohíbe hablar y con la que puedes desahogarte sin herir a nadie más que a ti mismo.

Cuando tenía 13 años pasaba las tardes a escondidas de mi mamá en un lugar no muy lejano de casa. Era un sitio donde se respiraba un aroma distinto, una sensación de lucidez, un ambiente bohemio, un aroma a café recién hecho. Aquel lugar donde me escondía de mi madre en las tardes se llamaba El Tertuliadero, o al menos así le decíamos. Era un espacio abierto, el solar de una casa grande que servía como encuentro de conversación entre adultos. De hecho, todos eran adultos excepto yo que a mi corta edad me había ganado un lugarcito entre ellos. Se hablaba sobre temas políticos y culturales, del M19 y sus luchas, de la paz y las dinámicas de la guerra, de los pobres y de cómo los políticos los usaban para subir al poder, de las mujeres y sus reivindicaciones. En fin, se hablaba de cosas que solo ahí yo logré escuchar.

Por varios días había asistido sin que ellos me notaran. Iba a dicho espacio solo porque me gustaba lo que hablaban y discutían, me parecía importante. Una mujer notó mi presencia y me preguntó:

— ¿Qué hace una niña en un lugar como este en vez de estar jugando o estudiando?

— Solo escucho, no quiero molestar. Le dije.

— Tranquila mi niña, nunca un ser humano que quiere escuchar o compartir las ideas, puede molestar a otro. Siempre estamos aquí hablando de la vida y rezongando de las penas. Somos viejos, nos vendría bien una que otra idea de la gente joven. Todos me miraron y sonrieron.

Ese día fue uno de mis mejores días. Por primera vez me sentí escuchada, aún cuando no decía mucho. Fue extraño, sentí entre ellos un gesto de familiaridad que en casa no tenía; sentí el calor de un hogar que aunque no era el mío, tampoco era el de ellos. Eran amigos, era la familia que se puede elegir. Eran personas que se unían alrededor del arte, las ideas y el café. Cuando yo estaba en ese lugar me sentía a gusto, me sentía más grande. Yo podía pasar, incluso, como una más de ellos, hablaba de todo, conversaba sobre política, comentaba sobre las pinturas. Al parecer mis comentarios estaban a la altura de sus conversaciones, pues siempre me invitaban y me decían que yo tenía talento para ser una artista. En medio de mis pensamientos logré entender que en estas personas encontraría un apoyo especial si de estudiar se trataba. Ellos siempre creyeron en la educación como un motor para cambiar la sociedad como la nuestra. Yo creo que por eso siempre me alentaron a seguir en la escuela y exigirme a mí misma.

En casa la historia era otra, las mujeres estaban destinadas a servir y procrear y de vez en mes, resistir. Desde pequeña supe que la vida iba a ser dura que cada vez iba a tener que ser yo misma quien me diera razones para seguir adelante. Mi familia transitó siempre entre la furia de mi mamá, la precariedad económica y la ausencia de un padre. Las mujeres para mí siempre fueron guerreras; los hombres, en cambio, siempre representaron peligro y opresión. En medio de todo, mi mamá trató de ser fuerte, pero creo que se equivocó muchas veces. Ella salía a trabajar desde las cuatro de la mañana y llegaba a las nueve de la noche agotada, porque se dedicaba a las labores del campo, cultivaba café, ordeñaba, cuidaba gallinas, pollos, vacas y muchas cosas más. En su rostro siempre encontrábamos gestos de enojo. En muchas ocasiones pensé que yo le molestaba, que no me quería, que si por ella fuera yo estaría lejos de casa.

Fui la segunda de tres hermanos, dos mujeres y un hombre. Yo me hice cargo de mi hermano menor, así como mi hermana se hizo cargo de mí, ¿qué puedo decir? A causa de la ausencia de mi madre, fuimos niñas cuidando niñas. Aunque hoy día entiendo la razón de su ausencia, a lo largo de ella pasaron cosas que tardé mucho en comprender y perdonarle.

El cuerpo está abierto, supura rubores
yo sigo esperando a que pidas perdón (Lorenza Sciaraffia)

Recuerdo que José venía siempre a visitarnos, era el único pariente cercano que estaba disque pendiente de nosotros. Este hombre era el hermano mayor de mi mamá y siempre venía a vernos con un mercado en mano. Vivíamos en una casa que era propiedad de mis abuelos pero cuando ellos murieron, José tomó posesión del predio. Mi madre solo tenía derecho a vivir ahí y él siempre tenía formas de recordarnos que esa era su casa. Siempre pensé que más que mi tío, parecía el esposo de mi mamá.

Para ese entonces, yo tenía cuatro años, mi hermana mayor, seis y mi hermano menor apenas alcanzaba los dos años. José siempre era bueno conmigo, exageradamente bueno, mientras que a mis hermanos ni los miraba. Solo recuerdo que él siempre quería jugar conmigo. Para mí siempre había una caricia, un mimo. Hoy no logro recordar cuándo comenzó todo, era tan pequeña y tan frágil que no supe diferenciar entre sus caricias y sus abusos. Recuerdo bien cómo ese hombre con sus manos ásperas y toscas se acercaba a mí sin yo poder decir nada, porque no entendía lo que pasaba.

Este hombre tenía tanto poder sobre nuestras vidas que nadie podía cuestionar sus decisiones respecto a la casa y a nosotras. Cada fin de semana este hombre llegaba con un mercado y chucherías para mis hermanos y para mí. Era tan normalizada la situación en la casa que yo en ese momento, y hasta mis 13 años, pensaba que era natural. Él había estado sexualmente con mi mamá, ahora conmigo y como nadie decía nada sobre el asunto, siempre pensé que así era el estado regular de las cosas. Algunas veces me repetía que para eso nos había traído Dios al mundo, para servir a los hombres. Afortunadamente no se está equivocado o se es ingenuo para siempre.

En fin, las cosas continuaron empeorando en casa. José lo hacía una y otra vez, mi mamá ya no era más que su empleada. Él se empezó a quedar cada vez más seguido en casa, dormía con nosotras y pasaba temporadas largas con el pretexto de que esa también era su casa y

nosotras hacíamos parte del inventario de ella. En las noches él me llevaba a la sala de la casa y ponía sus grandes manos sobre mi pequeño cuerpo, pero de eso nunca se habló. Yo decidí guardar silencio porque si lo hacía, él amenazaba con llevarse a mi hermano y no dejar que lo viera nunca más. Se aprovechaba de eso porque sabía que estaba muy apegada de mi hermano, yo lo cuidaba, lo bañaba, le daba de comer y no me imaginaba estar sin él. También me aterraba el pensar que podía llevarnos a la fuerza o hacerle lo mismo a mi hermana Elisa, quien por cosas de Dios estuvo a salvo de esa pesadilla. Lo mejor era no hacerlo enojarse, en portarme bien, así como él me decía: “pórtate bien” era lo único que me decía mientras tapaba mi boca para que nadie escuchara mi dolor y supiera los horrores que hacía con mi cuerpo, mi alma y mi pensamiento. Trataba de pensar en otras cosas hasta que pasara, pero su olor me molestaba tanto que era difícil olvidar lo que pasaba en esos momentos. Quizás ese fastidio era signo de que algo dentro de mí sabía que eso no estaba bien, que lo que me estaba pasando no era normal.

Mientras esto ocurría mi único espacio seguro y tranquilo era la escuela. En ella podía sentirme una niña normal. Claro, hasta que llegaba el recreo, ahí era vulnerable, los juegos, la interacción. Todo eso me daba pánico, no lograba diferenciar quién era bueno y quién no, eso me asustaba profundamente. Por eso aprendí a esconderme, a ser invisible. Pasaba los descansos escondida en el patio con el cabello en la cara como si no quisiera que las personas se me acercaran y vieran el horror que había en mi alma. Todo esto por culpa de un tío que pervirtió e interrumpió mi niñez, destrozando mis sueños de niña.

Al regreso a casa, solo pensaba: ¡mi mamá no nos quiere! Ella nos castigaba por insignificancias, me pegaba con la rabia que la vida le había hecho acumular por sus propias luchas internas y eso para mí no era amor. Mi mamá aprendió a ser mujer bajo el modelo de mi abuela. Es decir, ella nunca supo lo que era ser feliz ni mucho menos ser libre. No contaba historias, nunca supe cómo era que mi abuela había permitido que José abusara de ella, ni tampoco nos explicó cómo hizo para conocerse y terminar la relación con mi papá. En fin, en casa lo único que había eran silencios.

‘¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!’.
Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón. (Federico García Lorca)

Con el tiempo me di cuenta que debía hacer todo lo posible por estudiar y no desertar. Nunca olvidaré que Dora, mi maestra y mi guía, me inculcó el amor por la lectura y el crear letras y sueños. Así, en mis años de estudio me empeñé en ser la mejor, en estudiar y ganar siempre los primeros lugares. Sin embargo, cuando salí de quinto de primaria mi mamá dio por hecho que ya había aprendido lo que necesitaba aprender. Ahora lo que debía hacer era trabajar y aportar a la casa y así fue. Mientras buscaba cómo aportar a la casa, soñaba con poder terminar de estudiar y ser alguien importante, alguien a quien el mundo no le pasara por encima sin saberlo.

Cuando supe que nadie en casa me apoyaría con mis estudios, sentí por primera vez que las cosas no estaban bien y que, en consecuencia, debía hacer algo al respecto. Por eso me propuse a buscar por fuera de mi casa el apoyo que necesitaba. Y así fue, a los 11 años y con ayuda de la maestra Dora y sus amigos pude pagar mi primer año. De ahí en adelante me propuse ser la mejor. Aunque era una niña, aprendí a gestionar y a buscar lo que quería y soñaba. Siempre ocupé el primer puesto, logré ganar mi beca completa y terminar mi bachillerato, a la par que participaba de las tertulias y aprendía a ser una mujer diferente.

En casa, la situación nunca cambió. Para mi mamá yo no era una buena hija, pues en vez de ayudarla a ella, solo pensaba en mí. Ella me obligaba a preparar la comida, hacer oficio y cuidar a mi hermano, antes de dejarme ir a estudiar. Fue tan así que el estudio se convirtió en un lugar de escape de ese agobio y de esa rutina doméstica. Soñaba con ser libre y verme como toda una profesional. Incluso en el tiempo que estuve estudiando descubrí cierto gusto por la enseñanza, pensé en algún momento que sería profesora. Sin embargo, al final, no fueron más que sueños que se instalaban en mi pensamiento y que me hacían libre por momentos.

En fin, más allá de mis ensoñaciones en el ámbito escolar, entre las cosas que realmente ocurrieron allí fue que conocí a Andrés, un chico muy inteligente. Sus padres a diferencia de mi mamá, consideraban que él tenía que ser alguien en la vida y que entre más estudiara mucho mejor. Andrés era tímido y bueno para las matemáticas. Siempre supe que yo a él le gustaba pero que además, él sentía una gran admiración por mi capacidad de ser siempre la mejor. Con el tiempo nos fuimos conociendo y haciendo amigos. Sin embargo, al principio para mí era difícil definir mis sentimientos por él, puesto que Andrés no era como los hombres que yo había conocido en mi vida: mi padre, del cual sólo conocí su ausencia, y el hermano de mi mamá, quien sólo traía horror a mi vida. Andrés era un chico sensible que fue criado en una familia amorosa.

Cuando compartía tiempo con Andrés, me sentían en paz, era una sensación muy particular que nunca culminó, pues al terminar el colegio cada uno tuvo rumbos distintos. Él, como era de esperarse, tuvo un cupo en la universidad; en cambio, yo tuve que trabajar. Limpié, cociné, cuidé niños de otras familias, en fin. Mis trabajos fueron como repetir las escenas que vivía en mi propia casa. Siempre quise un trabajo mejor, pero era difícil para una mujer como yo.

Un día, luego de varios años de rodar y rodar sola por la vida volví a encontrarme con Andrés, lo reconocí porque siempre usaba lentes y era un hombre con una voz particular. Sentí que de alguna manera Dios me enviaba una señal. Sé que es extraño que a pesar de todo creyera en Dios, pero así son las cosas. La vida te reta y al mismo tiempo te regala pequeños motivos para vivir. Creía en Dios y en que su profundo amor podía incluso llevarme a perdonar a mi familia y ayudarme a encontrar a un ser de luz que acompañara mi andar. Y así fue, Andrés y yo nos casamos.

Tengo todo un tesoro de lagunas y ausencias,
un muestrario completo de páginas en blanco. (Josefa Parra)

A lo largo de nuestro matrimonio fuimos felices, yo diría que más o menos poco tiempo, pero lo fuimos. Quizás eso tenga algo que ver con que Andrés fue para mí dos seres en uno. En momentos particulares era tan romántico y gentil que lograba atraparme y querer envejecer juntos; mientras que en otros se convertía en todo lo contrario. Nunca

se me va a olvidar aquella vez en que en una reunión familiar dio las gracias en la cena y habló de lo feliz que se sentía de ser el guía de una familia hermosa como la nuestra, con unos hijos fruto del amor que me profesaba. Lo miré y me sorprendí de tanto amor. Sin embargo, cinco minutos más tarde comprendí que los seres humanos somos acción y discurso. En esa misma reunión comencé a tertuliar con todas y todos los asistentes. No recuerdo muy bien cómo se dio la conversación en su momento, pero sí recuerdo que me pareció una buena ocasión para contarles mis días de juventud en el tertuliadero, cuando hablaba de política, de arte y de café. Sin querer, mi comentario provocó la furia de ese esposo ejemplar y fui una vez más reprimida y callada con sus comentarios sutiles que opacaron mi luz.

Debo decir que ante todos, mi esposo era un hombre ejemplar; pero en privado, era otra persona. Él nunca me pegó, no gritaba en casa, simplemente hablábamos. Me tomó mucho tiempo en entender que él coartaba mi libertad de una forma sutil, haciéndome creer que lo hacía para protegerme. Por eso mi vida social durante esa relación se convirtió en un monólogo conmigo misma. Él siempre decía que trabajar por fuera de casa era difícil y peligroso y que las mujeres trabajando para otros no eran más que presas fáciles de hombres poderosos. Y en su supuesto afán de protegerme, Andrés no permitía que yo trabajara con nadie. Además yo pensaba en el bienestar de nuestros hijos y su cuidado, pues nunca me imaginé dejándolos solos o a cargo de alguien que pudiera hacerles daño. Las imágenes de mi infancia rondaban siempre en mis pensamientos más profundos y con ellos venía el miedo, la desconfianza y el resentimiento.

Pero como el dinero no alcanzaba para alimentar a cuatro personas, Andrés, tras una gran insistencia, decidió que montáramos un negocio de arreglos de fiestas. Este parecía el trabajo ideal, era en casa, no debía salir para nada. Además me dejaba el tiempo necesario para ocuparme de la comida, la ropa y los niños. Aunque me gustaba lo que hacía, cada tarde en silencio profundo mientras cortaba icopor o pintaba los arreglos, me inundaban pensamientos que terminaban en preguntas existenciales. Por ejemplo: ¿qué habría pasado si mi tío no hubiera sido mi tío? ¿Qué

hubiera pasado si mi mamá hubiera sido una madre amorosa? ¿Qué hubiera pasado si cada momento vivido hubiera sido distinto? Cada pregunta tenía una respuesta que yo no estaba dispuesta a explorar.

Mi madre que cada vez se parecía más a mi padre y su eterna ausencia, nunca se interesó por saber de mi vida. Tan solo cuando necesitó de mí, me buscó con insistencia. Ella ya estaba vieja y enferma, necesitaba hacerse un tratamiento médico y asistencia durante su recuperación. Entonces, como mis hermanos trabajaban y yo no hacía nada, permanecía en casa, debía ocuparme de ella. La verdad, lo confieso, era difícil cuidar de ella cuando ella no supo cuidar de mí. Pero aun así, yo hacía mi mejor esfuerzo. En ocasiones Andrés -como el típico hombre que idolatra a su mamá por encima de todo, pero que a la par la usó toda su vida como su empleada del servicio- se enojaba conmigo porque yo no trataba amorosamente a mi mamá. Sí, es cierto que yo nunca tenía muestras de afecto para ella, pero él no sabía cuál era la razón de mi comportamiento. Yo no tenía intención alguna de contarle mi historia. Esa historia que partió mi vida en pedazos y que por mucho tiempo culpé a mi mamá, por su falta de tiempo, a sus ausencias, a sus enojos, pero sobre todo, a su desamor.

“las emociones de la infancia están en mí, yo no he salido de ellas, los recuerdos, hasta los de mi más alejada infancia, son en mí un apasionado tiempo presente”. (Federico García Lorca)

Pasaron los años y los recuerdos de la infancia no desaparecían. De hecho, la visita de mi madre los hacía más presentes. Como consecuencia de toda la situación entré en una profunda depresión. Andrés, que siempre cuestionaba mis estados de ánimo, se veía muy molesto para ese entonces. Finalmente, luego de muchas discusiones, decidí contarle mi secreto más profundo. Le conté confiada de que me entendería y que no volvería a cuestionar la relación entre mi madre y yo. Pero para mi sorpresa esto fue el detonante de la peor etapa de nuestra relación. Contarle mi secreto más profundo fue la peor humillación para él, me hizo sentir culpable de todo lo sucedido.

Claramente esto detonó un millón de nuevos malos tratos de su parte. Siempre me decía que yo era la persona que había provocado todo eso y que culpaba a mi madre aun cuando yo era la que había provocado a mi

tío. Me dijo que mi forma de vestir pudo resultar seductora y, por eso, yo tenía la culpa. Él parecía olvidar que yo era solo una niña. Todos los días por la más mínima diferencia o desacuerdo me echaba en cara lo que me había pasado, me humillaba y me menospreciaba. Recuerdo muy bien que en ocasiones me decía: “no vales nada, si tu tío te comió, qué más dá”. Y así fue cuando me convertí en espectadora de mi propia vida. Este fue el punto de retorno pues volvía a ser esa niña abusada que no quería recordar.

Finalmente, en ese punto decidí que debía alejarme, separarme de él y cuidar de mis hijos sola, esta fue la muestra de que él no me amaba, que no sentía nada por mí. Pero fue tarde, tarde para mí y especialmente tarde para la crianza de mis hijos. El mayor, ya era casi la misma estampa del papá. Mi otro hijo sólo deseaba irse de casa. En efecto, apenas pudo conseguir un trabajo se fue y formó su propia familia. Por último, mi hija, mi confidente, se quedó. Se quedó para apoyarme, aparte de verme llorar a mares, para que soportáramos juntas las angustias económicas que vinieron de ahí en adelante. Andrés simplemente cambió de casa y se convirtió en un hombre soltero con ganas de comerse al mundo.

No obstante, mirando hacia atrás, luego de tantos años de sufrimiento en silencio reconozco que puedo seguir adelante, siendo un poco más vieja, sola, pero más fuerte con ganas de ser una mujer independiente y ser yo misma. Del negocio no quedó nada, así como él se fue, se fueron los contactos y los contratos. Yo me las arreglo con trabajos temporales para comer y pagar el arriendo. Pero siempre tengo en la mente poder estudiar, así que en cuanto curso sale gratuito ahí estoy en primera fila. He aprendido, manualidades, bisutería, decoraciones y otro puñado de cosas. En fin, hoy cuento mi historia para sentirme liviana, para rememorar y descargar todo ese odio que ya siento lejos.

Ahora perdóné y siento que puedo continuar, a pedazos pero continuar. No quiero seguir siendo la víctima, quiero ser esa mujer que sirve de ejemplo para que las demás no permitan que nada de esto pase, ni con ellas ni mucho menos con sus hijas o hijos. Me siento libre, de engaños, de odios y de ataduras.

*“Escribe tu pasado en la arena y reescribe tu
historia en la roca.
Levántate! Grita tan alto, tan fuerte que aún en la
soledad de tus pesares tu voz despierte a aquellos
que duermen en la comodidad de sus dolores.
Resplandece, brilla y que tu luz haga visible a
aquellos que nadie ha visto, que nadie quiere ver,
que se ocultan en la resignación.
Rompe cadenas para los futuros – avanza!”*

¡Quienes resistimos y luchamos somos más! La violencia de género, de lo privado a lo público

Lo que se le presentó al lector páginas atrás es la historia de una mujer humilde, recatada, sencilla, creyente en Dios y muy sensible, que de a poco nos compartió sus memorias y nos permitió adentrarnos en sus propias reflexiones. Ella nos contó su historia y cada una de las palabras que recordó fueron para nosotras la posibilidad de construir un relato que sin duda puede ser la historia de muchas mujeres y por momentos la de nosotras mismas. Las memorias de esta mujer reflejan la vida de miles de mujeres cuya historia está marcada por las violencias y por las fuertes secuelas que deja en ellas, permeando tanto sus relaciones familiares como de pareja y hasta laborales.

Por ello, al culminar la entrevista quedó claro para nosotras que contar esta historia implicaba determinar como hecho relevante la violencia de género que estuvo presente desde etapas tempranas en su niñez hasta hoy de manera casi ininterrumpida. Este tipo de violencia hunde sus raíces en las definiciones y relaciones de género dominantes en cada sociedad (Ruiz, 2007). En otras palabras, en Colombia las violencias de género son un tipo de violencia que vivimos las mujeres y que demuestran que en efecto nos encontramos en una posición de desventaja frente al género masculino y a todo lo que socialmente ello representa. Según Restrepo (2007), estas desigualdades son más evidentes en el ámbito privado.

En el ámbito de lo privado la supremacía masculina se impone. El maltrato, la explotación del trabajo de la mujer y la violación conyugal despojan a las mujeres de su autonomía, de su identidad, de su propia autodeterminación y control; es allí, en la esfera de lo privado, donde se evidencia mucho más la desigualdad entre hombres y mujeres (p. 94).

Sabemos que aun cuando estas violencias relatadas ocurrieron siempre en el ámbito de lo privado, era imperativo entrelazar este relato con hechos que permitieran trasladar estos sucesos de lo privado a lo público. Este cambio de perspectiva es necesario, pues si bien las violencias de género hoy gozan de un cierto grado de visibilización y reconocimiento, estas en muchos casos siguen considerándose un problema que concierne al ámbito de lo privado. Aquí le apostamos a pensar las violencias de género como un problema social, ya que esto no sólo implica un mayor conocimiento del problema o cambios en la legislación vigente, sino también un nuevo modo de analizar sus causas y de sugerir actuaciones para prevenirlo (Fiol, 2000). Siendo así es posible pensar el empoderamiento ciudadano como una estrategia que permita romper el silencio no solo de las mujeres, sino de aquellas personas que pueden presenciar hechos de violencia de género y que al considerarlo como un problema social, entendería que hay un grado de responsabilidad ciudadana que nos debe implicar a todos y todas tomar acciones con relación a dichos actos.

Cambiar de perspectiva implicó también metodológicamente pensar en herramientas que permitieran mostrar el problema de las violencias de género, desde lo individual y lo colectivo. Lo nuestro es la investigación cualitativa, ir al detalle, particularizar los problemas sociales. Sin embargo, convenimos que es importante traer a colación datos agregados, un poco de esa fría estadística a la que le huimos porque en ocasiones invisibiliza a los sujetos, pero que usada correctamente da cuenta de cómo un fenómeno puede considerarse un problema de interés público y por tanto requerir atención estatal. Aquí la estadística es un elemento crucial¹ que nos permite mostrarles cómo este relato pudo haberlo

1. Aunque remitimos a estadísticas lo más actuales posibles, reconocemos que este fenómeno tiene precedentes históricos muy anteriores. Por ejemplo hacia el año 1915 en la ciudad de Cali se erigían conceptos como las “mujeres públicas”, entendidas como

contado alguna de tantas mujeres que han sufrido hechos violentos en sus vidas. Incluso cómo, aún hoy, algunas mujeres en el Valle del Cauca siguen considerando que la violencia de género no son violaciones graves a los derechos humanos.²

¿Qué nos dicen los datos?

Encontramos que en el año 2017 en Colombia se reportaron 98.999 casos de violencias de género e intrafamiliar al Sistema Nacional de Vigilancia en Salud Pública (SIVIGILA),³ además que los tipos de violencia afectan de manera diferencial a niñas y mujeres tal como lo evidencia el relato. La violencia sexual se asocia principalmente a las niñas menores de 10 años, mientras que en mujeres adultas se reportan más casos de violencia física y psicológica (MinSalud, 2018). Por lo que es crucial que las políticas públicas que se ocupen de las violencias de género tengan un enfoque diferencial que implique medidas de seguridad mayores frente a las niñas que son quienes se encuentran ante un peligro que de consumarse les afectará en el futuro su manera de relacionarse con los otros.

Asimismo, esta historia, estuvo marcada por hechos violentos provenientes de sus familiares más cercanos. Nada lejos de la realidad y los datos se encuentra este relato, es decir, los abusos y las violaciones

aquellas que estaban en el orden de lo indeseable para una sociedad; las mujeres públicas fueron consideradas como personas sin un oficio decente, o sin ningún oficio más que el de atentar contra la moralidad y las buenas costumbres (Ávila, 2008). Este concepto trajo para aquellas que ejercían la prostitución, abusos legitimados por los discursos sobre la salubridad y la higiene pública.

2. El Observatorio para la Equidad de las Mujeres (OEM) en su primer informe sobre una encuesta realizada en cuatro municipios del Valle del Cauca: Cali, Yumbo, Jamundí y Buenaventura, nos muestra aunque la violencia física sufrida por las mujeres afro se encuentra (en pequeña medida) por encima del promedio de las demás mujeres encuestadas, el 29% de ellas considera que las violencias basadas en género no son violaciones graves a los derechos humanos (OEM, 2019).

3. El Sistema Nacional de Vigilancia en Salud Pública (SIVIGILA), se ha creado para realizar la provisión en forma sistemática y oportuna, de información sobre la dinámica de los eventos que afecten o puedan afectar la salud de la población Colombiana.

que vivió esta mujer son los mismos que viven muchas mujeres de Colombia. De hecho, en el 72% de los casos de violencia contra la mujer el agresor es un familiar, normalmente la pareja o expareja (MinSalud, 2018). Volviendo al caso en particular, el acto más re-victimizante que tuvo lugar en las memorias de esta mujer, fue cuando la hicieron responsable del hecho, es decir, cuando sostuvieron la idea de que ella había provocado la agresión.

Es claro que estos datos demuestran la existencia de un problema que debe abordarse desde lo público, pues necesitamos las mujeres un tipo de atención diferencial que reduzca las posibilidades de convertirnos en uno más de estos datos. Las memorias que acabamos de leer son de una mujer que ni siquiera hace parte de las estadísticas. Como ella, existimos miles de mujeres que hemos sido víctimas de violencias de género en diversas formas: desde aquellas a quienes nos han acosado en la calle caminando solas por lugares oscuros, hasta aquellas que han tenido que experimentar la transgresión de su espacio vital con una mirada lasciva, un piropo malintencionado de un completo desconocido, un silbido que insinúa que debemos prestar atención a quien nos irrespeta o el manoseo inescrupuloso en los sistemas de transporte masivo de la mano de la completa indiferencia de los pasajeros cuando grita para denunciar que se están masturbando con su cuerpo a plena luz del día. Cada una de estas agresiones y muchas otras quedan en el oscuro silencio al que se ha confinado a las mujeres para sostener el sistema patriarcal y machista que violenta y hace daño.

Sea como fuere, puede ocurrir que como mujeres cuando recién pensamos en este tipo de violencias que vivimos a diario, nos cueste aceptar su carácter violento y, por tanto, denunciarlo como tal. En efecto, la mujer que cuenta su historia hoy, es una mujer que nunca denunció, ella estuvo en silencio gran parte de su vida, el silencio la acompañó y ella se hizo a la idea de que su “único lugar de libertad eran los pensamientos, esa voz interior con la que nadie te prohíbe hablar y con la que puedes desahogarte sin herir a nadie más que a ti misma”. Era una niña cuando fue víctima por primera vez, naturalizó el hecho violento pues supo también entre silencios que su tío también violaba a su madre cuando ella era

niña. Respecto a este suceso, surgieron para nosotras muchas dudas, ¿es posible pedir a una niña que exprese o se defienda de un acto que perpetra su propia familia? o ¿cuáles eran sus recursos para entender que este hecho no debía pertenecer a la normalidad?

De cualquier modo, el silencio siempre es un factor al que nos cuesta hacerle frente. Podríamos decir, incluso, que el silencio no nos acompaña sólo cuando somos niñas. Es decir, las mujeres adultas seguimos conviviendo con actos violentos no denunciados a lo largo de toda nuestra existencia. Por ejemplo, cuando tu papá decide que a tus 15 años no mereces el dinero para la ceremonia de 11 grado, porque “finalmente ya aprendiste lo que tenías que aprender” y además y para colmo “para que te va a servir el estudio, al final te casas y te dejan un bebé entre la barriga”, ¿en este caso no existe un acto violento? ¿Y es acaso posible denunciar estos hechos?

Ahora bien, vayamos un poco más lejos: ¿qué pasa cuando somos adultas, ya conocemos nuestros derechos y sabemos cómo denunciar a los abusadores, pero seguimos aferrándonos al silencio como alternativa? ¿Por qué tanto nosotras como la mujer del relato calla por mucho tiempo las malas palabras, la violencia patrimonial, el abuso de confianza y hasta violaciones de parte de la propia pareja? ¿Es la falta de conocimiento lo que nos silencia el grito o son otros factores las que acallan nuestras voces?

En fin, sabemos que son muchas preguntas y que tal vez leíste hasta aquí para llevarte una que otra respuesta. Pero no perdamos de vista que el mejor aprendizaje es el que surge del análisis de la propia experiencia, ya que es ahí donde cada una puede reinventarse como una mujer que lucha y resiste. Sin embargo, hay varios elementos que ya hemos mencionado y que recapitularemos con el ánimo de cerrar esta discusión e invitarte a que renuncies a continuar en silencio en caso de vivir algún tipo de abuso.

Ahora bien, a pesar del silencio reinante que existe, en los últimos años se han aumentado considerablemente las denuncias, así como se ha socializado en buena medida lo relacionado con violencias de género.

Sin embargo, es claro que los casos de violación a mujeres y niñas, tal como lo enunció Figueroa (2014), siguen siendo un asunto grave y pendiente de investigación social. Para algunas investigadoras sociales el aumento de las denuncias no es sinónimo de mejoría, pues consideran que el derecho es en realidad otro de los sistemas de opresión que limitan la autonomía de las mujeres, pues son leyes hechas por hombres, para hombres. Por ejemplo algunas feministas radicales⁴ incluso afirman que “los abusos contra mujeres rara vez encajan en las leyes y en las medidas coercitivas, puesto que son medidas construidas por hombres para perpetuar su dominio” (Restrepo, 2007, p. 94). No obstante, nuestra postura es un poco menos dura con el sistema jurídico ya que consideramos que en Colombia hoy existe una protección por vía penal de la mujer respecto a la violencia de género. Tal como afirma María Camila Flórez “la ley penal colombiana sanciona todas las formas de violencia contra la mujer consagradas en la Ley 1257 de 2008” (2018, p. 48).

Lo anterior nos lleva a pensar que es posible denunciar y que se haga justicia ante hechos de violencia contra las mujeres. Sin embargo, reconocemos, como lo hemos hecho a lo largo del texto, que se requiere más que un sistema jurídico con enfoque de género para transformar realidades. De hecho, consideramos que es necesario que existan cambios culturales profundos que reinventen el hecho de ser mujer y hombre por fuera de sistemas de opresión y discriminación. Las mujeres tenemos que ser libres de violencias, que ninguna más de nosotras tenga que negociar sexo por vida, tal como nos lo muestra la socióloga y psicóloga social Inés Hercovich (2002).

Por último, decir que estas memorias que hoy tuvimos el honor de leer se suman a los esfuerzos por visibilizar la existencia de un ciclo de violencias en las que las mujeres nos encontramos constantemente y que van desde agresiones psicológicas, hasta agresiones físicas; y que tanto recordar como olvidar, son acciones que resultan indispensables en lugares o cuerpos marcados por las violencias para lograr construir una memoria incluyente (Gaborit, 2006). Y para que dichos ejercicios

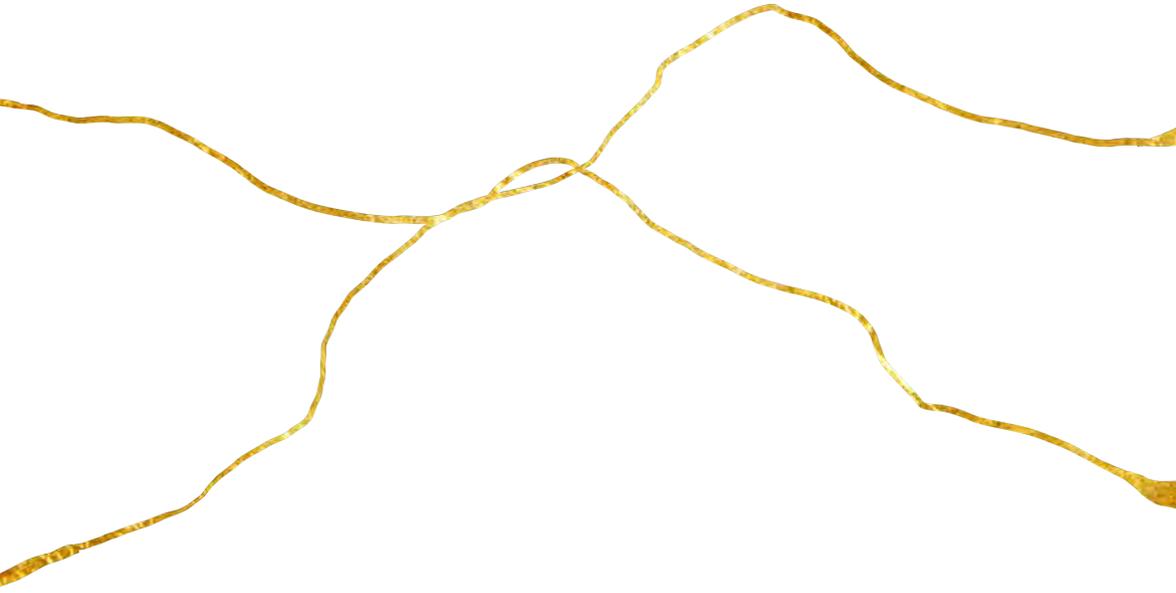
4. Por ejemplo Catherine Mackinnon citada por Restrepo (2007)

sean verdaderamente sanadores o por lo menos terapéuticos, ellos deben pasar por el tamiz del reconocimiento social de los hechos (Calveiro, 2012; Gaborit, 2006). En este orden de ideas, pensamos que el relato de esta mujer cobra sentido en dos puntos: en primer lugar, para la autora el relato es una suerte de autoreflexión que gira en torno a las violencias vividas por ella misma; segundo, se puede concebir como un ejercicio de reconocimiento de mujeres que resisten y luchan contra la violencia patriarcal.

Referencias bibliográficas

- Avila-Quiroga, L. P. (2008). La prostitución en Cali a principios de siglo XX: un problema de grandes dimensiones para la salud y la higiene. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, (13), 247-265.
- Calveiro, P. (2012). Apuntes sobre la tensión entre violencia y ética en la construcción de las memorias políticas. *Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudad en disputa*, 21-30.
- Fiol, E. B., & Pérez, V. A. F. (2000). La violencia de género: de cuestión privada a problema social. *Psychosocial Intervention*, 9(1), 7-19.
- Flórez, M. C. C. (2018). La violencia contra las mujeres en la legislación penal colombiana. *Nuevo Foro Penal*, 14(90), 11-53.
- Gaborit, M. (2006). Memoria histórica: Relato desde las víctimas. *Pensamiento Psicológico*, 2(6), 7-20.
- Hercovich, I. (2002). Las oprimidas sospechadas. La desconfianza hacia las mujeres sin conciencia de género: un recaudo feminista contra los estragos del control patriarcal. *Debate Feminista*, 26, 3-25.
- Ministerio de Salud. (2018). Sala situacional Mujeres víctimas de violencia de género. Recuperado de <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/sala-situacion-violencia-genero.pdf>
- OEM - Observatorio para la Equidad de las Mujeres. (Julio de 2019). Boletín OEM (1). Autonomía de las Mujeres Afrocolombianas en el Valle del Cauca.

- Restrepo Yepes, O. C. (2007). ¿El silencio de las inocentes? Violencia sexual a mujeres en el contexto del conflicto armado. *Revista Opinión Jurídica*, 6(11), 89-101.
- Ruiz, E. E., & Pérez, M. Á. M. (2007). Violencia de género: reflexiones conceptuales, derivaciones prácticas. *Papers: revista de sociología*, (86), 189-201.
- Vergara Figueroa, A. (2014). Cuerpos y territorios vaciados ¿En qué consiste el paradigma de la diferencia? ¿Cómo pensamos la diferencia? *Revista CS*, (13), 338-360. <https://doi.org/10.18046/recs.i13.1830>





Dedicatoria: A las mujeres que todos los días se descubren y se hacen madres de tantas formas diferentes.

Agradecimientos: Al diplomado Mujeres, liderazgo y participación pública por ser el espacio de tantas mujeres y con ellas, de tantas historias que dan sentido a nuestra labor, a la universidad ICESI y la Fundación WWB, por permitirme estar aquí y hacer parte de este proyecto maravilloso, al semillero y cada uno de sus integrantes, por sus devoluciones a este escrito, a mis amigos de este camino: María, Hanni y Jose, por todo. Y finalmente, agradezco a ella, a Jazmín de noche, por su coraje y por ser la inspiración de esta historia

Madre sólo hay muchas

Heydi Lorena Acevedo Pulecio

Jazmín de noche

El jazmín de noche –también conocido como dama de la noche– es un arbusto propio de América Latina que se reconoce por su mágica relación con la luna, pues a diferencia de las plantas tradicionales, ésta suele florecer cuando cae la noche, momento en el que también desprende su seductor aroma. Aun así, alcanza su mayor brillo bajo la luz del sol, en el calor del verano... o de la tierra caleña.

Si les digo que soy de Padua, Tolima tal vez no sepan mucho sobre el pueblo; entonces mejor les cuento que nací donde William Ospina abrió sus ojos. Pero mi historia, la que les voy a contar ahora, no es de allá. Mi historia empieza en Manizales, a mis 15 años, cuando mi mamá tuvo una epifanía y se dio cuenta que en el pueblo sus hijas no iban a tener futuro. Es que la vida en los pueblos nunca ha sido sencilla para las mujeres, las opciones eran o casarnos con el hijo honrado y trabajador de alguna familia vecina, o quedarnos beatas cuidando a nuestros padres. Las más aguerridas, sin embargo, se aventuraban a probar suerte en alguna ciudad, casi siempre la capital, con la promesa de un trabajo que les diera algo de libertad pero que solía terminar en seguir haciendo oficio y cuidando niños, cuidar niños ya no de los nuestros sino de familias pudientes, hijos de desconocidas, a cambio de un pago miserable. Las muchachas del servicio, las llamaban, y sí, prestaban más de un servicio: el trabajo de la casa, las tareas de los niñitos, la comida, la fregada de la ropa, el consuelo de las patronas e incluso, en algunas ocasiones, hasta los deseos nocturnos de los patrones. Mi mamá lo olió y antes de que nos diera por alzar vuelo, decidió arrancar con todos; eso sí, a una ciudad no tan grande, donde pudiera seguirnos teniendo bajo sus enaguas. Así era Manizales: bonita, pequeña, llena de jeeps que desafiaban la gravedad en las empinadas calles y atestada de iglesias donde cada domingo se conglomeraban las juezas de la moral a murmurar por qué tal o cual muchacha no había vuelto a misa y cómo esto coincidía con habérsela encontrado, pálida, en el puesto de salud, con un pequeño bultico en el abdomen que ya iba tomando forma. Así era la ciudad que para entonces parecía más un pueblo grande, con un montón de tradiciones, prejuicios y miedos a todo lo que fuera diferente o se saliera de su virginal control.

Pero volvamos al Tolima. Para ese entonces nosotros éramos siete hermanos, uno murió muy pequeñito, don Ospina nunca escribió sobre eso, pero él se dio cuenta. Así, quedamos seis: cuatro mujeres y dos hombres, yo era de las más pequeñas y peleaba mucho porque las diferencias con las que nos trataban eran muy marcadas: ellos no tenían que hacer nada, nosotras nos encargábamos de todos los oficios. Mi padre y mis hermanos eran los reyes y había que atenderlos por encima de todo, incluso de nosotras mismas, no importaba si estábamos cansadas y si también trabajábamos en la calle, siempre la prioridad eran los hombres. En nuestra casa había una tienda donde teníamos que trabajar, la misma tienda que mi papá levantó por años, la misma en la que por primera vez, en uno de sus rincones, exploré el cuerpo de un niño y lo encontré tan diferente al mío. El mismo negocio en el que tantas veces vi a mi madre llorando mientras que mi padre, borracho, luego de gastarse la plata de la comida en alcohol, la molía a golpes. Allá nos criamos todos, nos esforzamos todos, pero no ganábamos todos: los hombres tenían siempre la ventaja y a mí me costaba mucho aceptar esa forma de vivir y más adelante eso me impulsaría a salir de la casa.

Mi molestia, sin embargo, era más profunda. Mi rabia era por la libertad que yo no podía disfrutar y envidiaba de mis hermanos que podían tener novias y llevarlas a la casa; mientras que a mis hermanas y a mí nos rechazaban todos los pretendientes, porque ninguno era lo suficientemente bueno, ¿bueno para qué? ¡No sé! Total, ¿qué se necesitaba en una vida como la que llevábamos que ellos no pudieran darnos? ¿Qué podría ser peor? Entonces no había más opción, tocaba resignarse a pasarla bueno, pero afuera, a escondidas, con los amigos, en la calle, en el colegio.

El colegio también fue mi fuga. En la casa todos estudiábamos, pero yo ingresé muy tarde, tenía como nueve años y fue gracias a que nuestra vecina era la profesora de la escuela de niñas del pueblo. Ella se hizo amiga de mi mamá y fue quién le dijo: “¿vea y usted a qué horas va a meter a estudiar a esta muchacha? Ella ya está muy grande”. Entonces entré a primero y como era la más grande del salón, me dieron muchas responsabilidades, aprendí a ser líder y a no pasar desapercibida en ningún lugar. Yo sí aproveché, porque aunque mis papás nos dieron estudio a todos, solo uno de mis hermanos hombres se graduó como ingeniero; mis hermanas no quisieron

seguir, decían que no les gustaba, pero yo siempre he sospechado que nunca se sintieron capaces. Para mí estudiar ha sido como mágico, hace parte de algo que yo creo que ya estaba predestinado, a mí el estudio me daba la fuerza, la fe, me empoderaba. La verdad, siento que ni siquiera he tenido que estudiar, ha sido como algo que llevo en mí que hace parte de mi memoria ancestral. Pienso que las mujeres tenemos una mística especial para el conocimiento y podríamos hacer grandes cosas con él, ganarnos otros espacios, así como cuando nos ganamos el derecho al voto, que fue justo por los días de cuando yo nací; la cosa era que ninguna de nosotras, no las cercanas a mí al menos, sabíamos bien para qué era eso, así que yo solo le hacía caso a mi papá y votaba por el que él me dijera.

Tacones lejanos

El colegio me enseñó muchas cosas, no solo del conocimiento, sino de la vida. Con las monjitas no fue sencillo, todo era desde lo biológico, lo orgánico, lo estructural; en biología, por ejemplo, usábamos el dibujo de un muñequito vestidito con el que nos enseñaban las partes del cuerpo, cómo debíamos asearnos para ser lo más higiénicas posible y, por supuesto, cuál era nuestra responsabilidad de no embarazarnos. Igual, muy en el fondo todas sabíamos que tarde o temprano tendríamos que ser mamás, ¿qué más podría hacer una mujer? De pronto trabajar como profesora o irse de enfermera al hospital o a algún centro de salud. De todas maneras, hacerlo no nos libraba de parir y criar niños, de casarnos y cuidar maridos, arreglar la casa e ir a misa para luego murmurar si había otra que le diera por preñarse antes de tiempo, antes del santo matrimonio. Ojalá hubiera estado en la clase de biología o al menos en la de religión, para que el temor a Dios no me hubiera dejado pecar.

Creo que descubrí mi cuerpo por accidente, un día en la cancha, montando bicicleta, cuando menstrué por primera vez. No tenía idea de lo que estaba pasando conmigo y casi muero del susto, incluso pensé que la bici me había quemado. Es que en mi casa jamás me hablaron del cuerpo ni de lo que me iba a pasar al crecer; a lo mucho mi madre me decía que no comiera miel porque se me alborotaba la calentura. Yo siempre pensé

que se refería a la fiebre, por lo que no entendía muy bien porqué cuando lo decía, me miraba con sospecha la entropierna. Fue entonces con mis amigas, en el colegio, sentadas frente a un espejo, que entendí qué era lo que miraba mi mamá. Sí, tal vez comí mucha miel. Para entonces, las compresas de tela eran lo usual, hasta que convencí a mi mamá de usar toallas higiénicas para poder ir al colegio sin miedo a mancharme, pero ya no podía correr, ni cargar bebés, ni salir en luna llena, ni bañarme con agua fría, o al menos todo eso me decían. Estaba maldita cuatro días al mes por algo que no escogí y de lo que no tenía la culpa.

En cualquier caso, yo fui tremenda de niña. Desde pequeña fui inquieta y me gustaba sentir mi cuerpo. Me gustó sentirlo aquella vez en la finca, cuando le pedí a mi primito chiquito que se me montara encima y me friccionara la vagina con su pene. Pensé que me gustaría más después de los 15 años. Recuerdo que cuando los cumplí era época de ferias en el pueblo y me fui con un muchacho a un motel, a una cama vieja donde dejó mi virginidad, por más que le supliqué que no lo hiciera. Así que no, no lo disfruté, ni con él ni con mi novio de adolescencia, el mismo que se consiguió como amante a una mujer mayor, porque yo no terminaba de decidir si quería tener sexo con él o no, y pues él era un hombre y no podía seguir esperando. La verdad es que mis encuentros sexuales fueron todo menos placenteros, hasta hace apenas siete años, cuando conocí el orgasmo, con mi último compañero. Ese día logré responder la pregunta de por qué la gente disfruta tanto eso a lo que llaman hacer el amor.

El oficio de ser mamá

De mi tiempo en Manizales, recuerdo lo mucho que me gustaba ir al balneario, en ese entonces, hace más de 40 años, era el único en la ciudad, allí conocí el salvavidas que luego sería mi novio. Yo tenía 19 y él, 27, era un hombre muy atractivo, él lo sabía, por eso le gustaba exhibirse; se ponía de esos bañadores corticos y apretados lo que hacía que las señoras miraran de reojo mientras se santiguaban. Sus patillas eran largas como las del cantante Sandro y hasta se parecía un poquito a él. Me trataba muy bien. Los días que no tenía turno me sacaba de la

piscina y me decía: “Negra, venga bailemos” y entre rones pa’matar el frío y el sonsonete tropical de La negra Celina y Así empezaron mamá y papá, me fue seduciendo. Me sedujo hasta tal punto que uno de esos días me convenció de acompañarlo a la casa de su hermana, sin su hermana presente obviamente. Luego de los pocos tragos que yo necesitaba para embriagarme, tuvimos sexo. Una vez, una sola vez fue suficiente para que las recomendaciones de las monjitas se vinieran al piso, él lo supo primero: “negra, usted está en embarazo, hasta yo tengo los síntomas”. No me lo podía creer, para ese momento el recuerdo de la bicicleta y mis piernas manchadas de sangre ya eran lejanos y no menstrué más. El mundo se me vino encima, vi pasar cada ilusión de irme de la ciudad, de seguir estudiando y de vivir una vida diferente a la de mis amigas. Sufrí cada día de ese embarazo, lloré la deshonra de mi padre, quien no era capaz ni de mirarme a los ojos, me dolieron los reproches de mi madre, quien se avergonzaba de mí y me preguntaba entre sollozos: “¿y ahora cómo vamos a volver a misa? Y, por si fuera poco, padecí muy especialmente el amor que ya sentía por otro hombre, uno que no era un salvavidas.

¡Y es que claro que me enamoré! El problema es que para ese momento yo ya tenía la barriga muy grande y no precisamente por obra y gracia de él. Finalmente, el destino nos uniría, no puedo negar que con él viví todo: toqué el cielo y caí de cabeza, con mis lágrimas pagué su odio a las mujeres. Era un hombre muy machista, celoso, desconfiado, con un rencor latente hacia su mamá. Ella nunca lo quiso, o al menos eso me decía él, alguna vez me contó que su madre le dijo que habría preferido irse a trabajar a otro país en vez de quedarse en Colombia y cuidarlo. Tal vez él veía algo de ella en mí y quizás por eso nunca supo si amarme o destruirme. Sin embargo, él crió a mi hijo, siempre lo trató como propio y por 20 años se quedó conmigo, aunque no estoy segura de si yo me quedé con él, porque él no resistía mi independencia, mi autonomía y mi forma de andar por el mundo desprendiendo mi aroma y haciéndome desear. De hecho, ahora que lo pienso con detenimiento, los hombres no han podido conmigo, con ellos me he sentido amada, admirada, pero también controlada. Querían una mujer sumisa y eso es algo que jamás podré ser.

Yo no quería tener un bebé, yo quería abortar. No me lo callé, con todo lo horrible que fue hablé con mi mamá y le pedí los \$90.000 que el padre del bebé –con falsas promesas– se había resistido a darme para acabar con la situación. No logro recordar cuántas cosas tomé, cuántas cosas hice, cuántas cosas me metieron, pero nada resultó y la barriga siguió creciendo y con ella mi temor de que mi hijo naciera como un monstruo luego de tantos intentos de deshacerme de él.

Yo llegué a ser la mejor estudiante y por eso mi directora de grupo, que más que mi profesora era mi amiga, me ayudó tanto cuando quedé embarazada. A ella, que desde su corazón de mujer entendía el mío, nos unía la soledad y la historia de pérdidas y desamores. Así fue que nos hicimos cercanas, desde el dolor y la alegría. Esta mujer habló con el rector para que me dejara asistir a las clases con el compromiso de esconder la vergüenza y el mal ejemplo producto de mis errores, es decir, el bebé, ese que tanto celebraban cuando era bien habido. Para ayudarme, mis amigas le pusieron un resorte a la falda y le soltaron el dobladillo que de por sí ya era largo y para que no se me notara, me prestaban sus sacos y me cubrían la espalda. Esto sirvió hasta que un día se volvió insostenible. Es que quedar en embarazo era ya una cosa grave, pero seguir estudiando y contagiar a mis compañeras, eso sí era imperdonable. Creo que tras el embarazo todo empeoró, para empezar mi mamá me echó de la casa. Su pretexto para sacarme fue que me convertí en la comidilla de los vecinos que siempre les daba de qué hablar y ella no podía soportarlo. En fin, lo bueno fue que en medio del abandono nuevamente fue mi profesora quien me salvó, me llevó a vivir con ella y cada tarde me entregaba las tareas y yo las hacía sentada en su balcón, del que salía solo para ir a la tienda, porque ni a la ceremonia de grado pude asistir. Mientras mis amigas recibían el diploma, yo estaba empacando mi maleta llena de ropa de bebé. Mi destino fue Chinchiná, un lugar lejano de mi historia, donde la vergüenza y la infelicidad se quedaron a solas conmigo.

La maternidad es la capacidad de dar y sostener vida, vivir la maternidad es sostener la vida que se da. Se deben buscar los elementos y fuerzas para sostener esa vida y debe partir del deseo, no de la culpa. Por mi parte,

cuando pude soltar la maternidad, la solté, al menos abandoné lo que me habían enseñado que era materner y me volví una madre proveedora y no cuidadora. Entonces fui autónoma, tuve a mi hijo y lo dejé a sus cuatro años con su madrina, así pude trabajar y estudiar, me fui a la capital y desde allá lo sostuve económicamente. Me fui, pero no a ser la muchacha del servicio de nadie. En realidad, trabajé en una fábrica de arepas donde sólo habíamos mujeres, recuerdo que los horarios eran terribles, por eso renuncié. Después fui cajera en un restaurante de la familia de una amiga, aunque eso no duró mucho, porque como ya he dicho no suelo pasar desapercibida. Una tarde fue un señor al restaurante y me hizo una oferta laboral que no pude rechazar y terminé siendo la imagen de un producto para el cabello de una multinacional. Luego empecé a estudiar tecnología en mercadotecnia y como para ascender tenía que tener un carro, compramos uno con quien para ese entonces era mi compañero. Después de eso me quedé sin trabajo. Pero como yo no me varo fácil y no me podía dar el lujo de quedarme cruzada de brazos, me las ingení y empecé a transportar a los hijos de mis amigas, a hacer domicilios en la ferretería de un amigo y cosas así. De esa manera fui haciéndome un camino lejos de mi familia biológica y de una vida que ya no quería para mí.

Si soy sincera, no nací para entregarme a nadie, ni a un hombre, ni a un hijo. Es la vida que escogí y no voy a disculparme por ello. No disfruté en ningún momento la maternidad. Puedo decir que hoy día amo a mi hijo y a mi nieta, pero fue porque me tocó, ¿quién podría levantar un dedo para juzgar a una mujer que decide no ser madre, aun si ya lleva la criatura en el vientre? Dar vida es muy importante, pero para el universo, un nacimiento es otro hecho que sucede, no es tan grande. Tres abortos tuvieron que pasar para que entendiera que la maternidad no es la única tarea de una mujer, ¡ni siquiera tiene que ser una! En cuanto supe que no tenía riesgo de embarazos y que si lo tenía era libre de decidir qué hacer, fue cuando encontré mi propio placer en mi libertad. Ojalá lo hubiera comprendido antes para no haberme cuestionado tanto.

Claro que no siempre pensé de esta forma. Recuerdo que una vez persuadí a mi hermana hasta el cansancio para que continuara con su embarazo, estaba muy involucrada con la religión y desde ahí se

enunciaba mi discurso. Sin embargo, con el tiempo fui cambiando, los eventos en mi vida me fueron transformando y abandoné esa cosmovisión. Me conecté con la magia, con la tierra, con la luna y conmigo y logré aceptarme y encontrarme a mí misma. Vivo una sexualidad plena ahora, ha sido una historia larga, formatearme completamente, romper con los fundamentos de mi crianza y mi religión. De hecho, fueron muchas prácticas, encuentros y también otras mujeres que me ayudaron a reconciliarme con mi cuerpo de mujer, con mis lunas de mujer, con mi piel. Así he sido libre, por amor a mi libertad he dejado muchas cosas y ya no me siento culpable por hacerlo.

No tengo nada propio. Hace unos años vivo en total austeridad, con consciencia. Cuando renuncié a todo, todo me sobró, mi economía es totalmente diferente ahora. No me da miedo no tener nada, vaciarme, pues al final se dan las cosas y se vuelven a llenar. Es una ventaja para mí haber salido del mundo material, esto me ha permitido caminar una vasta geografía y finalmente llegar a Cali. Este es el lugar donde el ciclo se ha completado, donde vivo de la tierra, donde el sol me hace florecer. Me enamoré de esta ciudad, de su brisa, del sonido del río y de su olor a jazmín de noche.

¿Madre yo? Yo madre

Si este capítulo y la historia que lo acompaña lo han leído las mujeres que son madres, seguramente –como yo– se habrán detenido en varias líneas especialmente enfocadas en retornos a pensar la maternidad sin la mística que la ha acompañado desde siempre, a reflexionar todo aquello del amor natural por los hijos y el deseo inherente de las mujeres por ser madres como mérito casi absoluto de nuestra realización. Si ustedes son mujeres que no tienen hijos... ¿aún?, más allá del ciclo vital en el que se encuentren, podría ser que pensarán que la protagonista exagera, que no es para tanto. Y sí, las entiendo, no siempre fui madre. Por otro lado, también puede suceder que algunas de ustedes se identifiquen con las tradiciones más recalcitrantes del sistema patriarcal en el que nos movemos y quizás acusen a la protagonista de la historia y de paso a mí de herejes por lo que vamos a conversar. Lo cierto de todo esto

es que quizá para algunas ¿o muchas? de ustedes, por encima de su estado y relación con la progenie, esta lectura es una invitación –de esas incómodas que una suele aplazar para el mes entrante– a cuestionar lo divino de ser madre y, así, con dolor de vientre y todo, reconocer muy en el fondo que también lo han pensado, sentido, creído, vivido, imaginado con la misma fuerza que lo han criticado, juzgado, condenado. Por eso, queridas lectoras, en una arriesgada apuesta de sororidad les pido que no se vayan, que lean hasta el final y se cuenten a ustedes mismas, si algo de esto las atraviesa.

Jazmín de noche es una historia real de una mujer valiente que se atrevió a contarnos que la maternidad duele y no siempre es deseada, incluso cuando ya no hay más remedio que vivirla. Pero que precisamente el cómo se vive, no tiene que ser lo que la norma social de un sistema patriarcal nos ha enseñado, porque finalmente “dar vida es muy importante pero, para el universo, un nacimiento es otro hecho que sucede, no es tan grande”. Y entonces hablamos, tal vez, de uno de los temas más difíciles: considerar la posibilidad de la interrupción voluntaria del embarazo como un coadyuvante del placer femenino, cuando el miedo a tener hijos es un inhibidor del deseo sexual. No me lo tomen personal, para este caso particular no hablo por mí. De hecho, yo soy madre, –una feliz, ¿por elección?– de una niñita fantástica que cada día hace que reivindique mi decisión de tenerla. Y hoy respetaría y apoyaría cualquiera que fuera su deseo y su elección en cuanto a la maternidad, porque efectivamente es de ella, de su cuerpo y de su albedrío que es libre, en teoría.

El asunto aquí, entre otras cosas, tiene que ver con todo aquello que lleva a una mujer a aceptar o no, engendrar, parir y criar un hijo. Se trata de entender lo que me hizo a mí aceptarlo y a Jazmín no, y saber cómo eso nos liberó y también nos hizo prisioneras a ambas. Estas razones no son las mismas para todas y en muchas ocasiones no concuerdan con la idea histórica y naturalizada de suponer que todas las mujeres, por el hecho de ser mujeres y tener un cuerpo biológicamente dotado para el embarazo y la lactancia, quieren ser madres y no pueden elegir no serlo. Ya Orna Donath nos lo ha dicho cuando incluso esa supuesta elección lleva a arrepentimientos igual de válidos, en un mundo de falsas promesas que

por un lado alientan a las que quieren reproducirse con propagandas de realización, autoridad, independencia del hogar primario y uniones maritales eternas; por el otro, advierten de narcisistas a aquellas defectuosas que optan por no ser madres. Con este control social poco sutil y las relaciones de poder, status e inclusión, pareciera entonces ingenuo pensar que existe realmente una libre y absoluta elección sobre la maternidad:

[...] en numerosas sociedades natalistas la maternidad se estructura como una promesa, la promesa de que la maternidad supondrá con toda seguridad una vida mejor [...] Las mujeres y las adolescentes podrían dar a luz para renacer a un nuevo mundo. Es decir, podrían dar a luz con el deseo de salvarse de unas circunstancias adversas, como la pobreza, el maltrato, el racismo, la homofobia, la violación, la prostitución, la mendicidad, la cárcel, la violencia y el alcoholismo o la drogadicción [...] Para muchas mujeres el paso a la maternidad es como cruzar un puente. Al otro lado las aguarda la aceptación en su comunidad, de la que se han sentido excluidas o a la que no pertenecían antes de quedarse embarazadas (Donath, 2016, p. 46-47).

Sí, falsas promesas. En cualquier caso, existe una demanda social implícita y explícita a las mujeres para que tengan hijos y no de cualquier manera, sino con particularidades asociadas a normas afectivas sobre lo que debe pensar, sentir y hacer en su calidad de madre, lo que incluye el desarrollo del amor automático, abnegado e incondicional, que está por encima de todas las cosas y personas, incluso de ella misma. Este amor, por supuesto, debe estar representado en interminables jornadas de trabajo de cuidado –que por ser amor no se remunera– y en que su hijo se convierta en su más importante proyecto personal, es más, en su único proyecto personal desde que es concebido hasta que muere, el hijo no ella, porque madre se será siempre, en todo momento, en todo lugar, y hasta con todas las personas. Todo comportamiento que no corresponda a las normas sociales históricamente impuestas, se adjudica a al de una mala madre: no acompañar en las tareas escolares, no planchar el uniforme, pasar mucho tiempo en el trabajo o estudiando, no curar rápido la gripe del bebé, olvidar las vacunas o la reunión del cole, salir con amigos, tener sexo, no conocer las canciones infantiles del momento, privilegiar su necesidad de soledad o distanciamiento, divorciarse, delegar la crianza, estar cansada, decir que está cansada.

Por eso Jazmín incomoda, porque nos obliga a mirarnos al espejo y reconocer la duda; porque ella misma, en un acto de profunda honestidad, se excluye del sistema y nos cuenta que no quiere ser madre y que eso está bien. Pero no solo incomoda, también da envidia: ¿qué se sentirá ese grado de cínica libertad? ¿Me ha pasado también a mí querer un año sabático o una vida entera sin ser madre? ¿El problema será en sí mismo tener un hijo o las exigencias que me demandan en el maternazgo?

Muchas de nosotras estamos en el privilegio que nuestros recursos económicos, educativos y sociales nos permiten. Nos hemos formado, trabajamos, vamos al supermercado y pagamos nuestras cuentas, decidimos cuántos hijos tener y, a veces, hasta en qué momento de la vida y con quién. Hemos encontrado parejas buenas y progresistas, nos hemos casado por amor al otro, pero también nos hemos divorciado por amor propio. No sucede lo mismo con el 17,4% de mujeres colombianas entre los 15 y 19 años que ya son madres o han estado embarazadas alguna vez, según los reportes del DANE en el 2018, ¿recuerdan en qué pensaban a esta edad? ¿Soñaban con acunar un bebé? ¿Acaso ya lo hacían? ¿Querían entrar a la universidad? ¿Deseaban estudiar una de esas carreras que les decían eran para hombres? ¿Pensaban en viajar o, cuanto menos, salir del barrio y sus miserias? ¿Quizás soñaban con comprar una casa para sus familias? Probablemente estas madres no alcanzaron siquiera a formularse estas preguntas y aquí una advertencia: el camino más sencillo, aquel que nos han enseñado con el popular mea culpa, es hacer individual la responsabilidad de esta situación, porque, como nos dicen: “¿por qué carajos no se cuidan si ahora hay tanto método?” O “¿Quién las manda a brinconas?” Sólo permítanse dudar de esto para así acercarnos a un lugar común de sospecha en el que nos cuestionemos sobre algo más bien básico: ¿dónde están y dónde han estado los padres de estas criaturas? ¿Acaso ellos no abortan cuando los abandonan? ¿Pudieron estas mujeres considerar un futuro distinto? ¿Recibieron acaso las mismas oportunidades de educación y movilidad social? ¿Fueron protegidas cuando abusaron de ellas? ¿Las forzaron, como a la protagonista de nuestra historia, a dejar su virginidad en un motel barato o quizás en la sala de su casa por aquel familiar o vecino conocido? ¿Les enseñaron sobre su sexualidad o también creyeron que comer miel les daba fiebre? ¿La maternidad es real y exclusivamente nuestra responsabilidad?

Permítanme explicarme: sí, es verdad que somos distintas ahora y con un rango claramente más amplio de posibilidades. Gilles Lipovetsky (2006) lo menciona cuando dice que efectivamente en occidente las lógicas de dominación de los hombres sobre las mujeres, y de dependencia de ellas hacia ellos, han cambiado de manera que se ha desvitalizado el “ideal de la mujer de su casa, (se ha dado) legitimidad de los estudios y el trabajo femeninos, derecho de sufragio, “descasamiento”, libertad sexual, control sobre la procreación son otras tantas manifestaciones del acceso de las mujeres a la completa disposición de sí mismas en las esferas de la existencia” (p. 218). De esta manera, las mujeres tienen en el momento actual, la posibilidad de reinventar sus propias vidas, un enorme poder de proyectar y construir un futuro indeterminado.

Ahora bien, este poder no ha generado por sí mismo un cambio estructural en:

la desaparición de desigualdades entre los sexos, sobre todo en materia de orientación escolar, de relación con la vida familiar, de empleo, de remuneración [...] Así, los cambios recientes que afectan la condición femenina no habrían hecho disminuir el “índice de similitud” entre los géneros, pese a desigualdades menos visibles, la desviación diferencial entre los dos sexos se mantendría, e incluso se habría acentuado [...] Ciertamente, en la actualidad se reconoce a mujeres y hombres al derecho de ser dueños de su destino individual, mas ello no equivale a un estado de intercambiabilidad de sus roles y lugares (Lipovetsky, 2006, p. 220).

En otras palabras, la autodeterminación de la que ahora gozamos, sigue estando sitiada por barreras estructurales, normas morales, expectativas socioculturales y fuertes desigualdades económicas y políticas que bordean los deseos y manipulan las voluntades. Ustedes y yo lo hemos vivido: “claro que puedes estudiar, pero antes se tiene que graduar tu hermano”; “es importante que tengas empleo, pero no descuides la casa”; “qué bueno que tu marido te colabore con el oficio”. Seguramente también sabemos de las mujeres que han recurrido a trabajos precarios para poder flexibilizar sus horarios o de aquellas que no continuaron estudiando para poder tener los recursos y el tiempo de cuidar a sus

hijos, las que se casaron sin amor, las que siguen aguantando abusos y violencia de todo tipo para no quedarse en la calle; ni qué decir de las cada vez más comunes estructuras familiares monoparentales, en las que son mayoritariamente las mujeres quienes se encargan de sus hijos.

Como lo plantea Arlie Russell Hochschild (2008):

Es altamente probable que las mujeres divorciadas obtengan la tenencia de sus hijos [...] los hombres divorciados se ocupan mucho menos de sus hijos que los hombres casados, mientras que las mujeres divorciadas lo hacen mucho más [...] Luego de divorciarse, además de ausentarse físicamente del hogar, los padres reducen el contacto con los hijos y a medida que pasa el tiempo les van dando menos dinero (p. 312).

Russell también comenta que en la actualidad trabajan más mujeres con hijos que sin hijos, incluso desde que estos son muy pequeños, y lo hacen durante muchas más horas que en años anteriores, con menos vacaciones y tiempo real de descanso, generando una excesiva jornada laboral que no pueden equilibrar con su vida familiar:

Las mujeres que se encuentran en esta situación han quedado atrapadas en lo que he denominado “punto muerto de una revolución de género” [...] [ellas] han experimentado dicho cambio en el marco de una cultura que no ha renovado su noción de virilidad a fin de facilitar la participación de los hombres en las tareas hogareñas ni ha reestructurado el ámbito laboral a fin de permitir más control del trabajo por parte de los trabajadores y una mayor flexibilidad de los horarios (2008, p.314-315).

De esta manera, las mujeres hemos garantizado nuestra inserción al mercado laboral, nos hemos comprometido con la contribución económica, no sólo a nuestros hogares, sino a la sociedad en general, hemos multiplicado nuestra presencia en diferentes escenarios que han complejizado nuestras relaciones y formas de vivir, pero a cambio no hemos obtenido la responsabilidad del trabajo de cuidado ni la garantía del ejercicio de nuestros derechos en libertad. No, queridas lectoras. La maternidad y todo el trabajo de cuidado que con ella deviene, no es real ni exclusivamente nuestra responsabilidad. Pues bien, Jazmín lo supo y tomó una decisión: la de reclamar

su deseo. Esto no fue fácil para ella, nada sencillo. En efecto, a Jazmín le ha costado la resignificación y la transformación de su vida entera, múltiples renunciaciones, duelos, abandonos y reinenciones, así como el juicio de una sociedad que como nosotras también la mira de reojo y con sospecha. Aun así, al final del día, es necesario que alguien nos recuerde los matices de un rol naturalizado estructuralmente a causa de nuestra biología, un rol con demandas que coartan nuestras posibilidades de elección en todos los sentidos, que nos hacen dudar y cargar culpas que no nos corresponden, que ponen en jaque la experiencia auténtica de amar a nuestros hijos por lo que ellos son en sí mismos y no porque nos exijan el desarrollo automático de un sentimiento que para nosotras también es desconocido. Por todo esto me uno a Jazmín; porque aunque somos tan distintas en nuestras circunstancias y nuestras experiencias, ambas le apostamos a una maternidad sí solo sí es deseada, a la reivindicación de muchas formas de materner, al trabajo de cuidado en corresponsabilidad, a la libertad de elegir no ser madre, a la libertad de elegir serlo, a una sociedad respetuosa, facilitadora y garante de los derechos de todas las mujeres, incluso para aquellas que también amamos el olor del jazmín de noche.

Referencias bibliográficas

- Donath, O. (2016). *#madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Barcelona: Penguin Random House.
- Russell Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz editores
- Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Editorial Anagrama.





Dedicatorias: *De la autora: Para mi mamá y mis abuelas, que sin nunca mencionar la palabra feminismo inculcaron a través de sus luchas todo lo que, para mí, es ser una mujer fuerte en un país como este.*

Del autor: Uno podría dedicarle letras a muchas personas, pero las mías siempre serán de ustedes dos. A la primera que es Esperanza para mi vida y la segunda que representa la pasión y sabiduría. Gracias Madre y sol, para ustedes con cariño. Nuvia Esperanza y Loren Sofía.

Agradecimientos: *De muchas formas queremos agradecer al semillero “Mujer y políticas públicas” de la universidad Icesi y la fundación WWB por darnos la oportunidad de plasmar en estas letras historias que tocan y mueven. Gracias a nuestras familias de forma especial por el cariño y apoyo. A las y los integrantes del semillero por sus valiosos aportes en la construcción de nuestro capítulo. A las mujeres que nos hablaron de sí y permitieron que de ahí pusiéramos en diálogo sus historias con las de otras. Gracias eternas a quienes nos leerán, esperamos sea de su agrado.*

Mujeres: quienes somos y hacemos de todo para todos

Isabella Camacho Claro y Neider Gustavo Alegría Ruiz

Mi historia, la de una mujer

La mujer que más admiro es María Magdalena por su entrega al servicio de otros y sobre todo al servicio de su señor. Me encanta la relación que tenía con Jesús y no me molesta para nada pensar en que hubiera pasado algo más entre ellos. María Magdalena era una mujer que a pesar de sus pecados era devota al señor, fiel compañera incondicional. Ella lo apoyaba y cuidaba, era amable y servicial. A Jesús no le importaban sus errores del pasado, él sabía que ella se reinventaba cada día. En fin, para los que no lo saben, yo soy Marcela, gerontóloga de profesión, emprendedora del turismo de oficio y una mujer servicial de vocación. Nací en Tuluá, pero me registraron en Buga. Nací en el año 69, un año lleno de revoluciones como la llegada del hombre a la luna, el inicio de la presidencia de Nixon y aquí en Colombia empezó la presidencia de Misael Pastrana.

Recuerdo mucho mi infancia y la vida con mi familia. Yo vivía con mis varios hermanos, mis padres y mis abuelas (abuela y bisabuela). Estas dos últimas, también son mujeres que admiro y formaron mucho mi carácter... y es que desde pequeña he tenido distintos tipos de mujeres fuertes en mi vida. Estaban las historias de mi bisabuela, una mujer que no se aguantaba ninguna situación en donde no le dieran el valor que se merecía, una mujer todoterreno, como dicen por ahí. Me encantaba su independencia, porque se fue del lado de su marido que la maltrataba, salió adelante con sus hijos y se entregó siempre a ellos. Con esas historias crecimos nosotras, esas historias fueron el ejemplo de que se debe luchar con uñas y dientes por la libertad y por el cuidado de los demás. Y ni qué decir de mi abuelita, una mujer muy espiritual que creía firmemente en que no solo se ora, en que tienen que haber acciones. Ella demostraba estas creencias por medio del cuidado no solo de la familia, sino de todas las personas que hacían parte de su vida. Y con esas enseñanzas me he quedado, trato de estar ahí para todos los que me rodean, apoyando y acompañando a otros.

Mis padres son para mí el ejemplo de matrimonio y de vida en unión. Eran compañeros de vida y duraron más de 30 años casados, algo que admiro muchísimo, solo la muerte los separó. Siempre fueron, a nuestros

ojos, una pareja amorosa, una pareja que siempre lograba conciliar sus peleas, tomar decisiones juntos, sin ningún tipo de imposición del uno hacia al otro. De mi padre aprendí a ser una mujer de negocios y valores. De mi madre aprendí que las mujeres no solo sirven para estar en casa sino que también podemos hacer participación en la vida pública. Es mi familia mi modelo más próximo de vida. Uno de los aspectos que aprendí a valorar de mis padres es la intimidad en la pareja. No creo que se deba demostrar el afecto en público o andar aireando los trapitos al sol. Les puedo decir que mi esposo y yo nos complementamos para todo, él tiene sus emprendimientos y yo los míos. Por ejemplo, él me ayuda con las labores de la casa, como llevar a nuestro nieto al colegio o hacer el mantenimiento del computador, y yo me encargo más de la parte de la cocina y la limpieza. Eso sí, cuando se trata del mercado el que tenga plata es el que compra, así la vida entre dos se nos hace mucho más fácil.

Mi familia actual está conformada por mi esposo, nuestra hija de 24 y nuestro nieto de ocho años. Así es, mi hija quedó embarazada a una edad temprana, su matrimonio no duró mucho por eso mismo. Es que se enamoró muy sardina pero ustedes saben, ¡por más que uno les diga! En fin, no hablaré mucho de eso. Cuando esto pasó, ella tenía todas las opciones sobre la mesa, incluso el aborto pero gracias a Dios y los ángeles eligió tenerlo y la criatura hoy está con nosotros. Yo, personalmente, he estado mucho a favor del aborto, incluso participé en las marchas para que este se pudiera conceder en los tres casos aquí en Colombia, pero creo que uno debe a veces asumir las consecuencias de sus actos y las criaturas nada de culpa tienen que nos hayamos equivocado. Que existan las opciones legales no debería significar que no existan las obligaciones morales. Los niños son seres que requieren mucho cuidado y ante todo deberían estar sus derechos, no son seres que deban cargar con nuestras culpas.

Pero bueno, basta de hablar de mi familia; porque si bien son mi núcleo, no es toda mi vida. Como les expliqué soy gerontóloga de profesión. Escogí esa carrera porque siento un profundo respeto por la ancianidad y por la dignidad de vida que deben llevar en ese periodo. Por eso la escogí, para trabajar en su cuidado y esparcimiento. Pero la vida me ha llevado

a hacer otras cosas, hoy en día cuido es de mi familia y a la vez tengo un emprendimiento de turismo que incluye terapias, interacción con la naturaleza y otras cosas que mezclan el turismo con la gerontología.

Además de la gerontología he amado profundamente trabajar con otras mujeres y por la defensa de sus derechos. Cuando fui joven trabajé en el área de derechos humanos y me enfoqué en los derechos de la mujer. En ese entonces trabajaba aquí en el norte del Valle, haciendo talleres de empoderamiento, de cómo salir de las situaciones de conflicto y sobre el desplazamiento. Participé en todo tipo de marchas para asegurar nuestros derechos. He estado en muchos movimientos feministas y de mujeres, que han sido experiencias maravillosas para mi crecimiento personal. Las mujeres hemos asistido y participado de decisiones haciendo cada vez más eco sobre nuestros derechos. Practico la sororidad, porque creo que las mujeres no debemos juzgarnos entre nosotras, sino apoyarnos para que nuestras luchas puedan continuar.

Aunque ahora que lo pienso es extraño que haya pasado gran parte de mi vida defendiendo los derechos de todas las mujeres, cuando no he tenido muchas amigas cercanas. Mis amigos en realidad se componen en su mayoría de hombres, debe ser porque creo que ellos son menos complicados que las mujeres. Son además más prácticos y juzgan menos. Las mujeres no somos sororas con otras y eso a veces me desanima, nos rechazamos y competimos mucho en lugar de cuidarnos. Desde pequeña me he juntado más con los niños porque las mujeres podemos ser un poco más complicadas y yo me considero una persona muy descomplicada, muy sencilla, no me gustan ese tipo de ambientes.

Ya sé que les dije que la mujer que más admiro es María Magdalena, pero no me considero parte de ninguna religión. Me gusta levantarme temprano los domingos para ver la misa del Vaticano, también veo al padre Linero y admiro mucho a Jesús, pero creo mucho en la Pacha Mama y las energías, siento que mi amor por la Pacha Mama y la naturaleza está relacionado con cómo veo la sexualidad. La sexualidad para mí no es solo el acto de introducir el falo, sino el amor por la vida, por la naturaleza, por lo que uno hace. Si uno no ama lo que está haciendo o la persona

con la que lo está haciendo la sexualidad no está completa, le falta algo. El placer, las caricias son importantes pero no son todo, solo eso no es suficiente. Tal vez suene un poco conservadora en ese sentido, pero sin la conexión emocional no creo que sea algo completo. Y es que piensen nada más en tener relaciones con alguien que no quieren y por quien nada sienten, ¿no les parece eso muy triste? Pienso constantemente cómo harán las prostitutas para acostarse con quienes no quieren. La otra vez escuché que las maltratan mucho.

Y hablando de maltrato, debo decir que siempre he estado un poco conflictuada con el gran aumento de los feminicidios y la violencia contra la mujer. A veces me pregunto: ¿en verdad ha aumentado la violencia o las mujeres hasta ahora han empezado a denunciarlos? Pienso constantemente en qué hacemos nosotras las mujeres para meternos en estas situaciones de violencia. Por ejemplo, cuando yo era pequeña, mi padre nunca me tocó. Recuerdo que me decía que no me pegaba porque nadie tenía derecho a hacerme algo así. Entonces, ¿qué es exactamente lo que lleva a las mujeres a entrar en estos círculos de violencia? No quisiera pensar que es solo culpa de los hombres, eso es irse por esas corrientes de feminismo radical, esas que odian a los hombres, un feminismo con el cual nunca he estado de acuerdo. Las mujeres debemos seguir luchando para que nuestros cuerpos se respeten, no sean vistos como objetos sexuales o como territorios para conquistar, pero para eso cada una de nosotras debe poner de su parte para cambiar este paradigma. No es que las esté juzgando, pero las mujeres deberíamos saber la clase de persona con la que nos metemos antes de enamorarnos.

De todos modos, así como la violencia hoy es menos aceptada, también hay temas que los tiempos hacen que sean más aceptados que otros. Así percibo, por ejemplo, el aborto y la homosexualidad. En estos momentos son temas en los cuales la gente ha desarrollado una cierta tolerancia y respeto por considerarlas solo decisiones diferentes. En mi caso, viví con mi familia el tener que enfrentarme a esos dos temas. El tema del aborto, me tocó con el caso de mi hija que ya comenté y que gracias a Dios no sucedió. Al final, mi hija fue lo suficientemente responsable y madura para afrontar sus errores, aunque igual la hubiera aceptado si

no hubiese sido así. El tema de la homosexualidad me tocó con un tío muy querido, además de la mayoría de mis amigos hombres de infancia. Gracias a Dios mi tío no es como esos peluqueros o en general esos homosexuales que lo proclaman a todos los vientos. Mi abuela lo mandó a estudiar a Estados Unidos cuando éramos pequeños, no porque nos avergonzara sino porque allá era más seguro. Aquí era muy peligroso, decir que no eres una persona normal aquí es peligroso. Aunque eso no tiene mucho sentido para mí. Creo que las personas nos asemejamos mucho a los ángeles, somos por decirlo así seres sin género o, como lo llaman ahora, andróginos. El sexo y el género son para mí construcciones sociales, asignaciones que nos dan una vez nacemos, pero que no tienen que ser obligatorias. Puede que no nos sintamos identificados con estas imposiciones de la sociedad y eso está bien. Creo que las mujeres deberíamos entender mejor este tema, ya que tenemos cierta sensibilidad que los hombres no. Así, a nosotras se nos debería hacer más fácil la comprensión de la diferencia.

Aunque suene contradictorio y cliché, los hombres y las mujeres podemos ser iguales, pero cada uno tiene sus diferencias en cuanto a roles en esta sociedad. Por eso también adoro a María Magdalena. Ella siempre acompañó a Jesús, hizo de mujer cuidadora y le dejó el trabajo de ser apóstol a los hombres que lo seguían. Ellos no lo cuidaban como ella lo hacía. Aunque eso no le ha dado el mismo rol en la historia, no tenemos escritos de ella o de ninguna otra en la Biblia, tenemos su legado de cuidado y amor incondicional. Eso es exactamente lo que todas debemos predicar en nuestras vidas. Eso sí, sin olvidar que cada una tiene el derecho de decidir.

De tensiones vivimos, somos mujeres en construcción

La historia de Marcela es la historia con la que muchas nos identificamos de una manera u otra, ya que todas podemos identificarnos con algunas de las tensiones que hay en su vida y en su discurso. Al respecto es claro que existen contradicciones entre el ámbito público y el ámbito privado de su vida. Por supuesto, no es un fenómeno exclusivo de ella.

En efecto, debemos entender que las contradicciones son algo normal en la construcción de identidad en las mujeres actuales, influenciados por el hecho de que en la sociedad en la que vivimos a muchas se nos exige ser las mejores, en todos los sentidos. Existe una diversidad de artículos en internet o en revistas que ilustran las distintas expectativas que la sociedad tiene de nosotras, las cuales hablan de cómo debe ser la mujer ideal en el siglo XXI, esto es: una que trabaje, que tenga una vida plena en el ámbito sentimental y sexual, que se dé tiempo para salir con sus amigas, que tenga una casa perfecta con las últimas tendencias en decoración de interiores, que sea fuerte pero nunca deje de ser una dama, que sepa equilibrar su trabajo con sus hijos, que sea una buena hija, etc. Estos modelos de ser, que se siguen perpetuando, son justamente lo que lleva a que mujeres como usted, yo o Marcela se encuentren en un lugar incómodo. En un lugar del que no se sabe cómo salir sin ser juzgadas, porque a veces no tomar partido es la mejor manera de sobrevivir en el sistema.

Este fenómeno también está latente en las tensiones de Marcela con el feminismo. Si bien, ella dice llamarse feminista, como muchas de nosotras, no puede definir claramente cuáles son sus posturas, ya que aunque el término feminismo es en principio uno, hay distintas corrientes dentro del movimiento que varían las formas de ver muchos de los temas controversiales de la actualidad. Lo cierto es que entendemos a Marcela, porque hay momentos en los que es muy difícil lograr coherencia entre la postura personal que se toma y la que se asume en público para encajar. Y esto, por supuesto, está guiado por la necesidad de no moverse de ese lugar conciliador de todas las distintas posturas, es decir, está guiado por la necesidad de no movernos de un punto donde creemos estar en equilibrio. Pero, bueno, ¿qué más hacer? Si declararse feminista representa para nosotras tener que enfrentar mayor resistencia a la hora de ser oídas y tenidas en cuenta, si el declararse feminista para muchos suena igual a decir: odio a los hombres, o a decir: quiero ser como un hombre y no en materia de igualdad de derechos e imposiciones sociales, sino desde el desprecio hacia la propia feminidad. Son algunas de estas ideas tergiversadas que llevan al odio y al rechazo de la calificación feminista con clasificaciones que incluso nos comparan

con los nazis¹¹. Sin embargo, estamos seguras que decirse feminista o querer serlo es un acto de valentía, porque a pesar de ser una palabra que causa en ocasiones desagrado y estar colmada de estereotipos, es la posibilidad que tenemos de luchar por nuestra igualdad y el respeto a nuestras decisiones libres.

Hay algo muy importante en las reflexiones de Marcela que nos pone a pensar en torno a sus tensiones y al feminismo y se trata de su concepción acerca del feminismo radical como un mal feminismo. Acusando a estas mujeres, las que creen en esta forma del movimiento, como aquellas que siempre ponen todos los problemas en cabeza de los hombres. Las mismas que no cuestionan a las víctimas de violencia intrafamiliar y simplemente juzgan al hombre que a los ojos de Marcela no tienen toda la culpa. Y es ahí donde nos preguntamos: ¿qué es ser una feminista? Y más aún, ¿qué es ser una buena feminista? ¿No será que cuando nosotras catalogamos a otras como buenas o malas feministas lo que en realidad estamos haciendo es poniendo un ideal de una mujer feminista así como la cultura y las sociedades patriarcales nos han impuesto un modelo ideal de ser mujer? Esto resulta ser un riesgo, pues es caer en las prácticas que tratamos de resignificar y transformar desde los movimientos feministas. Pero así ha sucedido muchas veces, también nos han impuesto un modelo de feminista ideal y estos ideales que vienen tanto de parte de la sociedad como muchas veces de parte del feminismo crean un fenómeno de fragmentación en la identidad de quienes nos identificamos con el feminismo.

Así, podemos ver cómo las mujeres se ven obligadas a fragmentar su identidad y sus posiciones de acuerdo a los distintos espacios en los que se encuentren. Ese es el caso de Marcela, quien debe ser una mujer ideal en el hogar, una distinta en las reuniones del colegio de los hijos y otra cuando se está en espacios de relación con otras mujeres feministas. Estos cambios, además de ser agotadores para las mujeres dejan ese sin sabor. Dicho de otro modo, dejan aquella sensación de no saber cómo definirse ni

1. El famoso término feminazi no suele faltar en una conversación dedicada a criticar a las mujeres y al movimiento.

como desfragmentarse. Y aunque sabemos que integrar todas las posturas es imposible, el deseo, que hemos aprendido a tener, de complacer a todos es más fuerte que la preocupación por ser nosotras mismas. Llegado aquí, queremos dejar esto claro de una vez: a nuestro juicio, que sea así no está mal, es parte del proceso, de la construcción como sujetos y la desconstrucción de lo que hemos aprendido. De la incertidumbre que suscita un proceso que no sabemos en qué va a parar, en adición al miedo, que no dejará de existir, de darse cuenta que tomar una postura concreta nos puede costar espacios y a veces personas. No obstante, la desfragmentación de la identidad es lo que da paso a las nuevas ideas, a vivir sin miedo; parte de estar vivo es no estar de acuerdo con todo el mundo y no ser aceptado por todos. Por eso, desde ya las invitamos a ser, a no tener miedo de ser ustedes y ser felices como se sientan libres.

Ahora bien, en Marcela vemos claramente cómo las mujeres feministas nos enfrentamos, a veces, a inconcordancias entre nuestros discursos y nuestras acciones, porque hemos crecido bajo un modelo que la sociedad nos ha impuesto. Aquel que nos encasilla en roles de mujeres que en nuestra vida privada se nos hace complicado desligar, aunque hayamos leído las teorías feministas y estemos de acuerdo con lo que proclaman. Esto se debe a que estamos cansadas de la desigualdad, estamos cansadas de que los hombres no se encarguen de las labores del hogar y, a su vez, por contradictorio que parezca, a muchas otras, así como a Marcela, nos parece que las mujeres somos mejores para la cocina y las cosas del hogar que los hombres; en ocasiones, incluso, simplemente preferimos hacerlas nosotras, porque al fin y al cabo cuando alguien llegue a nuestra casa y vea que hay desorden quienes seremos juzgadas seremos nosotras. Se trata de que por más que queramos cambiar las cosas vivimos en un sistema que nos impone siempre, como mujeres, cargas más pesadas. Esto ocurre aunque estemos en la lucha por cambiar dichas cargas, puesto que este sistema tiene formas muy sutiles de acomodarnos a él.

En efecto, decimos que no está mal tener este tipo de tensiones, porque es natural tratar de ubicarnos en un sistema que nos impone tanto mientras luchamos contra él. Como dice muy sabiamente Roxane Gay (2014) “Acepto abiertamente la etiqueta de mala feminista. Y lo hago porque

no soy perfecta, soy humana” (p. 10). Aunque no es una feminista clásica, esta cita resume muy bien dos factores centrales para nuestra discusión: El primero, hace referencia a la presión que sentimos muchas de nosotras por ser buenas feministas y, el segundo, cómo esta nos ha llevado a tal punto que ninguna se atreve a identificarse como feminista por no cumplir todas estas condiciones que se han dado históricamente para dar legitimidad al discurso feminista, ¿es que acaso se puede ser una buena feminista si nuestra mayor admiración es inspirada por una figura bíblica como María Magdalena? ¿Se puede ser una buena feminista si se prefiere la compañía de hombres a la de mujeres? La frase va en concordancia con lo que estamos diciendo, esto es: las feministas no deberíamos ser etiquetadas como buenas o malas, ya que somos seres humanos. Igual que para Marcela y para muchas, identificarse como feminista da miedo por la visión estereotipada que se tiene de este movimiento y porque muchas veces las cosas que predica el buen feminismo están en tensión con nuestras creencias más arraigadas.

De hecho, el caso de Marcela es un ejemplo representativo en esta cuestión. Ella se define a sí misma como feminista, pero nos dice que le da miedo ser catalogada como esas feministas radicales. Asimismo, nos cuenta que sus visiones políticas y su trabajo han estado vinculados con ideales de la lucha feminista. El que se encuentre en conflicto en su vida personal con temas como el aborto, la sexualidad o las labores domésticas ilustra el panorama que estas ideas traen consigo: mujeres que deberían desconstruir sus conductas inculcadas desde la crianza, lo que les trae un sinfín de contradicciones ignoradas por muchas. Desconstruir estas ideas con las que fuimos criadas puede ser visto como una manera de morir.

Efectivamente, cada vez que los seres humanos cambiamos y eliminamos un patrón aprendido, estamos matando una parte de nosotros mismos y esto se ve evidenciado en la construcción de la identidad como mujer feminista, ya que el hecho de tener que desnaturalizar una conducta o tomar posturas que desde niñas nos enseñaron como prohibidas o inadecuadas es un proceso largo y doloroso. De hecho, es un proceso que muchas veces ni siquiera nos ofrece la total certeza de que nuestras

decisiones, nuestras nuevas posturas son las adecuadas. En este sentido, desligarse de la identidad ya creada es doloroso y esto lo podemos ver en los casos de mujeres como Marcela. Marcela ilustra este tipo de mujeres a las que les resulta difícil dejar atrás todas las enseñanzas acerca del cuidado. Incluso, en ocasiones, dichas mujeres prefieren abandonar su profesión y su trabajo comunitario con otras mujeres antes que dejar atrás eso que ellas creen tan propio y que saben hacer tan bien. Es decir, sienten tan fuerte el llamado a ser la buena esposa, la buena madre y la buena abuela que dejan de lado otras aspiraciones de vida. Aunque, paradójicamente, continúen buscando ingresos a través del emprendimiento con el fin de no perder el contacto con lo político.

Pero la cosa no acaba aquí. También debemos hablar de las tensiones con respecto al feminismo. Al respecto es importante precisar que dichas tensiones se han visto desde hace ya bastante tiempo. Para ilustrar el punto que estamos tratando de probarle al lector proponemos el siguiente ejemplo: En Colombia, en 1945 se crea la Alianza Femenina de Colombia, con el objetivo de conseguir el voto femenino en el país. Algunas mujeres solo defendían el derecho al voto, ya que para ellas el único espacio de realización femenina era el hogar. Estas mujeres hicieron parte del movimiento sufragista conservador con representantes como la editora de la revista *Mireya*, Josefina Canal de Reyes. En contraste, otras mujeres lucharon por un ámbito más amplio de derechos, como los laborales, el acceso a los cargos públicos y a la educación, con representantes como Lucila Rubio de Laverde que dijo en el II Congreso Femenino de 1946, citada por Lola Luna (2001):

[...] no es conveniente para la mujer limitar su mundo al hogar. El deber para la familia es nuestro natural y principal deber, pero tenemos otros que no es bueno descuidar ni menos olvidar, si no queremos vestir en vida el sudario de la muerte (p. 114).

Sabemos que en 1954 se logra el derecho al voto en Colombia, pero el punto de la historia anterior se centra en el hecho de que no todos los colectivos de mujeres que se unieron para lograr este derecho tenían los mismos ideales. He aquí un problema que se evidencia desde la sociedad misma, una sociedad que tanto en esa época como en la actualidad está

en tensión. Las diversas transformaciones que han sucedido en su interior han cambiado la definición que tiene esta misma de la identidad de las mujeres y los lugares que deben o pueden ocupar, ¿a qué queremos llegar con esto? Pues que aunque ahora las mujeres podemos opinar y tener una voz con respecto a nuestro lugar en la sociedad, lo cierto es que las constantes tensiones y transformaciones en la identidad de la mujer no han permitido que se construya un nuevo papel más equitativo y menos discriminador para las mujeres en la misma. Si continuamos con la historia, nos damos cuenta, en efecto, que las tensiones de esa época se evidenciaron aún más en el hecho de que las organizaciones de mujeres no pudieron ponerse de acuerdo en una candidata feminista que hiciera parte de la constituyente de 1991. Al final, se logra crear la Red Mujer y Constituyente que incluyó a 75 mujeres de todo el país, todas ellas con distintas posiciones ideológicas, pero con el mismo objetivo: lograr mejorar la calidad de vida de las mujeres en el país por medio de legislaciones que no fueran discriminatorias.

Vemos entonces como las tensiones que hay en el movimiento nos pueden afectar a todas. Del mismo modo que la presión que ejerce la sociedad por ser una mujer ideal, la presión que ejercen muchos frentes del feminismo para ser la feminista perfecta puede llevar a un estado de incoherencia en nuestras vidas. En un estado en el cual a veces no sabemos en dónde situarnos o en el que aunque tengamos posturas políticas ya definidas en nuestra mente, decidimos no salirnos de ese centro, de ese intento de conciliar todo. En efecto, es ahí donde la frase lo personal es político tiende a ser repudiada, dado que asumir que lo personal es político implica incomodar, romper esquemas, alejarse de modelos de crianza y provocar críticas que más que como mujeres como personas se nos hace difícil asumir. Quizás esto ocurre porque es doloroso y porque, en el fondo, fuimos educadas para creer que lo mejor es quedarnos quietas.

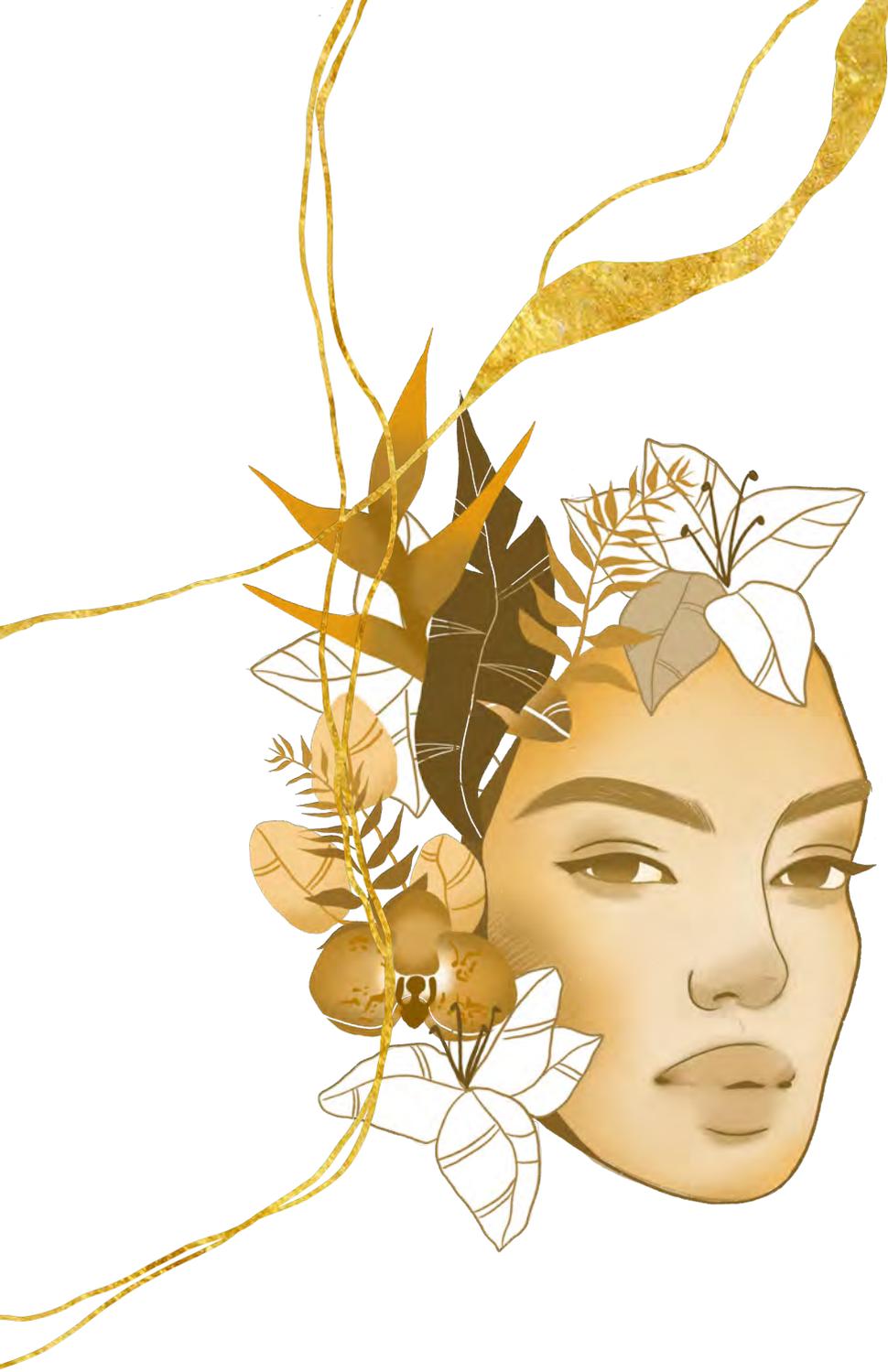
En fin, creemos haber dejado claro que la historia de Marcela es una historia con la cual es posible identificarse a raíz de las tensiones que alberga. No sabemos qué pasará en su historia, tal vez decida ser una sola mujer o tal vez decida que lo más conveniente es seguir fragmentada,

pero nos sentimos con la iniciativa de decirle a usted, quien nos lee, que se atreva a salir de esa fragmentación, a matar a esas partes de sí que no concuerdan con su discurso ni sus ideales. Sabemos que da miedo, sabemos que es doloroso y que en la mayoría de los casos cuesta más de una lágrima y más de una persona, pero la simple esperanza de lograr encontrarse, de construir su lugar en esta sociedad y en este feminismo tan lleno de distintas posiciones es lo que debería motivarnos. Si elegimos este camino, seremos después de todo seres libres de elegir, de descubrirnos y ser felices, plenas al conocernos, amarnos y respetarnos por la decisión libre de ser una misma.

Referencias bibliográficas

- Gay, R. (2014). *Confesiones de una mala feminista*. México D.F: Editorial Planeta.
- Luna, L. G. (2001). La feminidad y el sufragismo colombiano durante el período 1944-48. *Revista Otras Miradas*, 1(1), 108-125.
- Moral Pérez, Ma. Esther del (2000). Los nuevos modelos de mujer y de hombre a través de la publicidad. *Comunicar*, (14), 208-217.
- Neri, C. (Noviembre de 2008). El sueño de la pequeña mujer perfecta. Clínica y análisis grupal. *Primer Congreso Nacional de psicoterapia. Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (FEAP)*. San Sebastián, España. Recuperado de <http://lnx.claudioneri.it/wp-content/uploads/2013/05/el-sueno-de-lapequena-mujer-perfecta.pdf>
- Wills, M. E. (2007). *Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia. 1970-2000*. Bogotá: Editorial Norma.





Dedicatoria: A todas las mujeres que día a día luchan por salirse de la norma.

Nada más nacer, cada persona es encuadrada en un molde. Y, en función de poseer un determinado cuerpo, la sociedad se encarga de imponer y legitimar los distintos comportamientos diferenciados y estereotipados en femeninos y masculinos.

Existe pues, una predisposición a actuar de una manera u otra, según la naturaleza sexual en la que se haya nacido y según la cultura social en la que se desarrolle dicha personalidad. (García, 2003:31)

Agradecimiento: La primera gratitud es para Antonia, por confiar en mí y compartir su relato de vida. La entrada a su vida íntima permitió estas reflexiones. La segunda es para mis compañeras y compañeros del Semillero, agradezco su paciencia y sus debates que permitieron que este capítulo tomara el rumbo indicado. También, a Cristian Erazo, Juan Pablo Ulloa y Pablo Chaco por sus aportes a este escrito. Gracias a ellos este capítulo es más sencillo y claro.

Ceñidas a la norma

Salomé Arias-Arévalo

Los viajes de Antonia

Si me paro una tarde de septiembre en el centro de Cali, se siente una brisa imperiosa que te recorre todo el cuerpo, te recuerda lo bello que es estar viva y estar aquí. Caminás en medio de las personas sonrientes al son de Satélite de Ismael Rivera, la brisa y los amigos –si no sabés quién es Ismael y esta canción, hazte el favor y lo guleas–. El Bulevar del Río ilumina la tarde como una línea blanca en medio de edificios viejos con olor a tabaco y cerveza. Cada paso que doy con el sonido del río al fondo, me recuerda los diferentes viajes que una vive en la vida. Viví uno geográfico en especial, de Ibagué a acá. Pero no pienso en esos viajes que implican movilizar el cuerpo. Tengo en la cabeza los viajes que el alma, ¿Mi alma? Bueno, no sé, quizás los viajes que mi alma y mi mente realizan a través de esta invención que es el tiempo. A veces esas perdidas que una se hace con una misma, ¿vos alguna vez te has sentido perdida de vos misma?

Yo sí, muchas veces. Pero mientras camino hacia un centro más centro de Cali, recuerdo sobre todo tres ocasiones que les contaré a continuación en forma de viaje. El primero, relacionado con lo que quería hacer y estudiar para mi vida que se juntó con mi primer amor; el segundo, con mi segundo amor que me dejó una lección indeleble en mi piel: respetarme a mí misma; y, el último, un viaje inacabado desde el amor y mi profesión en construcción. Los tres tienen en común la lección de entender que cada uno de nosotros tiene que viajar para definir quién es. Esa decisión no la puede tomar tu familia, tus amigos o el amor, sos vos. Cada una de nosotras puede decidir con qué quiere cargar de los diferentes ámbitos de su vida, pero debe ser una decisión consciente, no autómatas.

El primer viaje: satisfacer a otros

Este primer viaje fue a un lugar confuso y rodeado de las expectativas de mi familia sobre mí. Soy la última hija, juiciosa, la consentida de mi papá y muy amiga de mi madre. Sin entender muy bien dónde empezó, cómo se dio y qué pasó, terminé estudiando una carrera que nada tenía que ver conmigo: química. A mí siempre me ha gustado estudiar, leer,

ser crítica. No entiendo por qué pero al momento de elegir mi carrera, mi garganta se cerró y no logré ser clara y determinada en aquello que quería estudiar. En parte, quizás porque mis padres estaban corriendo con los gastos de mis estudios, no quería ser una carga más o generar más tropiezos en nuestra vida como familia en ese momento. Yo no quería defraudarlos. No quería dejar de ser la hija consentida y juiciosa que ellos pensaban o sentían que yo era. Era como si no supiera quién era por fuera de ellos, más allá de ser una hija.

Unos años atrás había visto a mi mamá callar aquello que no quería o no le gustaba de nuestra vida familiar. Ese silencio desencadenó en ella unos cuadros de depresión recurrentes. Sin ser consciente, yo estaba haciendo lo mismo. Mi forma de expresar esa sensación de extranjería conmigo misma era evadirme, disfrazarme. Intentaba ser y hacer algo que no era. Como les mencioné unas líneas atrás, siempre me gustó estudiar. Por esta parte del mundo, cuando a uno le gusta aprender, le dicen ñoña. Pues eso, yo era una ñoña. En esa época, traté de reemplazar eso de la ñoñez con una actitud de fiesta. No es que no se pueda ser inteligente y fiestera, pero en esa época yo no sabía qué quería.

Si uno ha pasado por Cali, uno sabe que acá el que baila gana. Bueno, en este primer viaje me dediqué a bailar y rumbear. Esta forma de evadirme a través de la fiesta estuvo relacionada con mis amistades. Mis amigos siempre decían: “eso de ser muy inteligente no es bacano”. Ahí estaba mi punto de quiebre. Yo soy inteligente pero no bonita; bueno, bonita si uno se compara con una mona de ojos verdes, noventa sesenta noventa, de más de un metro con sesenta y cinco centímetros. Yo soy bajita, eso sí, con unos ojos cafés miel muy lindos. Pero sí, inteligente. Yo pienso que a las mujeres siempre nos han valorado más por cómo nos vemos que por cualquiera de los otros aspectos de nuestra vida. Entonces yo trataba de compensar el ser una ñoña no tan bonita con la fiesta. Si bien, mi familia y mis amistades esperaban algo de mí, era yo la que les daba ese espacio en mi vida. En mi cabeza siempre rondó en esa época lo que los otros –me refiero a mi familia y a mis amigos– pensaban de mí.

En ese momento, yo pensaba que evadirme o disfrazarme no tenía consecuencias sobre mí.

No sé si tenga que ver con ciertas etapas de la vida, pero mi voz interna pareciese que no existiera. Es como que la garganta se te cierra y no podés decir nada. Querés gritar, pero nada sale. Yo no quería estudiar eso que estaba estudiando y tampoco no era esa mujer fiestera que aparentaba ser. Mi voz no decía nada, pero esos gritos siempre buscan cómo salir. Siempre hallan la forma de encontrar una pequeña salida del alma, en ocasiones oscura, a través de formas que uno no logra desentrañar a un exterior hostil e incomprendido. Al final, salen como un taco, a las patadas y sin una clara dirección. Así, en esta pelea interna, confusa y enmarañada conocí a Daniel, mi primer amor. Él fue la primera grieta en el alma que me permitiría ver más adelante cuán perdida estaba.

Dando este paso que doy cerca de la Ermita, les puedo decir que si uno vive el amor sin saber quién es, le termina ocurriendo lo que a mí con Daniel. Sentí que me hizo, y me hice, –hasta pa’ vender–. No se metió con mi mamá, porque ella no le dio el lado. Realmente se metió con mi mejor amiga. Daniel era el tipo rumbero que encajaba perfectamente en mi disfraz. Él era un hombre mayor que yo. Es el típico caleño con las palabras dulces para pintarte pajaritos en el aire. Me hacía sentir como una flor en plena calle quinta con la brisa de las cinco de la tarde. Salir con él era bailar, reír, conocer personas constantemente. Con él aprendí a ver el amanecer mirando los farallones y a desayunar en la galería Alameda. Él podía embriagarme en la fiesta, pero no veía lo que yo era por fuera de este ámbito. Obviamente, ese momento de mi vida que compartí con Daniel, no tenía ni idea de quién era yo ni qué quería. Sin embargo, hoy, si miro hacia atrás y lo pienso con detenimiento, puedo afirmar con seguridad que él me ayudó a conocerme más. Con él, aprendí que soy fuerte.

En medio de mi vida fiestera, tratando de esconder ineficazmente mi ñoñez y sin poder controlar mucho el alcohol, tuve una experiencia sexual sin consentimiento con Daniel, borracha y sin sentido. Me levanté y solo pude llorar. Llorar mi cuerpo, llorar mi sexo, llorar sobre todo la

oscuridad de mi alma que salía de esa cárcel interior e invadía todo lo que era, veía y sentía en ese momento. Ese dolor me permitió ver que estaba habitando una piel, unas actitudes, un cuerpo que no eran míos. No sabía quién era, no sabía qué quería, no sabía qué me gustaba. Lo único que sabía era lo que los otros decían de mí. Después de lo que sucedió con Daniel me llené de ira y rencor. Ojalá mi solución hubiera sido parar, mirarme y reflexionar sobre las decisiones que estaba tomando. Pero no fue así, justo en medio de este torbellino de ira y rabia inicié mi segundo viaje.

El segundo viaje: ¿cómo voy a estar sola?

Mientras camino en un centro más centro de Cali, pienso que este segundo viaje fue necesario para poder ser crítica y consciente en aquello que era, lo que estaba haciendo y lo que estaba siendo. Este viaje gira alrededor de Sebastián. Después de lo que viví con Daniel, con el apoyo de mi familia terminé con él. Le conté a mi mamá lo que había pasado y ella me acompañó en esta tusa. Lamentablemente su compañía no logró erradicar la rabia e insatisfacción que yo sentía en ese momento.

Traté de seguir como si nada hubiera pasado. En ese intento ineficaz de seguir con mi vida como si nada, conocí a Sebastián, un chico de la universidad. Él también era mayor que yo. El centro de mi relación con él fue su apoyo material, no la fiesta. Sebastián tenía más dinero que mi familia. Por ende, su amor hacia mí lo expresaba con cosas. Yo ingenuamente lo entendía como detalles enmarcados en esta idea del amor. Digo ingenuamente porque los sucesos que les contaré me mostraron que su intención era ejercer control sobre mí.

Sebastián, poco después de iniciar mi relación con él, empezó cohibirme. Él trataba de justificar ese control a través del apoyo material que me brindaba. Quería controlar con quién salía, cómo me vestía, qué debía hacer, cómo debía hablar. Poco a poco sus constantes formas de cohibirme me empezaron a ahogar y noté que estaba permitiendo esas presiones por la idea que yo tenía del amor: “él me quiere,

me apoya con la universidad”; “él me quiere, está pendiente de mí”, “¿cómo voy a estar sola?” “Eso que me dice es porque quiere que yo sea mejor”; era el tipo de cosas que yo me decía para convencerme a mí misma de seguir con él.

Finalmente, el suceso que fue la gota que rebosó la copa sucedió en diciembre del 2015. Para esas fechas yo ya estaba aburrída de sus formas constantes de no dejarme ser. De cualquier modo, esa noche salimos a rumbar a las afueras de Cali, en Menga. En la medida en que se iba desarrollando la noche, empecé a notar ciertos comportamientos extraños entre él y una amiga suya. Le comenté mis impresiones, discutimos y salí. Necesitaba estar sola. Después de unos minutos, volví a entrar y su amiga, la misma de quien yo sospechaba, me abordó. Me confesó que ella y Sebastián habían estado saliendo y acostándose a mis espaldas. En ese momento, más que rabia, sentí alivio. Se lo agradecí, mi alma me había estado alertando de múltiples maneras que no debía estar con él.

Después de hablar con ella, salí con la determinación de terminar con esta relación. Sebastián, al verme conversando con su amiga, salió como loco detrás de mí. Me alcanzó, empezamos a hablar y la discusión comenzó a subir de nivel, subió hasta tal punto que el que decía ser mi novio me golpeó. Al ver dicho suceso, mis amigos me acudieron en seguida y hasta la policía intervino. A pesar del apoyo y la solidaridad de todos ellos, ese golpe me hizo sentir en la más completa oscuridad. Su golpe agrietó mi alma, ahí se rompió en mil pedazos y la oscuridad salió completamente. Entendí que lo que estaba haciendo con mi vida no lo podía seguir haciendo. No era feliz, estaba pensando en los demás y en una idea del amor que me aprisionó el alma hasta que vomitó. En este segundo viaje, los lugares que me hicieron perder de mí misma no fueron mis amigos o mi familia, fue la idea del amor. A las mujeres además de exigirnos ser bonitas, también nos dicen que nuestro primer propósito de vida es tener pareja.

Quizás fue la oscuridad acumulada, después de lo vivido con Daniel y con Sebastián, o quizás fue mi “toqué fondo, amiga”, lo que me dio la fuerza para poder preguntarme por primera vez quién era yo. Esta reflexión no llegó

como un rayo de luz que me iluminó en medio de la ignorancia, ojalá. Todo ocurrió a partir de un comentario que me hizo un profesor de la carrera. Sus palabras exactas no las recuerdo muy bien. Creo que me miró, frunció el ceño y me dijo algo así como: “Mijita, ojalá se encuentre con usted misma”.

En las circunstancias que me dejaron estos dos viajes, tomé dos decisiones que hacen parte de ir dando pasos hacia el centro. Primero, les dije a mis papás: “me salgo de estudiar esa ciencia y todo tranqui que de ahora en adelante yo me encargo de pagar una carrera que realmente me apasione”. Luego, mandé a comer espárragos a Sebastián. Lo segundo, no importó a nadie, solo a Sebastián. El salirme de estudiar dicha ciencia pura hizo que mis padres se pusieran histéricos. Ellos no podían solventar económicamente mi cambio. Traté de buscar créditos para estudiar aquí en Cali en la Javeriana o la San Buenaventura, pero fue imposible. La vida me puso una mujer que me trazaría la ruta, la mamá de mi mejor amiga. Ella es psicóloga y estudió en una universidad a distancia. A mí siempre me encantaron las ciencias sociales y por ahí era, por ahí fue. Entré a estudiar psicología y hasta el día de hoy me va muy bien. Los costos en una universidad a distancia los podría solventar sola.

Lo que estas dos decisiones significaron en mi vida es algo mucho más importante de lo que parece. Para mí, esto marcó una etapa de mi existir que implicó reconocermé a mí misma. Realmente entendí que mi familia podría querer muchas cosas de mí, pero por cumplirles en sus demandas que no sentía como mías, me estaba alejando de mi centro. No me quiero vender como una rebelde sin causa o negar los lazos que me atan a mi familia. Claro que heredé muchos hábitos y valores de ellos: el orden, la responsabilidad, el amor por la educación, entre miles de cosas más.

En fin, por otro lado, volviendo al tema de los amoríos, terminar con Sebastián y Daniel fueron pasos para entender que el amor debe ser un lugar de libertad. Lo que quiero decir es que después de esas dos experiencias pude poner en práctica lo que mi papá me había dicho desde niña –pero que hasta casi mis 24 años solo había entendido con la cabeza, y no con el corazón, si es que es eso con lo que uno vive–: a una la tienen que querer como una es. Yo agregaría: una es lo que una es.

Cuando menciono que una es lo que una es, no estoy hablando del no crecimiento personal o del cambio a través del tiempo. Creo firmemente que como personas somos un proyecto: inacabado y abierto a la transformación constante. Si no fuera así, me hubiera quedado con Daniel o Sebastián, bebiendo hasta las cinco de la mañana y siendo una científica frustrada. Hablo de la importancia de reconocer esas cosas que a veces una es, pero el mundo entero, sin entender por qué, te dice que no puedes ser, metiéndote en categorías que duelen en el alma porque se relacionan con lo anormal, lo aburrida, lo puta, lo mala mujer, entre miles de categorías más.

Bueno, que quizás a mí me dolían en el alma por mi forma de ser en particular. Tal vez el mundo está rodeado de personas que les importa cero lo que piensen su familia, el mundo o los amigos. Yo ahora estoy más cerca de eso, pero me costó unas cuantas lágrimas y errores. Siento que justamente ese costo se traduce en viajar al centro de una misma. Para mí, el centro es un cruce entre las formas en que nos criaron, lo que la sociedad nos dice que somos y aquello que nosotros decidimos ser. Justamente, esas pérdidas que tenemos son los viajes que nos acercan más a nosotros mismos, eso que deseamos conscientemente ser y hacer.

Tercer viaje: un centro en construcción

Una vez terminé mi relación con Sebastián, las cosas empezaron a mejorar. Todo lo que antes veía de manera difusa en mi vida, lo empecé a ver con más claridad. Es liberador, pero no les puedo mentir. A pesar de ser liberador es difícil quitarse de la cabeza ciertas etiquetas que otros han puesto. Cuesta porque en la medida que tomas estas decisiones basadas en tu criterio, los otros te hacen sentir que tu elección está mal. Es no encajar. Al decidir estudiar lo que quería, dejé de salir con tanta frecuencia. Empecé a cultivar aquella parte de mí que me hace más feliz: mi inteligencia. Al parecer, el resto del mundo no considera prioritario que una mujer sea inteligente, siempre priorizan si estás flaca, si eres bonita, si tienes pareja o si tienes hijos. Sin embargo, como les iba diciendo, estoy estudiando

lo que quiero y me gusta, lo amo. En general me ha ido muy bien académicamente. No me gusta alardear pero me ha ido tan bien que mis padres decidieron apoyarme económicamente con mis estudios. Y bueno... ya pronto me graduaré.

Además de los triunfos en mi vida profesional, también ocurrieron cosas en mi vida personal para bien, conocí a José. Bueno, realmente lo re-conocí, porque en realidad ya lo conocía. De hecho José estuvo conmigo esa noche en la discoteca cuando Sebastián me pegó. Después del suceso, José salió a acompañarme. En ese momento, no pasaba nada entre nosotros, él tenía otra pareja y yo no estaba para meterme en una nueva relación. Sin embargo, creo que siempre tuvimos química, una conexión particular. Hoy en día yo sé que él me admira y reconoce esas cualidades que quizás para otros hombres no son tan importantes en una mujer, es decir, mi inteligencia, mi capacidad crítica, mi honestidad, entre otras cuantas más. Esta forma en la que él me ve hace que yo pueda mostrarle lo que no he querido mostrarle a otros, lo que yo soy en las diferentes áreas de mi vida.

Pero la cuestión no se acaba ahí, con José he entendido que el amor más que un lugar de sujeción, es un lugar de libertad y crecimiento. Sería ingenuo de mí decirles que tengo la relación perfecta, todos sabemos que construir y mantener una relación es difícil y para ello tiene que haber esfuerzo de ambos. Sin embargo, en mi caso, él me hace ser más yo. Y a mí no me cuesta ser lo que soy, ni sentirme autorrealizada a través de mis proyectos y mis sueños.

Sea como fuere, como ya dije, no todo es perfecto. De hecho, algunas cosas que todavía me cuesta entender en mi relación con José y su familia son las exigencias que nos hacen a las mujeres con relación a las actividades de la casa. Lo digo porque la abuela de José espera que yo le haga todo en casa. Ella espera que le cocine, limpie la casa y le organice su desorden. La señora tiene una expresión que resume todo esto: atenderlo. Entre ella y mi tía me imponen una forma de cómo me debo relacionar con él. Siendo honesta con ustedes, a veces yo también me siento mal de no ser tan dedicada y servicial como ellas esperan que yo

sea con José. Esta sensación de estar haciendo algo mal por no atender a mi pareja creo que se fundamenta en que así me enseñaron a amar. Mi mamá me enseñó desde chiquita a correr detrás de mi papá cuando llegaba a la casa para llevarle sus pantuflas. Después, le llevaba el jugo a la sala de televisión donde él estaba descansando. Así, yo le demostraba a mi papá que lo quería. Mi mamá se lo demostraba teniendo todo limpio y cocinándole con esmero para que se alimentara en los momentos que le placía. A veces siento que estas prácticas deben cambiar. Al hacerlas, no me siento completamente yo, pero son más difíciles de alterar porque atraviesan el alma y se ubican en un espacio más profundo y fangoso: el corazón. Pero bueno, a pesar de todo, creo que mi relación con José se parece a la relación de pareja de mis papás, es decir, una relación bonita, respetuosa y armónica.

Por último, como parte de este tercer viaje creo que mi relación con José me ha ayudado a enfocarme aún más en mis proyectos personales. Ahora me encuentro escribiendo una especie de autobiografía. Cuando hago el ejercicio de mirar hacia atrás y leo lo que escribo, me desconozco en muchas de mis experiencias. Volví a mi infancia, porque la inteligencia volvió a ser lo que puedo ofrecer. Yo no soy bonita sino inteligente. No sé si he dejado de viajar. Quizás más adelante mire este momento y piense cuán errada estaba. No lo sé, pero creo que lo importante es empezar a ser conscientes de eso que una es, es decir, identificar en dónde están ubicados esos deber ser de otros que nos carcomen por dentro y empezar a destruirlos poco a poco para acérmanos al centro.

Algunas herramientas para acercarse al centro: el género, los estereotipos y la subjetivación

Cuando conocí a Antonia en el diplomado, entendí que las presiones sociales nos tocan a todas, especialmente ella y yo habíamos pasado por situaciones similares. Su relato muestra la importancia de reconocer esos deber ser y de los lugares de donde vienen en nuestra historia de vida. A veces, esos escenarios de presión vienen de los

espacios más cercanos o menos reflexivos. En efecto, su historia gira en torno a cómo nos afectan ciertos condicionamientos sociales en lo más profundo e íntimo de nuestras vidas.

Lo que trato de decirles es que a veces puede parecer que nuestras elecciones son individuales y que las tomamos libremente sin ninguna influencia externa o atadura. Sin embargo, la sociología en general plantea que como seres sociales la sociedad nos forma y nos condiciona desde el momento en que llegamos al mundo hasta el momento en que partimos de él. Sin embargo, esto no quiere decir que seamos unos meros títeres de la sociedad y que no tengamos cierta capacidad de decisión en algunos espacios de la vida social. Uno de los espacios en los cuales se centra esta reflexión y la historia de Antonia, en mi criterio, es la construcción de lo que queremos ser, esto es, la subjetividad. Claramente y como ya dije, la historia de Antonia es un ir y venir entre las exigencias socialmente impuestas y sus propios intentos por hacerle frente a las mismas.

Ahora bien, dicho lo anterior creo que podemos entrar en materia. En primera instancia, considero que a través de la historia de Antonia podemos reflexionar a partir de dos nociones: los estereotipos de género y la subjetivación. Primero abordemos el género y los estereotipos. Al respecto, me parece apropiado recordar la definición que da la historiadora Joan Scott (2008) hacia finales de la década de 1990. Ella dice que los estereotipos de género es un concepto que permite distribuir las posibilidades de las personas, las limita o las potencia. Dichas posibilidades se relacionan con la idea de poder ser y hacer. Así, a lo largo de la historia abordar la categoría de mujer u hombre implica pensar en clave de unas limitaciones y unos alcances de la acción y el pensamiento, es decir, de aquello que se puede hacer y aquello que no; de aquello que se puede ser y aquello que se deja de ser. Se me viene a la cabeza el ejemplo de cómo Antonia consideraba que debía ser bonita o fiestera, así como llegó a considerar que ser inteligente no era tan importante por ser mujer en el ambiente que habitaba y las personas con las que se juntaba.

Dejando de lado el ejemplo y volviendo a Scott, ella plantea dos esferas a través de las cuáles podemos ver esas posibilidades de ser y hacer,

es decir, las esferas de lo simbólico y lo normativo. En relación con lo simbólico, enfatiza cómo la definición de ser mujer u hombre es algo diferente de acuerdo al lugar y tiempo. Es decir, no es lo mismo ser mujer en Colombia que en otro lugar del mundo. Hay acciones y formas de ser permitidas aquí, en Cali, que quizás en otros países no se permiten, o viceversa. Así como no es lo mismo ser mujer hoy en día, a inicios del siglo XXI, que haberlo sido en siglos anteriores.

Desde los conceptos normativos, se refiere al deber ser, expectativas, estereotipos del hombre y de la mujer, de lo femenino y lo masculino, sustentados en aspectos religiosos, educativos, científicos, entre otros. Justamente a través de la idea de la norma podemos entender la historia de Antonia, sus pérdidas, porqué a veces trató de ser algo que no era, así como las tensiones internas que le generan las exigencias externas en su relación actual. La norma nos dice a las mujeres que debemos atender a nuestras parejas. De este modo, históricamente se va configurando lo que pensamos colectivamente respecto a lo que debe ser una mujer y lo que debe ser un hombre. Estas ideas se encarnan en las instituciones: Estado, familia, empresas; pero también en las personas y en nuestras formas de pensar. Por eso Antonia sentía imposiciones de parte de sus amigos, padres y parejas.

Lo contradictorio de los estereotipos sociales, desde la noción del género, es que no siempre son una idea que se pone sobre tus hombros y te presiona. Por el contrario, en reiteradas ocasiones, son presiones que nos generamos a nosotras mismas por las formas en que nos han enseñado cómo el mundo es. En suma, los estereotipos afirman cómo el mundo debería ser. Estas ideas pueden ser de cualquier evento de la vida social. Así lo afirma Coral Caro (2008), una docente que investiga los estereotipos de género en las relaciones amorosas:

Los estereotipos de género son construcciones culturales que determinan una visión de las características y actitudes de cada sexo. Crean modelos rígidos en los que tienen que encajar para ser socialmente aceptado, fijan un modelo de ser chico y un modelo de ser chica y, a partir de una visión tópica construida, establecen un sistema desigual de relaciones entre los dos sexos y cada uno de ellos hacia el mundo (p.226).

Estas imposiciones se aprenden y varían, como decía Scott, de acuerdo al lugar y tiempo; en esto radica su carácter cultural y socialmente construido. Sin embargo, aunque Antonia y yo nacimos en generaciones diferentes, hay presiones sociales que comparto con ella. Lo anterior, resultado de la construcción histórica y situada de estos deber ser. En la historia de Antonia tengo puntos de encuentro sobre los valores o características que se priorizan en las mujeres. Así como Antonia, cuando era joven sentí como de múltiples formas ciertas compañeras y compañeros de colegio me desmeritaban por mis habilidades académicas o por el hecho de priorizar este aspecto en mi vida. También, más adulta sentí presión por parte de mis profesores de universidad, amigas y amigos por no tener pajera durante algunos años. Por último, comparto con Antonia ciertas tensiones en mi vida de pareja. El amor y cómo nos han enseñado a materializarlo a través de las relaciones, está tejido a través de la tela de los estereotipos: la distribución de las labores de cuidado, la belleza como valor prioritario en las mujeres, entre otros.

Así, los estereotipos son aprendidos a través de la historia, se sustentan en aspectos emocionales y, en ciertas ocasiones, así como en el caso de Antonia, nos obligan a hacer algo que no queremos ser. En el caso particular de las mujeres, nos conduce a reproducir diferencias sustanciales entre los géneros, a soportar tratos violentos o atentar contra nuestra libertad basadas en las ideas comunes de lo que debe ser y puede hacer una mujer. Por ende, estas herramientas analíticas son centrales para reconocer cuándo estamos reproduciendo estereotipos.

Ahora bien, pasemos al otro concepto que les había planteado, el de subjetivación. Creo que este concepto se puede abordar, desde una primera mirada, a partir de la siguiente idea de Antonia: “Creo firmemente que como personas somos un proyecto inacabado y abierto a la transformación constante”. Este término para mí es la respuesta a la pregunta de: ¿por qué vale la pena identificar los estereotipos en nuestra historia y para qué buscar socavarlos? Este cuestionamiento me recuerda al sociólogo francés Alain Touraine (1995). Él nos diría que uno de los beneficios de nuestra época, la baja modernidad, es el posicionamiento de la racionalidad dentro del proyecto moderno. La cual se materializa

en dos fuerzas: una, desde las imposiciones sociales y, otra, desde la memoria y las culturas. Así, para Touraine la subjetivación es un proceso que busca ser una visagra entre la sociología y la psicología. Es decir, no todo es imposición, los individuos también pueden pasar por un proceso a través de la racionalidad que les permite desprenderse en ciertos aspectos de sujeciones sociales. Así lo menciona Gilberto Pérez (2003), refiriéndose a Touraine:

Así, nuestra vida está dividida entre dos mundos: el de la racionalidad instrumental encarnado en la economía y los mercados, por un lado, y el de la memoria y las culturas, por el otro. La única posibilidad de tender un puente entre estos mundos es el sujeto, que es tanto razón como memoria. La razón le permite liberarse de los controles comunitarios (la tradición y la conformidad) definiendo elecciones, movilizándolo recursos y formulando metas. La memoria, por su parte, hace posible resistir la transformación de la razón en poder, ofreciendo un antecedente cultural que permite a los individuos y grupos la movilización económica y política. De este modo, ser sujeto es ser capaz de transformar situaciones que producen sí mismos. (actores que juegan ciertos roles) en experiencias integradas de vida y en proyectos (p. 5)

Para Touraine y Pérez, pensarnos los estereotipos de género desde la razón es importante. Esta reflexión nos permite convertirnos en sujetos activos de aquellos aspectos que queremos reproducir primero en nuestras vidas, pero también en nuestras interacciones con los otros. Para así, viajar a través de nosotros construyendo el centro que deseamos ser.

Referencias bibliográficas

- Caro, C. (2008). Un amor a tu medida. Estereotipos y violencia en las relaciones amorosas. *Revista de Estudios de Juventud*, 83, 213-229.
- López, A., & Madrid, J. (1998). *Lenguaje, sexismo, ideología y educación*. (Editorial KR, Ed.). Murcia.
- Pérez, G. (2003). Sujeto desgarrado y modernidad . Contribución de Alain Touraine a la reflexión psicológica sociocultural sobre la subjetividad en el mundo contemporáneo. *Psicología y Ciencia Social*, 5 (Jan 2003), 3-10.

- Scott, J. W. (2008). *Género e Historia*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (1995). Ego, self, and subject. In E. I. Lubek, R. Van Hezewijk, G. Pheterson, & C. Tolman (Eds.), *Trends and Issues in Theoretical Psychology* (pp. 3-16). Nueva York: Springer Publishing Company.





Dedicatoria: *A mi familia, que es el núcleo de mi vida y a mis celestinas y compañeras de aquellarres, a las mujeres fuertes que me han dado el privilegio de compartir algún pedacito de vida, a quienes fueron, a quienes son y a quienes serán.*

Agradecimientos: *A mi mamá Olga por su valentía, a mi papá Willi por sus sabiduría, a mi hermana Melissa por sus regaños y lealtad, a mi compañero de vida Jairo por su apoyo incondicional, a mi abogada no abogada Tefa por su amistad y las incontables horas de charla y a quienes comparten conmigo cada día el trabajo y la formación: Mafe, Lore, José y Lina.*

Femeninas masculinas ¿Una cuestión de validez?

Laura Camila Escamilla García

Sol y platos

Por la mañana me levantan el sol y los gritos. Me gusta pensar que el sol grita con sus rayos tan calientes y penetrantes, tan libre como yo quisiera ser, tan grande como yo quisiera ser y tan fuerte como ya soy. Todos gritan, la mamá, los hermanos, el hermano mayor. Todos gritan, pero a la vez nadie lo hace. En esta casa somos una sola voz, un solo alarido en donde se diferencian algunas frases: “¡Las niñas lavan los platos hoy!” “¡Mamá! Me tengo que ir a trabajar ya, ¿dónde está el desayuno?” “¡Yolanda, levántese ya!” No entiendo por qué todos los grandes me mandan a hacer cosas que no me gustan. Cada vez que dicen mi nombre es para dar una orden y detrás de cada orden he aprendido a juntar mis dientes con fuerza. Dejo de ser tan blanca como soy y se me sube el calor. Así como el sol, la rebeldía me llega a la cabeza y mis cachetes se ponen rojos como candela: “yo no hago lo que no quiero hacer”, pienso; porque si hablo, mi mamá y mi hermano me bajan esta candela a punta de chancla.

En la casa somos siete, más hombres que mujeres: cinco hermanos, dos hermanas y una mamá. Y aunque todos gritan, no todos mandan. Manda mi hermano y de vez en cuando mi mamá. Los dos tienen cosas en común. Ambos hablan muy fuerte. Pero, sobre todo, ambos están enojados siempre, ¿por qué? Pues por el trabajo, por el dinero, porque somos muchos, porque no estudiamos, porque soy rebelde, porque les contesto, porque no hay quién llene los platos, pero tampoco hay quién los quiera lavar. Si me preguntan, yo creo que están enojados con la vida misma.

Mi hermano mayor, Alirio, es uno de los más enojados. Él tiene varios papeles, el de hermano y el de papá, es quien trabaja y a quien mejor se le atiende. A Raquel, su mujer, le gusta limpiar, siempre tiene su cuarto reluciente como una taza. Ella no es grosera ni levanta la voz. Eso sí, Raquel fuma y toma mucho café con pan. Pero a pesar de eso, mi hermano, a causa de su enojo, de cuanto en tanto le da una paliza. La verdad, no sé muy bien por qué, si Raquel es tan buena mujer. No me parece, no entiendo y así como no lo entiendo no me cala y me enciende la rabia. Todos miramos pero nadie dice nada, nos callamos y a todos parece no

importarle. Sin embargo, a mí a pesar de mi silencio y mi corta estatura, me importa y lo reprocho. Cuando mi hermano da la espalda le lanzo una mirada, rogando en el fondo que no se dé la vuelta; porque si se da cuenta de la rabia que me da, después de Raquel sigo yo. Si yo fuera mi hermano haría las cosas diferentes, puesto que aunque admiro su verraquera y tenacidad, su frustración y su enojo son cosas que no quisiera tener nunca.

Mi mamá se llama Elvira. A pesar de su enojo cuando la veo de lejos, por fuera del caos de los almuerzos, de los gritos de mi hermano y el correr del día a día, cuando está sentada tejiendo alguna colcha para las camas, en quietud y en silencio puedo ver un poco más allá. Es ahí que me doy cuenta que el silencio es su lugar más cómodo que si por ella fuera viviría callada en esa silla mientras teje. Aunque, en realidad, intuyo que su silencio y su quietud no dan señales de tranquilidad, dan señales de que ese enojo se la come por dentro, que mi mamá Elvira sufre y le duele y sobre todo que calla y se traga su dolor. De ahí la razón de su enojo. A mi mamá Elvira, la conocí dos veces. La primera, cuando nací; evento que no recuerdo. La segunda, cuando la volví a ver después de siete años. La lectora se preguntará: ¿por qué después de siete años? Porque cuando yo era bebé, un bus le pasó por encima y le molió las piernas. Todo ese tiempo mi mamá estuvo en cama y yo, donde mi tía; porque en cama y con las piernas enyesadas no se puede cuidar a una niña pequeña. En fin, lo importante es que cuando volví me encontré con Elvira, aquella mujer que se logró parar de una postración de cinco años, coja pero siempre en pie.

De mi mamá quisiera tener su rectitud. Creo que es la mujer más correcta que conozco; si debe un peso, un peso paga. Siempre me dice que debo tener un oficio. Aunque a mí esa idea no me gusta mucho. Sin embargo, si de algo estoy segura es que las mamás siempre tienen algo de brujas y algo de razón. Mi mamá es una mujer complicada, muy templada de carácter y dura de corazón. Ella y Alirio viven en una constante disputa por el poder de esta casa, la cual de vez en cuando se vuelve un barco con pelea de capitanes en donde mi mamá es la que calla. Esa disputa casi siempre la termina ganando él y es una victoria que ella acepta

sin recelo, pues al final mi mamá es una mujer desvivida por sus hijos varones. Ellos no lavan platos ni barren pisos, ellos se sientan a comer la carne más grande y a ser atendidos.

A veces, mientras el sol me levanta y antes de que comiencen los gritos, pienso que me gustaría ser como Alirio. No como Alirio enojado, sino como Alirio que no lava, que no barre, que come más, que grita y nadie se atreve a callarlo, es decir, como Alirio hombre. Luego pienso lo mucho que me gusta ser mujer y me pregunto: ¿cómo puedo ser más Alirio hombre sin dejar de ser Yolanda mujer? Digo que ser más como mi hermano, porque a mi papá no lo conozco y no sé si quisiera ser como él. Lo más cercano a un papá es mi hermano: Alirio frustrado, enojado y rabioso, pero también Alirio trabajador, proveedor, hermano y papá.

Medio día y rebeldía

Desde jovencita la dependencia ha sido mi peor enemiga y es mi enemiga en todos los sentidos posibles. Quiero saber qué es conseguir lo propio, crear mi sustento y no tener que rendirle cuentas a nadie sobre nada. La juventud no me detiene, Alirio, tampoco y mucho menos mi mamá. En la guerra hay que aprender a pelear o resignarse a morir, yo decidí aprender a pelear, a alzar la voz, a cuestionar, a trabajar, a ganarme lo mío, a tener pantalones y saber sostenerlos. Trabajo desde joven porque es la forma en la que puedo valerme por mí misma. También es la forma en la que puedo enfrentarme a la vida que me gusta: libre y sin dependencias. También estudio, mejor dicho, estudié hasta el bachillerato. No somos una familia pudiente. En verdad me hubiese gustado estudiar tantas cosas: derecho, economía, administración de empresas. La realidad es que somos siete y tenemos lo necesario, a veces ni siquiera lo justo.

Creo que a nadie le gusta la escasez o vivir al día. No culpo a nadie por la situación de mi casa, ni a Alirio, ni a mi mamá. A ellos no los culpo, los entiendo. Pero dentro de mí siempre tuve esa llama que me impulsó a no callarme y a ser rebelde. La diferencia es que cuando estaba pequeña

solía apretar mis dientes para guardarme las palabras. Ahora no, ahora grito si es necesario. La vida me ha enseñado a templar mi carácter. Me he vuelto fuerte como una sogá que no se revienta con la presión, la lluvia o las circunstancias.

Es curioso, decidí hacer un alto para reafirmar mi impulso y a los 18 años cogí mis cosas para salir de mi casa con el ideal de empezar a materializar la independencia que por años planeé en mi cabeza. Nunca quise llevarme los gritos de Alirio o el enojo de mi mamá, pero curiosamente entre mis maletas y mis ganas de libertad se coló aquello que tanto quería dejar: una muda de frustración y otra de enojo. Que quede claro, de eso no me di cuenta sino mucho más tarde, porque por años viví enojada. Creo que ese enojo lo heredé de mi mamá. Incluso creo que en razón de mi enojo, su figura materna se fue desvaneciendo. En el fondo siempre la culpé de mis frustraciones y, en consecuencia, la fui borrando de mi conciencia y de esa señora que alguna vez llamé madre solo quedó su título.

Siempre tuve en mi cabeza a mi hermano Alirio como figura paterna. Sin embargo, llegó un momento en mi vida, como en varias ocasiones en donde se me sube ese fuego, que me urgió la necesidad de saber quién era mi papá. Esta urgencia no se fundamentó porque su ausencia me causara dolor. En últimas, siempre tuve a mi hermano, por lo que esa ausencia de padre realmente nunca me afectó como a muchas personas les afecta. Creo que era más un morbo y una curiosidad de ponerle cara a ese señor que debía estar en algún lugar y que por cosas de la vida, era mi papá. Lo busqué porque siempre he sido osada y carácter no me falta para dar la cara. Ya sabía su nombre y donde vivía. Así que una vez que iba de paso por un pueblito en el Huila, de donde soy oriunda, agarré un directorio y me aparecí en su casa. Allí él tenía su taller. Cuando llegué, él estaba trabajando con un hombre joven que, supongo, era su hijo. No me importó, me paré firmemente y le dije:

— Buenas, ¿usted es fulanita de tal?

— Sí. Me contestó él.

— Es que yo soy su hija, pues mi mamá me dice que yo soy su hija y yo solo quería verle la cara. La verdad no estoy buscando nada de usted. Le dije mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Después de escuchar mis palabras, ese hombre se puso blanco, como si hubiera visto a la muerte misma. Pero claro: ¿quién va a pensar que una mujer adulta va a aparecerse en su casa con tanto carácter a decirle que es su hija? Más tarde ese día nos vimos para tomar algo. Entre el intercambio de palabras y la charla, me dijo que iba para Cali. Me dijo que me visitaría, me prometió cosas que yo no esperaba y claro cosas que nunca cumplió.

Con los años cambié las mudas con las que salí de mi casa, cambié de ropa, trabajé, fui abogada, economista y administradora... no de título ni de academia, pero claro que lo fui y que lo soy, le puse cara a un padre ausente y también fui Yolanda enamorada. Enamorada de un hombre celoso que se convirtió en el padre ausente de mis hijos, de un hombre que con mi primer bebé me culpó de quererlo amarrar con mi embarazo. Si tan solo ese hombre me conociera, sabría que no necesito amarrar a nadie, que yo sola podía con mi primera hija y no se lo demostré una, sino dos veces porque pude con mi hija y también con mi hijo, pude sola con nuestros hijos, así como puedo sola con tantas cosas de mi vida.

A pesar de todo lo que cambié y todo lo que dejé sigo teniendo una carga constante, ese enojo, esa frustración que de niña tanto había cuestionado y, como en una encrucijada, sigo sintiendo la llama de mi rebeldía y ganas de ser libre intactas. Pero me encuentro a mí misma recitando palabras con la misma dureza de carácter que tenía mi mamá, siendo dura con mi hija, como lo era mi mamá y mujer enojada, así como lo era ella. Con el enojo se aprende a vivir y a veces, sin el enojo uno no se concibe a sí mismo, porque se vuelve tan propio y el motor de ese sentimiento es tan profundo que da miedo empezar a sanar.

No obstante, hay cosas que nunca cambian, y después de mis hijos, de mi emancipación frente a la dependencia, de la vida y de la experiencia que es mi fiel compañera, seguí trabajando dentro y

fuera de mi casa, valiéndome por mí misma. En el camino, encontré mi oficio y a pesar de que en mi niñez fui reacia a la idea del oficio que tanto me hablaba mi mamá, con los años lo encontré y reafirmé que las mamás siempre tienen la razón. Ese oficio se convirtió en mi empresa y en mi sustento. Cuando me vi a mí misma empezando un proyecto sola y con mi esfuerzo, recordé a mi mamá de nuevo, volví a ella como cada vez que algo me dolía. Sin embargo, esa vez no se trataba de dolor ni de reproches, esa vez se trató de un momento de agradecimiento, porque como si ella supiera el futuro ahí estaba yo encontrando mi oficio, que se trata de tejer y confeccionar, viviendo de él y agradeciéndole a ella.

Ocaso y libertad

De la herencia del enojo soy viva muestra, porque siempre supe lo que no quería ser y lo que me negué a replicar, pero con el tiempo me di cuenta de que los años rodeada de gritos, enojo, órdenes de lavar y servir a los hombres hieren, causan dolor y ese dolor, así como el sol se me convertía en rebeldía y en cachetes colorados. El dolor también se convierte en rabia, que se incuba durante años y se esparce como maleza hasta que uno mismo decida empezar a podar. El perdón llega de muchas maneras, y a mí me llegó en forma de entendimiento y comprensión; Elvira, mi mamá, después de tantos años de haber superado su postración volvió a caer en cama. Elvira, ahora mayor, y todavía enojada, fue un derrame el que la volvió a postrar, pero ahora con los años todo era diferente, ya no era yo, Yolanda niña quien tenía ser cuidada, sino que era Elvira mamá quien tenía que serlo. Soy la menor de mis hermanos, pero soy quien les da, como se dice, sopa y seco a todos los demás y cuando mi mamá volvió a estar postrada, fui yo, quien una vez fue cuidada y pasó a ser cuidadora, una vez más, así como cuando salí de su casa, me amarré los pantalones y nos fuimos, Elvira y yo, a mi casa, la que yo conseguí con mi trabajo y donde vivía con los hijos que levanté con tanto esfuerzo, nos fuimos a mi casa en donde soy yo quien llena los platos de comida y en donde la verdad, los lava quien los quiera lavar y barre quien quiere barrer.

El mundo da muchas vueltas y estaba yo otra vez viviendo con mi mamá. Pero esta vez bajo unas circunstancias muy diferentes claro. Ahí estábamos las dos, esta vez en mi casa, pero éramos ella y yo. Yo como un reflejo de ella en tantas cosas y ella como un reflejo de la vida y su camino. Al principio no sabía bien cómo tratarla, cómo cuidar a quien un día me había cuidado, y, sobre todo, como cuidar a quien, de forma inconsciente, porque estoy segura de que fue así, me había causado frustración y dolor. Comencé con pequeños pasos y esos pequeños pasos fueron los que me llevaron a entender. A entender a Elvira, no solo como madre sino como mujer, el porqué de sus enojos, de sus silencios, de sus durezas. Después de bañarla, peinarla, vestirla y de alimentarla, me di cuenta de que Elvira mujer era lo que era y había sido como madre por su historia y que yo, Yolanda, también mujer e hija de Elvira, soy lo que soy por mi historia y mi madre, es parte de ella.

Sanar para perdonar es ser vulnerable y es difícil ser vulnerable en un mundo tan lleno de ocupaciones y sobre todo en un mundo en donde, por lo menos a mí, el camino lo he labrado sola, en donde nadie me ha dicho cómo ni en qué momento parar, porque es mi camino y las pausas las he decidido yo. Sin duda, uno de los altos más importante fue el que hice con mi mamá y, claro, uno de los más difíciles, que fue el de entenderla y perdonarla, sacarla del título de mamá, para realmente empezar a sentirla como tal, a amarla y adorarla como lo hago ahora.

Hay momentos en la vida que liberan y en mi vida la libertad fue el resultado de descargarme de los pesos emocionales que se habían colado en mi maleta cuando tenía 18, y de aquellos nuevos que con el tiempo había ido acumulando. Desde ese momento de libertad, pude palpar lo que desde niña había querido con rebeldía y fuego interno. Por fin, la plenitud de decidir sin cargas y de sentirme totalmente libre, más ahora que nunca. Esa libertad me ha regalado tanto que sigo mi camino con la certeza de que todo lo que pasa en mi vida, pasa porque yo lo decido y lo que no me sirve lo saco sin más; porque con los apegos no voy, a mis hijos que amo los he criado sin cadenas. Claro que he cometido errores pero he hecho todo con

amor y con conciencia, porque cada que decido parar en mi camino es para revisarme, revisar mis decisiones y volver a emprender el camino con menos tropiezos.

Hoy por hoy, trato de ser ese impulso que yo nunca encontré en nadie más que en mí misma. Hoy puedo verme y saber que soy la mujer que más admiro, que admiro mi tenacidad y verraquera, mi rectitud, mi fortaleza y mi capacidad de guiar y ayudar a quienes me rodean, porque con mi oficio, ese que fue una predicción de mi mamá, he llegado a lugares donde me he convertido en líder, en donde trato de compartir mi experiencia desde el corazón, porque esa es mi mejor forma de impactar a los demás, especialmente a las mujeres.

He volcado esa rebeldía que me caracterizaba desde pequeña en aprender cada día, en formarme y sobre todo concientizarme para desde el corazón, ese que tuve por tanto tiempo tan cargado, poder ver a los otros y a las otras con amor, guiar con amor y liderar con amor. Tampoco he perdido mis ganas de hablar, de no callar, hablo cuando debo de hablar, pero nunca me trago las palabras, porque no hay quien me silencie, mis palabras son mi herramienta, y las digo mirando a los ojos con fuerza, si es necesario, pero siempre con amor, porque después de todo y de la experiencia, he aprendido a ver a los demás sin enojos.

Hoy, en la mañana me despierta el sol y mis gatos, también mis perros que ladran para que les dé comida. Me gusta el calor del sol en la mañana, nadie grita, mis hijos ya se han ido a estudiar, me levanto cuando quiero, suena el alimento de los animales cayendo en sus platos, tomo mi café mientras me siento en el comedor a revisar mis tareas del día, trabajo y hago mis cosas, a mi tiempo, a mi ritmo, salgo y llego cuando quiero y nadie me dice nada. Respiro, y pienso, a veces hasta hablo en mi soledad: “que vida tan relajada, tan bacana”. Hoy en día en mis mañanas sin gritos y sin quien mande a lavar platos me doy cuenta que soy libertad, soy independencia, soy Yolanda mujer, pero también Yolanda padre que no tuve, padre que no tuvieron mis hijos. Soy todo lo que siempre quise ser, decisión y fuerza y también soy lo que no planeo, sorora y líder.

La masculinización del poder (hacer y ser)

“¿Cómo puedo ser Alirio hombre sin dejar de ser Yolanda mujer?” Es la pregunta que movilizó a Yolanda y su historia y es la pregunta que a veces nos hacemos: ¿cómo ser un poco hombres sin dejar de ser mujeres? Es una pregunta que no nace como la manifestación de un deseo profundo y mucho menos configura un reproche a ser mujeres, es una pregunta que genera escozor, pero que, a su vez, puede identificar a muchas de nosotras, o tal vez no. Pensemos en todas las veces que por alguna razón deseamos ser hombres, pensemos en todas las veces que quisimos hacer lo que los hombres hacían: jugar con balones, trepar árboles, salir hasta tarde, mandar en la casa, tener más dinero, hablar más fuerte e incluso ser más escuchadas. Ahora pensemos en todas las veces en las que intentamos ser como ellos y nos dijeron que no, que nosotras no podíamos porque jugar, hablar, mandar y tener autoridad es cosa de hombres y no de mujeres.

Ahí, en esos momentos en donde ser hombre significa privilegio y poder,¹ podemos formular el planteamiento sobre la siguiente cuestión: ¿debemos ser más parecidas a los hombres para ser tenidas en cuenta? ¿Deberíamos actuar más como ellos, hablar más como ellos y hasta vestir más como ellos? A fin de cuentas, ¿será que tenemos que convertirnos en hombres!? No estoy segura de la respuesta a esas preguntas. Es más no la tengo y si la tuviera sería mi respuesta que no necesariamente es la de todas. Lo que sí tengo es otra pregunta: ¿qué o quién nos ha hecho pensar que para tener lugares de poder, voz y voto debemos ser más como un hombre y menos como una mujer?

Podríamos decir que son los hombres, nosotras mismas o que es todo el mundo el culpable de hacernos creer que tenemos que dejar de ser, precisamente, para ser. Y sí, tal vez se trate de esa dirección, pues puede ser una creencia estructural, impuesta y hasta validada por las estructuras de poder. Pues, de ahí se expide el mandato que implica la

1. El poder entendido no solo como control o dominación sino también como la capacidad de hacer cosas.

validez de lo masculino y la exclusión de todo aquello no masculinizado. En efecto, en esa exclusión, muchas veces de forma casi inherente, estamos nosotras, en femenino y en plural.

Los referentes de autoridad, poder, templanza e incluso de libertad son características comúnmente asociadas a figuras masculinas; mientras que la maternidad, la ternura y la sumisión son características asociadas a las mujeres y parece que ser titular de algunas, excluye de forma tajante a las otras. Así las cosas, cabe analizar cómo este manejo de características es maleable según los entornos y así como Yolanda hay muchos espacios públicos e incluso privados que nos demandan y exigen la masculinización de nuestro discurso para ser tomadas en cuenta: tener más pantalones, hablar más fuerte o ser menos sentimentales, porque son estas últimas características las que permiten asumir aquellas posiciones de poder que usualmente son ocupadas por hombres. En ese sentido, es esa masculinización del discurso la única forma en la que en determinados espacios, por ejemplo espacios políticos, podemos ser tomadas en cuenta. Estos espacios que nos demandan esa transformación hacia lo masculino nos muestran dos cosas: primero, que solo los hombres pueden ocupar estos espacios; segundo, que las mujeres que lo hacen, deben ser lo más parecidas a los hombres para encajar en esa figura de poder:

No tenemos ningún modelo del aspecto que ofrece una mujer poderosa salvo que se parece más a un hombre. La convención de traje pantalón, o como mínimo pantalones que visten tantas líderes políticas [...] puede ser cómoda y práctica. Esta forma de vestir puede ser indicativo del rechazo a convertirse en un maniquí, destino de muchas de las esposas de los políticos, pero también puede ser una táctica –como la dejar el timbre de voz– para que las mujeres parezcan más viriles y así puedan encajar mejor en el papel de poder (Beard, 2018, p.59).

Así las cosas, no estoy cuestionando que las mujeres tengamos que tomar ciertas actitudes entendidas socialmente como masculinas para hacernos escuchar. En la historia las mujeres hemos tenido que ser bastante recursivas para hacernos valer en muchos ámbitos y, claro, seguimos haciéndolo. De cualquier modo, lo que sí cuestiono es que los hombres

no tienen que tomar, por ejemplo, elementos femeninos para hacer sus posiciones más válidas, es decir, los hombres no tienen que agudizar el tono de su voz o usar faldas para encajar en una posición de poder. Las mujeres, en cuanto a la validez del discurso somos camaleónicas y por más adornado que suene el término, es así. A veces nos requieren más como hombres para ser validadas, pero a veces un poco más femeninas, delicadas, nos requieren más mujeres.

Entonces, muchas veces no sabemos cuál es el deber ser sobre aquellas características de las que tenemos que carecer o las que deberíamos adoptar para que se le dé lugar a nuestras posiciones y decisiones. Pues parece que se nos demanda una adaptación de acuerdo al espacio que pretendemos conquistar. Si se trata de ser presidentas debemos alejarnos de aquellos elementos femeninos que, según la estructura, no permite que nos adaptemos a esta posición de poder. Pero si se trata, por ejemplo, de ser buena madre, debemos acercarnos a los elementos socialmente atribuidos a lo que significa ser una buena dadora de vida, femenina, amorosa y sentimental, es decir, una mujer muy mujer.

Parece que todo el tiempo nos están diciendo a quién o a quiénes debemos parecernos para encajar mejor en lugares a los que, naturalmente, no estamos designadas. Y es que parece también que los hombres sí están designados naturalmente a estos espacios. Es por eso que ellos pueden ser hombres-hombres en cualquier espacio, mientras que nosotras no. De ahí nace la exigencia que para estar en un lugar que ha sido validado socialmente para los hombres –y por los hombres– debemos ser un poco más como ellos, los designados originales.

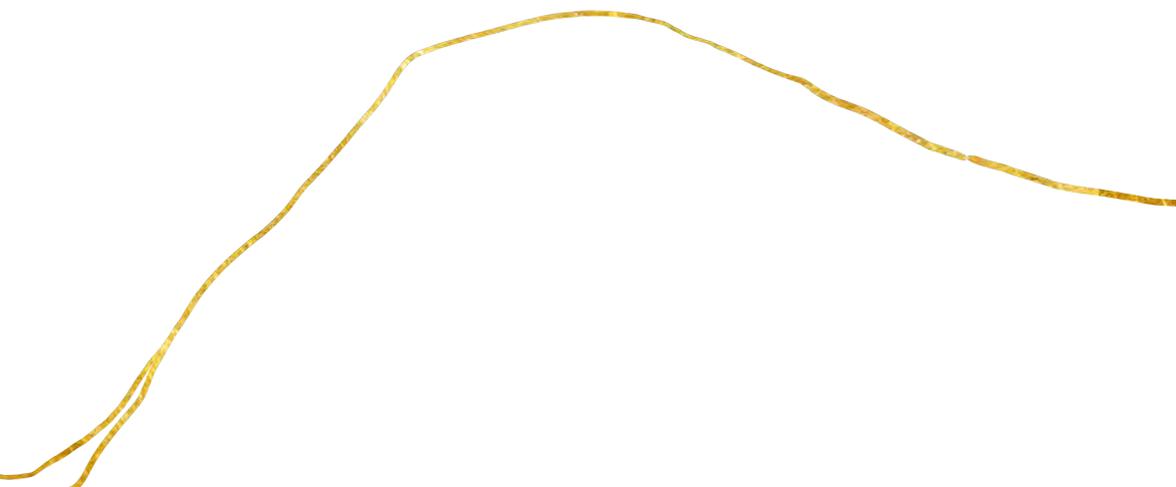
Respecto a todo esto, tengo una crítica. Sin embargo, no es una crítica frente a las mujeres que deciden masculinizar su discurso y sus prácticas, pues yo misma lo he hecho. Es una crítica a que para ser escuchadas o incluso para ser más libres tengamos que masculinizar nuestro discurso. Como lo he dicho, esto se trata casi de algo que se nos impone para poder existir en lugares en donde normalmente nosotras no tenemos voz, voto y muchas veces ni siquiera presencia.

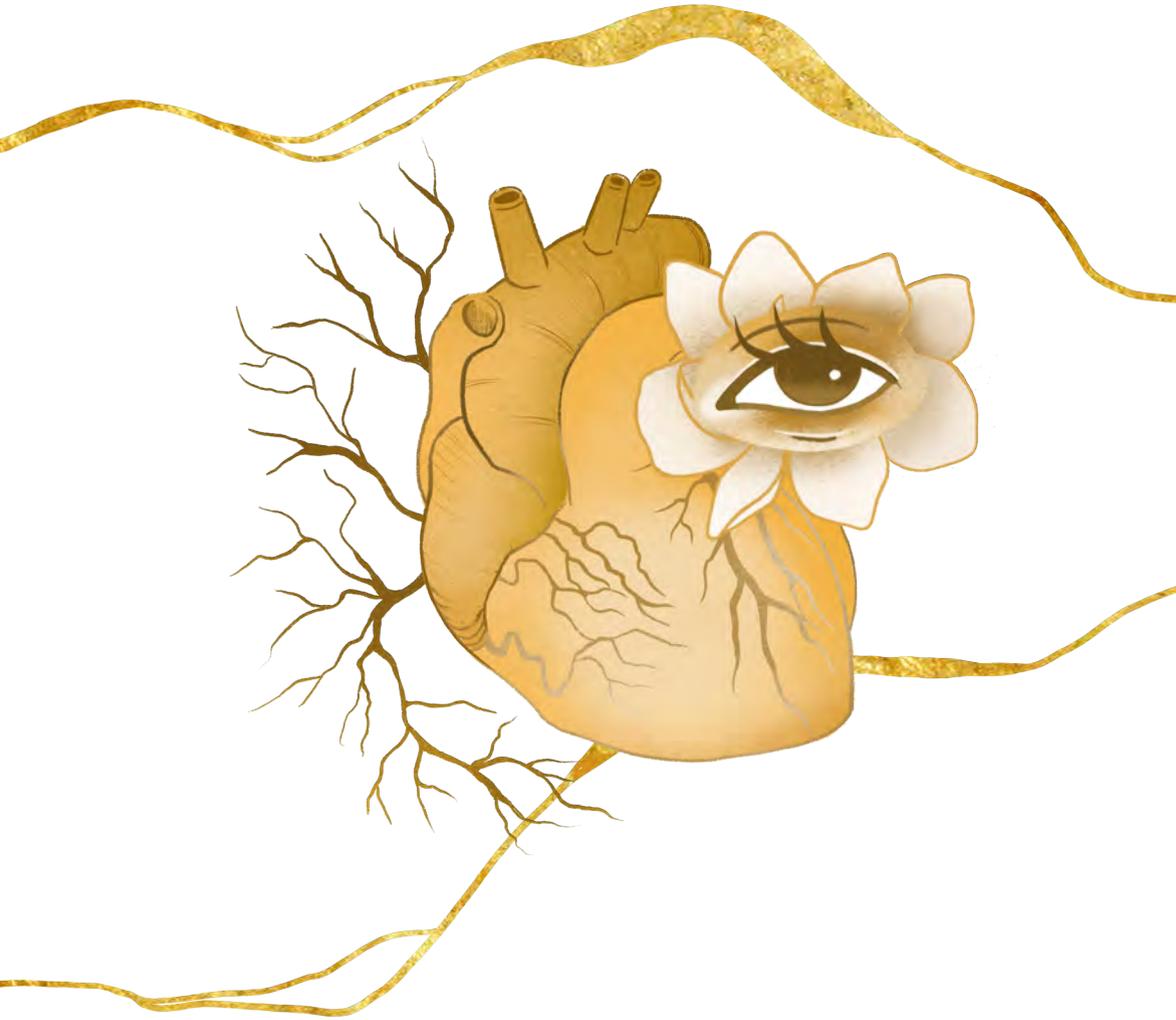
En fin, creo importante hacer algunas claridades respecto a la historia de la mujer que me permitió hondar más en este tema. En primer lugar, si hasta aquí han llegado a pensar que Yolanda es una mujer-hombre o una machorra,² están equivocados. Yolanda no es una machorra, de hecho, juega con su cabello mientras habla pero mientras juega con su cabello, mira fijo, tiembla su tono de voz y tuerce un poco la boca y dice: “en mi casa nadie hace lo que no quiere hacer”. En este sentido, masculinizarse no solo implica agravar la voz o usar pantalones, implica de forma consciente o inconsciente hacer uso de esos elementos masculinos que nos permiten autoridad y cierta libertad. Así es el caso de Yolanda mujer que toda su vida vio a su hermano, Alirio hombre, mandarse solo y hacer lo que él quería. Allí, bajo esos elementos atribuidos a lo masculino es que Yolanda encontró la forma de ser más libre, la forma en la que sale de su casa a la hora que quiere, es independiente y consigue validar su voz en lo privado y también en lo público.

Referencias bibliográficas

Beard, M. (2018). Mujeres y Poder. Un manifiesto. En M. Beard, *Mujeres y Poder. Un manifiesto*. Barcelona: Planeta.

2. El término “machorra” es entendido como una forma despectiva para referirse a las mujeres que tienen características masculinas o que realizan actividades que usualmente se atribuyen a los hombres. En este caso, se hace uso del término como una crítica a la connotación negativa que ha sido atribuida al término, pues como bien es sabido, las mujeres que son tildadas bajo este término tampoco son aceptadas socialmente.





Agradecimientos: *A esa mujer incansable que es Angélica, a ella que me permitió husmear de a poquitos entre sus baúles de recuerdos y sus cajas apiladas llenas de historias, refranes, chistes, y vivencias, esas que al abrirlas te hacen reír y soñar. También quiero agradecer a mi vieja no tan vieja amiga y colega Laura, quien me acolitó una y mil tazas de café para pensarme y re pensarme este capítulo, porque junto a ella y a nuestras tertulias hicimos magia. Finalmente, a mi padre quien indirectamente fue la fortaleza mental que necesite cada mañana para sonreír y traer esto a ustedes.*

Dedicatoria: *Quiero dedicar estos párrafos a mi fanaticada que se compone por mi madre y mi abuela, esas dos referentes perpetuas en mi vida. Dos grandes luchadoras desde sus historias, mujeres que libraron sus batallas, que defendieron a capa y espada todo por lo que creían, dos seres mágicos que con todos sus brebajes y encantamientos me enseñaron a ser todo esto que soy. Un popurrí de emociones y manojos de sensaciones, una mujer fuerte que ha aprendido a librar sus propias batallas, así, con mis zapatos de libertad.*

Los zapatos de libertad nos calzan diferente ¿Una cuestión de validez?

Laura Estefanía Buitrago Sánchez

Mujer no mujer y al revés

No era rebeldía o recelo a cumplir las reglas que me exigían, sino dudas sobre el porqué de esas normas diferenciadas entre la niña de la casa y los niños de todo.¹ Me preguntaba si no hacer lo que se me imponía o hacer lo que yo quería era ir en contra de la naturalidad, como si nadara contracorriente, como si no cerrar las piernas por completo a la hora de sentarse fuera un sacrilegio para las mujeres mayores, como si querer correr descalza en el campo junto a los animales fuera una declaración de rebeldía en contra de la voluntad de mi madre y de su autoridad.

— ¿Por qué eres tan machona?! Me preguntaba mi madre.

— Y mientras no podía responder esa pregunta, en mi mente solo pensaba: ¿por qué hay una línea que divide lo poco que puedo hacer como niña y todo aquello que pueden hacer mis hermanos como niños?

— ¡Ser machona es hacer cosas de hombres! Repetía con más ahínco mi madre.

— Y yo continuaba preguntándome: ¿por qué ciertas cosas no son para las mujeres o las niñas?

En un pueblito tolimense como el mío tener la libertad del camino, del monte, del verde de los árboles, de chapotear entre los charcos eran cosas de niños... ¿Cosas de niños? Pero si yo puedo correr tan rápido como ellos, puedo arrear al ganado como ellos, puedo ensuciarme en la tierra, cual puerquito como mis hermanos, y luego bañarme, ponerme un vestido blanco y quedar perfecta como una muñeca de porcelana, ¿perfecta como una muñeca de porcelana? ¡No! Yo me rehusaba a ser una muñequita, la casa se me quedaba pequeña y yo era muy inquieta, ¿qué hay para hacer en la casa? Recorrerla de arriba abajo con la escoba, limpiar cada cumulo de polvo y brillar la vajilla hasta que quede como perla. Puedo hacer cosas de niñas, como tejer vestidos, pero...

1. Con los niños del todo me refiero a esa posibilidad de hacer cosas que niñas no deberían por su feminidad.

¿y qué más? Con el paso del tiempo me veía en una pequeña caja de cartón que cada día se encogía un poco más o quién sabe, tal vez era yo quien se hacía más grande.

No sentí nunca la necesidad de pedir permiso o disculpas por cómo era yo y por cómo imaginaba el mundo, me convencí desde muy pequeña de que yo era la dueña de mis decisiones, de mi actuar y de mi libertad, aunque me costara una sonrisa y la aprobación de mi madre. Mi mundo era ese escenario en el que yo sentía que podía hacer cualquier cosa, nunca me cuestioné, esa era yo. “¡Tengo dos hijos y una hija, no tres baroncitos!” Solía decir mi madre, tratando de recordarme qué no era ser mujer. Ay mi madre... ella es terca y vieja, muy vieja, no solo de años sino también de mente, ¡arriba el pudor y el deber ser! ¡Lo blanco es blanco y lo negro es negro! ¡Las mujeres deben ser así y los hombres deben ser así! Ay mi madre, ella es así.

Mi relación con mi madre es y ha sido como la de Tom y Jerry; un juego de autoridades, desde siempre la recuerdo así. Como el gato y el ratón, ella todo el día tras de mí, correteándome al son de las niñas no; “las niñas no se sientan así, las niñas no hablan así, las niñas no caminan así, las niñas no”... Ella siempre quería tener la razón y pienso que nuestra relación no fue tan cercana como esperaba porque yo era siempre tan contradictoria y voluntariosa con mis razones y mis acciones, con los zapatos bien puestos, esos que aprendí a atarme por mi misma, esos que me hacían libre y diferente.

“¡Las mamás nunca pierden!” Decía mi madre. Tratando de recordarme que tarde o temprano yo encontraría mi error y le haría saber que me había equivocado. Para mi suerte nunca fue así, porque mis razones, mis sentires y mis acciones siempre se fundaron en mi idea de libertad, en lo que yo creía, en lo que me funcionaba y me hacía yo. Cuando pienso en mi niñez y en la forma en la que crecí, comprendo que esa estructura dominante bajo la cual se organizaba mi familia –me refiero al patriarcado²– era impuesta no por los hombres de la casa sino por mi

2. Patriarcado entendido como la forma de organización (de todo lo que conocemos) en la que el hombre es la autoridad y la mujer solo obedece o se acomoda a esas estructuras en donde no tiene mayor participación, es decir, el hombre tiene el poder en todo y se le es permitido.

madre, tan sutil pero contundente. No es que mi padre fuera el más pro derechos de las mujeres, porque no lo era. Pero tampoco me atrevería a llamarlo machista. Aunque sí propiciaba de a poquito esas actitudes. Por ejemplo, cuando llegaba del trabajo siempre lo esperaba en casa su buen plato de comida servido en el trono, puesto principal del hombre de la casa en la mesa. Mientras que mis hermanos, mi madre y yo, ocupábamos –en ese orden– un lugar menos privilegiado, algo que no era un secreto para ninguno en casa. A pesar de eso, mi papá era un hombre descomplicado. Él nunca se ocupó de impartir el orden en casa, vivía en un mundo aparte del nuestro.³ En realidad, era mi madre quién ponía las reglas de juego entre nosotros.

Pese a esta forma de ser de mi padre, a veces tenía acciones que se salían de su patrón diferencial y lo convertían en un auténtico hombre del pueblo. Recuerdo una vez que un hombre mucho mayor que yo me obligó a tocarlo, me mostró sus partes íntimas. Aunque yo nunca dije nada, en el pequeño pueblo en el que crecí, se regó el rumor –evidentemente de boca de ese hombre– de que yo era una buscona de 11 años que seducía a los hombre y los hacía sucumbir a mis deseos.⁴ Cuando mi padre escuchó esta historia salida de la ficción se volvió loco, me culpó por provocar a ese hombre, desde su mirada yo era todo eso que el pueblo decía de mí. Aquello me destruyó, me sentí oprimida y encerrada, encasillada por boca de muchos.

Después de ese suceso y la separación de mis padres, vino el fin del vínculo con mi padre. Antes de esos dos eventos, yo era la niña de sus ojos, pero tras cumplir los 11 años, esa conexión padre e hija se evaporó, nos alejamos y como dice el refrán “ojos que no ven, corazón que no siente”, él continuó con su vida lejos de nosotros, sus hijos. Por hazañas

3. Hay veces me pregunto si de él heredé esa idea que puedo de vivir en un mundo distinto al de los demás, un mundo que es mío.

4. Son ese tipo de cosas que solo ellos se imaginan. Como en esa película: Las brujas de Salem, en la que los sacerdotes inventaban cualquier artimaña para ocultar sus deseos carnales. Creo que hasta me sentí embarazada después de escuchar tantos hechos inculpanes.

del destino mi libro de vida fue escrito con poca tinta en color hombre, me refiero a la figura masculina con la que no crecí y que nunca estuvo muy cerca de mi formación. En efecto, este tipo de experiencias me hacen pensar que básicamente soy un producto inacabado hecho con poco material masculino.

Todos estos hilos entrelazados, abandonos, pérdidas, inconformidades y contradicciones, me hicieron quien soy. Me dije a mí misma: “¡no soy ni seré un patrón controlado por alguien más que no sea yo!” Nunca quise verme envuelta en la vida que llevó mi madre después de mi padre, triste, rencorosa, apagada y hasta marchita. Por esto me cuesta tanto pensar en lo poco cercanas que fuimos y en lo mucho que creo que me necesitó y la necesité, no como una autoridad a la que quisiera contrariar sino como mi madre y mi apoyo.

Mi intención nunca fue hacer una declaración contra todo lo que es diferente. Simplemente era mi forma de buscar la libertad, una que no había encontrado ni en la rigidez de mi madre, ni en el olvido de mi padre. Entenderme como una mujer libre y autónoma no fue tarea fácil. A pesar de ello, nunca dudé de poder hacer todo lo que me proponía. Supe que aun cuando las directrices mostraban otro camino yo podía con todo, aunque a la luz de la normalidad mis acciones fueran un grito irreverente. Por eso, escogí escribir mis propias reglas, unas que ni más ni menos me hacen una mujer. Una mujer real, una mujer a mi manera, una mujer que proviene de falencias, aciertos, correteos ganados, cariños perdidos, y con una capacidad de restauración infinita.

Con las brisas sobre el pelo

El control y la imposición son de esas cosas a las que siempre les huí, una cárcel en la que era prisionera, ¡abajo los barrotes de la obligatoriedad! porque el deber ser no lo marcan los patrones ni un montón de mujeres ancianas diciendo como debe ser una mujer o de hombres esperando por la comida en la mesa. El deber ser lo marca el deseo y la convicción de cada una al actuar o no de tal o cual

forma, con base en nuestras experiencias y en sus enseñanzas. Por esto, nunca será igual mi idea de libertad a la idea que pueda tener cualquier otra mujer, por ejemplo, aquella que escapó del maltrato y de la violencia causados por su esposo o la idea de aquella mujer que logró graduarse después de no saber de dónde sacar el dinero para solventar su carrera y mantener a sus hijos, todas somos diferentes y vivimos la libertad de formas diversas.

Fue en el año 89, ese momento en el que la libertad ya era mía, había logrado la emancipación. A mis dieciséis años dejé mi casa, conocí a un buen hombre y me fui a vivir con él. Creo que tendría unos diecisiete años cuando quedé embarazada de mi primer hijo. Quizás la maternidad no estaba en mis planes próximos, quizás en mi inexperiencia no pensé ser madre tan joven, quizás ya no me sentía despreocupada como Heidi en las montañas. Pero la realidad golpea así, se quiera o no. Y mi realidad en ese momento fue muy diferente a como la imaginé, todo se resumía a la organización de una vida en pareja y de adaptarme a las responsabilidades que demandaba un hijo.

En el proceso de organización de esta nueva vida –y de vuelta a la participación efímera de los hombres en mi vida– en el 92, cuando cumplí veinte años, el padre de mis dos primeros hijos falleció. Tuve que crear un mecanismo sumamente complejo, lleno de confusión, desaliento, incertidumbre y fortaleza para tomar cartas en el asunto de mi destino de una manera que solo una mujer entendería. Al respecto he llegado a pensar que somos seres de momentos, de momentos críticos, altos y bajos. De hecho, reaccionamos más en esas situaciones desconcertantes en las que estamos o muy bien o muy mal, en esos momentos nos es más fácil tomar decisiones definitivas y tal vez impulsivas, ¡no vuelvo a trabajar con horarios demandantes! Fue una de esas medidas que tomé en un par de segundos, después de pasar por un momento trágico y álgido en mi vida. Esa simple frase cambió mi forma de ver las cosas y me sirvió de impulso para consolidar una serie de acciones, pensamientos y deseos que hoy funcionan como una directriz en mi vida.

Trabajo, que palabra tan significativa, he tenido más empleos de los que recuerdo y creo que eso hace parte de mi concepción de libre albedrío. Para muchos eso significaría falta de compromiso o inestabilidad, pero yo creo que es autonomía y decisión. El trabajo es una oportunidad de aprender y de crecer, por eso preferí tener múltiples empleos que me exigieran distintas habilidades, porque cada una de esas experiencias me ha dado nuevos conocimientos. Recuerdo aquella vez que mantuve económicamente a mis hijos a punta de coser muñecas de trapo. Esto lo pude hacer gracias a las habilidades que adquirí tiempo atrás cuando trabajé en una tienda de vestidos de novia. Además, sin el trabajo en esa tienda nunca hubiese conseguido aquel puesto de secretaria. En fin, irónicamente cada empleo tiene su propia historia de aprendizaje y libertad que se entrelaza con el siguiente y así sucesivamente.

Yendo un poco más atrás, recuerdo claramente mi primer empleo, como si fuese ayer. “¡Ahora sobreviviremos por nuestra cuenta, hay que echar mano de donde no hay!” Fue lo que dijo mi madre después de la separación con mi padre, cuando tuvimos que irnos del pueblo y llegar a Cali sin nada más que la ropa que traíamos puesta, claramente no es un recuerdo fácil de olvidar. En ese entonces pintaba las caritas de los niños en las fiestas de cumpleaños. La verdad, no ganaba mucho. Recuerdo que me dio para comprarme mi primer brasier, fue el paso más grande que había dado hasta entonces. El día que compré ese brasier me sentí tan poderosa. Y con toda la razón, después de haber escuchado toda mi vida a mis padres decir: “no hay para eso, no hay para lo otro”, la compra de algo que puede parecer tan simple me resultó una especie de sensación de autonomía que nunca había conocido, ese placer de poder decir: ¡lo quiero y lo tengo! Es curioso cómo algo tan mundano como el dinero o algo tan insignificante como un brasier representa tanto. Claramente para otras podría ser un balón, una guitarra o un libro, pero para mí fue ese brasier. Esta prenda fue mi insignia y el inicio de algo más: mi libertad económica.

Me recuerdo como una niña, una joven y una mujer inquieta, una que no dejaba de sorprenderse con cada cosa, alguien que quería ser partícipe de todo. Eso sí, siempre por mi cuenta y a mi manera. Mis

amigos me suelen llamar la mujer de los mil empleos, ciertamente no de los empleos permanentes. La idea de estancamiento en un lugar me genera un poco de ansiedad. En mi vida, cada día representa un nuevo camino, una oportunidad de hacer las cosas de una manera diferente. Por ello, estar en una oficina, sentarme cada día en el mismo lugar, hacer las mismas tareas y responder con unos deberes es algo de lo que siempre he escapado. No estoy segura de que todos piensen como yo, pero hay algo que nadie puede negar y es que el tiempo de y para uno es necesario e indispensable.

¡De todo, de todo, de todo! Se vende, se lija, se pinta, se escribe, se cuenta, se aprende, se enseña. Era una completa y muy profesional detodera. La independencia y el poder que me daban los múltiples trabajos que tuve, las mil experiencias por contar, así como la posibilidad de estar para mis hijos y de dedicarme tiempo a mí, nunca tuvo que ser cuestionada por nadie. Podría decir incluso que vivo en mi burbuja de equilibrio, entre lo que merezco tener y entre lo que hago por lograrlo. No fue nada fácil adaptar mi forma de libertad a la de los demás o, más bien, hacer que los demás adaptaran su forma de vivir a mis ideales. Ahí estoy, rogándole a mi hija que me regale un día para ver películas conmigo, o a mi hijo para que falte al trabajo y cocine junto a mí. Ahí me ven una vez más diciéndoles a mis amigas que le saquen el tiempo al trabajo y se vayan de caminata conmigo.

Mi idea de libertad es distante a ser libertina. Tengo una especie de mantra en el que me pregunto cuál será el punto medio de todo. Y no es que me rija por una religión o tenga estrictas normas de comportamiento, quiero creer que tomo mis decisiones basadas en el beneficio propio y en el de los demás. Trato de crear lazos con quienes me rodean, inculcándoles la necesidad de dedicarse un tiempo para ellos mismos, algo como una ida al spa, o un día en la playa, dentro de las posibilidades de la rutina diaria. Al final, deseo ser un escape de la cotidianidad, porque eso es lo que hago con mi vida, es mi forma de ser y de ser libre.

El retorno al ser

A veces el equilibrio no es el resultado de un arduo pensamiento o filosofía de vida. A veces ese equilibrio esperado es solo un reflejo de un cambio necesario, una recopilación de historias que tienen un mismo desenlace que se nutre de todas esas experiencias, buenas y malas. Tomé ese manojo de experiencias y construí un verdadero amor por enseñar, era mi legado, el amor por darle un nuevo saber a otro u otra. Todos tenemos dones, el mío es enseñar y ser lo que soy a partir de la danza, a partir de espacios de encuentro en los que manejo mis tiempos. Me dedico a los demás, a mis hijos y a mí, un toque de libertad que no podía faltar.

¿A qué precio tengo que aprender sola para enseñar a los demás? Una vez me hice esta pregunta. No sé si fui egoísta conmigo y con todos los que han hecho parte de mis procesos de crecimiento personal. Muchas veces me cuestiono sobre los baches que he tenido en la vida y sobre cada partido perdido contra mí misma, contra mi familia y mi entorno. Sin embargo, luego recuerdo esa sensación de gratitud, felicidad y aprendizaje que me da vida y me impulsa cada día para seguir entregándome a esta tarea de enseñar, para dar una mano a todo aquel que esté en el lugar en el que estuve desorientada, perdida.

Cada persona necesita un guía y aunque me considero autoformadora de mi carácter, el tiempo me dio un momento de reconexión con mi interior y me puso en las manos de una mujer sabia y bondadosa, una maestra. El sacrificio de enseñar es caerte antes que todos, para guiar después. Esta fue la conclusión a la que llegue después de aprender de las enseñanzas de aquella mujer. Esta mujer tenía una total disposición para todos a su alrededor, aunque en su vida tenía un sinfín de ataduras y otro poco de cabos sueltos. No puedo no recordarla como una mujer con una doble vida, vivía en dos mundos, uno de libertad, danza y música y otro de encierro y silencio. Lo que me lleva a pensar que puede haber más mujeres prisioneras de sus miedos, muertas en vida.

El producto de un algo

Ver a mi madre batallar conmigo desde siempre me dio luces del tipo de madre que quería ser. Si bien mis padres eran polos opuestos –y bien extremos, además–, yo era un resultado explosivo para ellos dos. He llegado a pensar que esto se debe al hecho de que yo era ese punto medio entre ambos. Un punto que yo misma había creado, a voluntad propia. Todavía pienso en las discusiones que tenía con mi madre por la forma en la que criaba a mis hijos, ¡esos muchachitos necesitan más disciplina! –decía ella–. La verdad no es que ellos fueran descarrilados o desobedientes, solo tenían su forma de ser, eran autónomos. Yo nunca les prohibí ser lo que desearan ser, sin dejar que se volviera todo una guachafita. En realidad, construí una relación cercana con ellos, una en la que se sentía la disposición al dialogo, a los acuerdos, al punto medio. De hecho, puedo decir con tranquilidad que estoy muy orgullosa de mi papel como madre –y padre, a la vez–, pues siempre les inculqué la libertad y la autonomía.

Algunos le llamarán intuición, o poderes de bruja. Llámeselos como quiera, lo importante es que fueron los que me ayudaron a ser una buena madre: una que escucha, que valora, que dialoga y que entiende. Recuerdo las charlas extensas que solía tener con mi hijo en su cuarto, los dos acostados, hablando de algún problema, escuchándonos mutuamente. Estuve prácticamente sola criando a mis hijos. Ahora que los veo ya grandes, autónomos y tomando sus decisiones de vida, puedo decir que estoy satisfecha. Si rebelarme a las imposiciones del trabajo de cuidado y las tareas y deberes de una mujer era ser una mala madre, hija y hermana, pues lo sería por siempre. Nunca tuve que obligar a mi hija a lavar los platos y a servirle la comida a su hermano o a mi hijo a cumplir el papel de proveedor en el hogar; jamás se les negó llorar, reír, gritar, ser libres.

Todo constituye un hilo conductor, uno que se entrelaza y tiene sentido solo sí se ve desde el inicio. Por esto, y pese a las nuestras incansables persecuciones y acusaciones, mi madre me permitió explorarme y conocerme más allá de lo que se esperaba de mí, por ella soy todo lo contrario a lo socialmente establecido como normal, por ella y como ella yo soy arte, y es algo que le deberé por siempre, ese gran don de hacer y transformar lo que tiene entre sus manos, ella bordando y tejiendo y yo bailando.

Es entonces a partir de todos mis recovecos e historias descubrí que no soy una mamá moderna o tradicional, ni una amiga o colega conservadora ni liberal, soy solo un producto de todo aquello que aprendí. No soy lo que me dijeron que era o lo que me obligaron a no hacer, pero sí soy esas vivencias, esas historias y esas enseñanzas. Poder llamarme madre de aquellos que son mis hijos; amiga y maestra de danza de todos aquellos que, con una melodía, un tazón de risa y un zapatón en la baldosa deciden escuchar mis historias, contarme las suyas, aplaudir o reprochar mis luchas y mis verdades o simplemente ser el escape de la realidad y la monotonía es más que suficiente para seguir creyendo que el camino que tomé era el camino de una mujer auténtica, diferente y libre.

La libertad que me dio ser la mujer que yo decidí ser no se compara con ninguna otra sensación. El sentimiento que me produce tener el valor, la fuerza y la convicción de decir: ¡soy libre! a partir de la toma de mis decisiones buenas y malas, la construcción de un imaginario elaborado a partir de mi entorno y realidad, fueron pasos cortos que me llevaron a lo más grande. Quizás la forma en que llevo mi vida sea una bofetada a la norma o a lo que se espera de las madres, mujeres e hijas, pero yo soy mi voz, mi andar y mi regla, tengo la potestad y el deseo de seguir siendo como soy, de darme mis espacios y mis tiempos, de respirar y decir: ¡no! Cuando quiero hacerlo. Puedo decir que gracias a todo esto tengo la capacidad y la entereza de rebelarme a las actitudes y patrones que no van conmigo, porque vivo mi madures, mi maternidad, mi relación con la espiritualidad, con mi entorno y mi arte de la forma en la que decido que sea; en un perfecto equilibrio que solo es mío.

Procesos inacabados

La construcción del fenómeno de la nueva mujer ha sido elaborado y estudiado fuertemente desde diferentes perspectivas, las cuales intentan dar respuesta y desarrollo a distintos ámbitos que han venido cambiando en cuanto a cómo se ve a la mujer alrededor de temas como su independencia, autonomía, la expresión de su voz y voto, su liberación o

emancipación laboral o simplemente la nueva forma de socialización⁵ de las mujeres. Para este escrito nos quedaremos con el autor Gilles Lipovetsky quien postula a esta nueva mujer pero que no deja de lado unos pormenores. Entre ellos traigo a colación aquel que nos concierne aquí, esto es: el hecho de que, aunque la mujer tiene una nueva apertura en la sociedad no puede alejarse de las desigualdades e inequidad que aun la alejan de un entorno ideal, es decir, la equiparación con el hombre.

Es así como llegamos a Angélica. Permitirme escribir esta historia desde mis ojos y con la voz de una mujer que se reconoce a sí misma como independiente, autónoma y libre no solo me hace sentir empatía, sino que me representa desde mi realidad. Conocerla implicó poner en funcionamiento múltiples engranajes personales que pedían a gritos una guía. Ver cómo una mujer es capaz de poner sus propias reglas de juego es mucho más que una simple voz de aliento, es un grito de libertad tan profundo que estoy segura de que muchas lectoras van a sentirse identificadas con la historia de esta mujer que aun cuando sintió dudas nunca dejó de luchar y creer en sus verdades.

Angélica es una mujer que vive entre las mujeres, a su ritmo, con sus pasos de baile y que hace uso de sus recursos para ser quien ha decidido ser. Estoy segura de que no todas pensamos como ella, pero tengo que decir que la envidia y que envidia su nivel de paz y coherencia entre la forma en la que vive y lo que le enseña y le regala a los demás. Incluso escucharla contar su historia es como encontrar un Nirvana emocional. No pretendo venderles un estereotipo de mujer, solo quiero contarles un poco de esta forma de ser mujer, una a su medida.

Sí, esta es Angélica, una mujer que se construyó en el mundo de lo que Lipovetsky llama la tercera mujer.⁶ Esta nueva mujer se mueve en la

5. Socialización entiéndase como la forma en la que se presenta a la mujer en la sociedad: femenina, madre, dulce, cuidadora. Estas eran algunas de las formas en las que en el pasado se referían a la mujer. Ahora, por nuevas formas de socialización entiéndase una mujer con la capacidad de voz y voto, decisión y elección de lo que desea ser, una posibilidad abierta.

6. La tercera mujer de Lipovetsky. G, 1999

posmodernidad,⁷ es decir, a finales de la década de los 90, lo que hace mucho más relacional la historia de Angélica. Recordemos a aquella mujer que creció exactamente en esta época y que fue al paso de esos años que encontró su voz y desde allí nunca ha parado de decir y hacer lo que piensa y siente.

Lo anterior tiene mucho más sentido si pensamos en la visión del autor en cuestión. Él describe a esta mujer posmoderna como una mujer con la capacidad y el libre gobierno de sí (Lipovetsky, 1999). Angélica con el mundo por delante decidió ponerse muy bien los zapatos de autonomía y liberación para comerse el mundo con la libertad que solo ella misma se supo dar. Pese a que fue criada por una mujer que creía fielmente en los estereotipos de género y en el lugar que la sociedad le asignó por siglos a la mujer, Angélica no perdió de vista su meta. Ahora se ve y se refiere a sí misma como una mujer en equilibrio con ella y con su entorno. Aunque no cree en el sistema, se desenvuelve muy bien entre los laberintos que atraviesan su realidad y la de los demás, vive como todos y todas en una sociedad que marca el camino de las mujeres, pero que a diferencia de muchas supo ponerse primero con todo lo que esto le implicó. Prefirió criar a sus hijos de la forma en que a ella le pareció bien, tener un trabajo flexible, sin horarios y estrictas exigencias y mantener una filosofía de vida que supone su completa armonía.

Angélica, como muchas mujeres, se despojó del paradigma de la primera y la segunda mujer; ella renuncia a continuar reproduciendo aquellos principios, valores y prácticas que degradan y someten a la mujer y sus labores, dejándola a la sombra del hombre⁸ y, en consecuencia, sale en busca de nuevas formas de entenderse y ser en el mundo. Por esta

7. Una sociedad posmoderna es entendida como ávida de identidad, de diferencia, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata [...]. Reconoce la cultura posmoderna como [...] personalizada o hecha a medida, [...] en la que lo importante es ser uno mismo, en la que por lo tanto cualquiera tiene derecho a la ciudadanía y al reconocimiento social, en la que ya nada debe imponerse de un modo imperativo y duradero, en la que todas las opciones, todos los niveles pueden cohabitar sin contradicción ni postergación (Lipovetsky, 1986, p. 9-11)

8. El autor Lipovetsky entiende a esta como la primera mujer o la mujer depreciada.

razón, tampoco se encontró viviendo la vida de una mujer exaltada, alabada y sacralizada como esposa-madre y educadora, como la soberana del hombre⁹ confinada a la vida doméstica, obediente al marido y sin independencia económica (Lipovetsky, 1999). Angélica simplemente se encontró en una forma única y funcional para ella, una en la que su voz era escuchada y valorada por ella y más adelante por los demás.

Fue en sus primeros momentos de inconformidad en su infancia, es decir, cuando fue cuestionada por hacer actividades y tener deseos que solo estaban bien vistos en sus hermanos, cuando se rebeló contra el lugar que le fue impuesto por su madre y su entorno. Asimismo, este cúmulo de experiencias explica por qué Angélica decidió criar a sus hijos de una manera distinta, de una manera menos autoritaria y lejos de la idea de la entrega abnegada al cuidado de los mismos. En suma, fueron estos factores y circunstancias en su conjunto los que le otorgaron las características propias de lo que entendemos aquí como la tercera mujer.

Dicho de otro modo, es fácil identificar a Angélica con la tercera mujer puesto que narra y analiza los procesos de transformación y de confluencia de los roles de género tradicionales y modernos en la vida de las mujeres de hoy (Mancillas, 1999). Esta mujer que se abre paso en un mundo donde todo está encasillado, adquiere un grado diferencial de autonomía y decisión. De manera análoga, podríamos decir, gracias a procesos sociales diversos, las mujeres tenemos la potestad y decisión de mantener, reproducir o cambiar la forma de vernos y entendernos como mujeres, si se quiere, alejadas de las ideas tradicionales del machismo o patriarcado, ¡pero ojo! Quiero ser muy clara en este punto. Una cosa es la forma en la que nos vemos nosotras y otra muy diferente como nos ve la sociedad.

Para ninguna de nosotras es un secreto que aun hoy la posición de la mujer sigue estando condicionada a unos ideales y estereotipos que se encuentran lejos de la emancipación y homogenización entre los géneros (Lipovetsky, 1999). Lo que está ocurriendo, más bien, es que hay unos pequeños cambios del lugar que ocupa la mujer en la sociedad sin que

9. El autor Lipovetsky entiende a esta como la segunda mujer o la mujer exaltada.

ello implique la renuncia de los hombres a sus privilegios o cambios estructurales de la totalidad social. Ya Lipovetsky (1999) advirtió: “A medida que se amplían las exigencias de libertad y de igualdad, la división social de los sexos se ve recompuesta, reactualizada bajo nuevos rasgos” (p.10). Asimismo lo reafirmó al decir “se ha perdido el discurso machista de la superioridad del hombre, que la mujer debe estar en casa. Pero las mujeres siguen haciendo la mayoría de trabajos en casa, porque perviven actitudes concretas” (Lipovetsky, 2006, p.10).

Ahora bien, a pesar de que la nueva mujer “se advierte como posibilidad abierta y aún indefinida de lo que ella desea ser, [...] tiene el poder de inventarse a sí misma, y aun cuando la libertad para dirigirse cada uno a sí mismo es un derecho común de ambos sexos”, no todas las mujeres entienden, viven, desean o pueden acceder a este modelo de mujer (Daros, 2014ba, p.111). En este sentido, no podemos dejar de lado la mirada tradicional que aun condiciona y dificulta el desarrollo de esta nueva ideología o forma de ver a la mujer, especialmente porque continúa guiada y reforzada por ideas y estereotipos que la misma sociedad ha mantenido por siglos y que de alguna forma se rehúsa al cambio.

Entonces, nos queda claro que la tercera mujer responde a cambios genéricos y visibles entre lo que era la primera y segunda mujer. No obstante, no podemos olvidar que esta no resulta ser la última palabra en términos de emancipación, igualdad de género y demás. Lo que sí es cierto¹⁰ es que “la definición del ser femenino basada en su subordinación al hombre, como afirma Beauvoir (1949) en su libro *El segundo sexo*, ya no describe la nueva condición de la mujer” (Daros, 2014b, p.109). La tercera mujer constituye un proceso inacabado, basado en el cambio continuo de pensamientos y acciones, que si bien va por el camino de la construcción de una mujer autónoma que intenta equi-

10. Claramente hablo desde la perspectiva de la historia de Angélica, porque como ya lo mencioné, hay mujeres que ni siquiera tienen a la mano el recurso del conocimiento o la posibilidad de decidir. El patriarcado, los estereotipos, las desigualdades, y demás situaciones y actitudes arbitrarias aún existen y están vigentes en las realidades de muchas mujeres. No hay que ir muy lejos, el Valle del Cauca es un gran ejemplo de ello, veamos las cifras que nos muestra El Observatorio Para La Equidad de las Mujeres sobre estas realidades.

pararse en derechos, condiciones y perspectivas al hombre,¹¹ también muestra que se ve condicionada al entorno en el que se desarrolla y a lo que la sociedad espera y ve en ella.

Sabemos, entonces, que esta idea de construcción de mujer distinta no es una única forma de ver a la mujer, pues aún existen patrones sociales como las estructuras familiares machistas en donde ese cambio aún no se efectúa o simplemente nunca lo hará. Igualmente, no se puede perder de vista que la idea de la tercera mujer no supone un universo unisex en el que todas las mujeres son representadas por un movimiento, ideología, o pensamiento. Asimismo, debe entenderse que cada mujer responde a su historia, realidad y contexto y que desde una mirada interseccional¹² existen desigualdades, violencia de género y demás factores que afectan a unas mujeres más que a otras. Posiblemente estas mujeres que no han podido salir de estos círculos de reproducción de desigualdad sean aquellas mujeres que se mantengan en el paradigma de la primera o segunda mujer.

Mujeres habemos muchas, si encajamos o no dentro de este modelo de la tercera mujer no es realmente importante. Hay mujeres que alzan su voz en la vida política y viven bajo otro tipo de normas o visiones, tienen otras posibilidades y otros ideales de vida. Para Angélica su libertad y su vida plena se vive al son de una canción y unos zapatos de baile. Sin embargo, para otra mujer su libertad puede expresarse en el desempeño de un cargo público que demanda horas extensas de oficina, otra quizás vive su vida en el campo sin cuestionarse siquiera ese lugar que le ha sido impuesto y otra tal vez es una mujer inmigrante que no tiene siquiera interés¹³ en hacerse un cuestionamiento de esta clase porque está muy ocupada buscando un techo o comida para ella y para sus hijos.

11. Entendiendo claramente las diferencias que supone ser mujer u hombre.

12. la interseccionalidad entendida como el fenómeno por el cual cada individuo sufre opresión u ostenta privilegio con base a su pertenencia a múltiples categorías sociales (Crenshaw, 1989).

13. Debo resaltar que esa “falta de interés” en estas cuestiones responde específicamente al entorno, contexto y realidad de esta mujer, los cuales condicionan sus posibilidades y jerarquizan sus necesidades; como el hecho de darle mucho más interés a subsistir que, a pensar el lugar en el que la ha puesto la sociedad.

Ser mujeres inacabadas está bien, incluso ser mujeres sin comenzar. La tercera mujer no es el top o el estado ideal de las cosas, es solo una forma de vivirse como mujer. Intentar decir que una mujer debería o no estar en tal o cual modelo sería como decirles a todas que deberíamos seguir un tipo de feminismo porque es el correcto y no es así, porque cada una y cada uno lucha y desea cosas distintas, cosas que reflejan sus experiencias, sus historias e incluso sus diferencias.

Finalmente, en estas líneas solo quise exponerles el universo de una mujer que puede que sea usted o puede que definitivamente no, pero por lo menos espero haberles dejado una inquietud, una referente a la vida que están viviendo o a la vida que desean vivir, ¿son libres? ¿Cómo viven su libertad? ¿Están en el lugar que quieren estar como mujeres y como hombres? ¿Tienen la posibilidad y el privilegio de pensar en estas cuestiones?

Referencias bibliográficas

Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana S.A.

Crenshaw, K. (1989). *Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics*. University of Chicago Legal Forum. Recuperado de <https://philpapers.org/archive/CREDTI.pdf>

Daros, W. R. (2014). *La mujer posmoderna y el machismo*. *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu*, 56(162), pp.107-129. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3435/343532033005.pdf>

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama, S.A

Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (2006). Entrevista: Gilles Lipovetsky. "Hay una tercera mujer que toma decisiones y le gusta la lencería". *El País, América*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2006/12/23/cultura/1166828404_850215.html

Mancillas, B. C. (1999). “Reseña de La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino” de Gilles Lipovetsky”. *Economía, Sociedad y Territorio*, 2(6), pp.331-339. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/111/11100609.pdf>

Sobre las autoras

Stephanía Sánchez Correa

Profesional en Estudios Políticos y Resolución de Conflictos. Candidata a Magíster en Derecho. Asistente de Investigación Grupo de Acciones Públicas Icesi (GAPI). Investigadora universitaria. Integrante del semillero Mujer y políticas públicas de la Universidad Icesi. Su labor académica y profesional ha girado en torno al estudio de los procesos de enseñanza y aprendizaje en educación superior y al estudio de las políticas públicas locales, siempre con la intención de fomentar el cambio social desde la academia. Feminista y activista por los derechos de las personas con Orientación Sexual e Identidad de Género Diversa y de las personas con discapacidad.

Inés Marcela Medina Vargas

Profesional en Estudios Políticos y Resolución de Conflictos. Magíster en Estudios Sociales y Políticos. Integrante del semillero “Mujer y políticas públicas” de la Universidad Icesi. Investigadora Independiente. Profesional en el Equipo del trabajo de Experiencias Significativas y Formación Docente de la Subsecretaria de Calidad Educativa, Alcaldía de Santiago de Cali. Su labor profesional ha girado en torno al mejoramiento de las prácticas pedagógicas tanto a nivel de educación básica y media como a nivel universitario. Con intereses académicos sobre la relación mujer/naturaleza y el fortalecimiento de organizaciones de base a partir de un enfoque de derechos y de equidad con justicia social.

Heydi Lorena Acevedo Pulecio

Psicóloga de Univalle. Magíster en Desarrollo Humano de FLACSO. Coordinadora del Observatorio para la Equidad de las Mujeres (OEM)– ICESI. Coordinadora del diplomado *Mujeres, liderazgo y participación pública*. Líder del semillero *Mujer y políticas públicas* de la Universidad Icesi. Docente e investigadora universitaria. Su labor académica y profesional ha girado en torno a las desigualdades de género, el trabajo de cuidado y los derechos de las mujeres. Feminista, cinéfila, lectora fanática y feliz en las tablas. Hija de una madre infinitamente amorosa y madre de una hija amorosamente infinita. Abuela de una canina.

Isabella Camacho Claro

Estudiante de segundo semestre de Derecho de la universidad Icesi. Integrante del semillero “Mujer y políticas públicas” de la universidad Icesi. Interesada en temas de género y derecho humanos. Amante de la lectura desde que leyó mujercitas. Feminista. Aprendiendo y cuestionando todo cada día más.

Neider Gustavo Alegría Ruiz

Estudiante de séptimo semestre de Derecho y cuarto de Licenciatura en ciencias sociales de la universidad Icesi. Integrante del semillero *Mujer y políticas públicas* de la universidad Icesi. Amante de lo público, del pacífico que es la tierra de mis orígenes y de los temas que a todas y todos nos conciernen. Hijo de su madre y su más fiel admirador.

Salomé Arias-Arévalo

Socióloga de Univalle. Asistente de investigación del Observatorio para la Equidad de las Mujeres. Integrante del semillero “Mujer y políticas públicas” de la Universidad Icesi. Su labor académica y profesional ha girado en torno la formulación de políticas públicas, género, y liderazgo y participación pública. Caleña de corazón, cinéfila y cree en la meditación.

Laura Camila Escamilla García

Abogada. Asistente de investigación del Observatorio para la Equidad de las Mujeres. Integrante del semillero “Mujer y políticas públicas” de la Universidad Icesi. En su paso por el pregrado siempre se interesó por la investigación jurídica enfocada en asuntos de género y derechos, por lo que ha decidido emprender su camino profesional en torno a este tema. Entusiasta del café y el cine. Feminista y mujer en construcción.

Laura Estefanía Buitrago Sánchez

Abogada. Asistente de investigación del Observatorio para la Equidad de las Mujeres. Integrante del semillero “Mujeres y Políticas Públicas” de la Universidad Icesi. Sus intereses, formación y aprendizaje están dirigidos a las nuevas apuestas de género que implican nuevas formas de entender, visibilizar y abordar las desigualdades entre hombres y mujeres. Bruja desde la raíz, condenada a la magia de los animales, madre de tres y sobreviviendo al deseo de adoptarlos a todos.

Otros títulos de la colección

“...a conocer el hielo”

/ Las profes. Ellas enseñan, ellas relatan /

*Angélica Burbano Collazos, Wendy Yolani López Duque y
Óscar Ortega García (eds.)*

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.11.2019>

**/ El cambio social y los tribunales. Opciones en el
conjunto de herramientas de los activistas para la
promoción y defensa de los derechos /**

Mónica Roa y Barbara Klugman

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.10.2019>

/ Temas semántico-comunicativos [Burdos borradores] /

Tito Nelson Oviedo Acevedo

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.9.2017>

**/ Manuel Carvajal Sinisterra (una vida dedicada a
generar progreso con equidad) /**

Julio César Londoño

/ Diversidad, Identidad, sexualidad (Un palimpsesto) /

Andrés Felipe Castelar



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en diciembre de 2019 en los talleres de Carvajal Soluciones de Comunicación (cotizaciones@carvajal.com), en la ciudad de Bogotá D.C., Colombia. En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se emplearon tipos Fira Sans en 10/14 y 9/12,5. Esta edición consta de 150 ejemplares.



Primera edición /
Diciembre de 2019

Colección
“... a conocer el hielo”

ISBN: 978-958-5590-08-3



9 789585 590083

En este libro se entrelazan historias reales de seis mujeres con un vínculo de nacimiento, residencia o amor por Cali, que bien habrían podido pertenecer o habitar cualquier otro territorio de Colombia o hasta de América Latina. Sus voces fueron narradas por las manos de siete autoras y un autor, que iniciamos este recorrido en el 2018, en el marco del diplomado *Mujeres, liderazgo y participación pública* organizado por la Universidad Icesi y la Fundación WWB. [...] Cada capítulo contiene dos momentos. El primero más cercano a la narrativa de las historias, y el segundo, que procura ser una suerte de conversación con dichos relatos, desde las perspectivas tanto subjetivas como más conceptuales de las autoras. Espero que su lectura sea gratificante y que también las movilice, las cuestione y las invite a ustedes a la construcción de un mundo mejor.

Heydi Lorena Acevedo Pulecio

